



AÑO 13.

NUM. 155

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SU MAJESTAD

NOVELA

—

(CONTINUACIÓN)

XVII



Ya no se hablaba de la revisión constitucional ni de la reforma de la Cámara hereditaria de la nobleza. La mayoría de las tres cuartas partes de la Cámara de los Estados necesaria para una revisión constitucional, aquella mayoría que vacilaba al principio de la crisis, había desaparecido con las nuevas elecciones. Oscar hizo sentir su autoridad en cuanto llegó de Altara. Las tropas fueron reconcentradas en torno de Lipara, bajo pretexto de las maniobras que se iban á verificar en honor de la visita del Rey de Siria. Los fuertes fueron reforzados. La escuadra ancló en el puerto. Entonces apareció un decreto imperial disolviendo la Cámara de los Estados. La publicación de semejante decreto dió origen á enérgicas censuras de los periódicos y á manifestaciones en las calles. Por la noche el tumulto llegó á adquirir verdadera gravedad. Pero el Emperador, furioso porque el Marqués de Dazzara no hubiese reprimido inmediatamente los desórdenes, se apresuró á llamarle á la mañana y le manifestó su mayor desagrado. El Marqués comprendió que el Emperador no bromeaba, el cual concluyó diciéndole que estaba destituido, y le despidió. Abrumado, con la desesperación en el alma, dejó el Marqués

el palacio, y en la explanada se cruzó su carruaje con el del Duque de Mena-Doni, Comandante general de húsares; vió aquel rostro de Nerón, sensual, lleno de ambición, que se dirigía hacia la fachada del palacio. El Marqués se ocultó en el fondo de su carruaje, se retorció las manos y lloró como un niño...

Aquel mismo día quedaba declarado en Lipara el estado de sitio; el Duque de Mena-Doni fue nombrado Gobernador de la plaza. Con gran alarde de tropas y un discurso de tres frases, el Emperador disolvió la Cámara de los Estados.

El pueblo rugía, burlado, golpeado, palpitante á los pies del Emperador. Se convocó á nuevas elecciones. El pueblo tenía que humillarse para testimoniar su amor al Soberano. Y mientras tanto, los periódicos de las provincias septentrionales expresaban en innumerables artículos sus simpatías hacia el Príncipe heredero, incansable, dadivoso, afable, que remediaba cuantas desgracias podía. Y se citaban las enormes sumas, las fabulosos millones ofrecidos por el Tesoro imperial á las víctimas de las inundaciones. La Cámara obtuvo en las nuevas elecciones una mayoría constitucional, pero impotente. Los diarios liberales clamaban en vano contra las maniobras, las medidas de fuerza y las presiones ejercidas dentro y fuera de la ciudad; el Emperador salía diariamente llevando al lado al Duque de Mena-Doni.

El Soberano rogó al antiguo Ministerio que continuase en su puesto; pero hizo que dimitiesen cinco de los Ministros, que no eran bastante autoritarios.

La crisis estaba resuelta. El Campo de Marte era el lugar destinado para las grandes maniobras militares que habían de verificarse en la primavera con motivo de la visita de los Reyes de Siria.

Othomar había concebido una gran admiración hacia su padre. No le amaba con la confianza, la ternura, el abandono con que quería á su madre; desde niño había mirado á su padre con temor. Pero en aquella ocasión, ante el valor perso-

nal de que el Emperador había dado pruebas y la fuerza de voluntad que había desplegado, la majestad del Soberano tomaba á los ojos de Othomar las proporciones de un semidiós. Pensando en su padre, el Príncipe se juzgaba muy pequeño. ¿Qué hubiera hecho yo en su puesto? ¿Me hubiera atrevido desde luego á disolver la Cámara de los Estados, sin que me hubiese tal vez amedrentado la idea de una inmediata revolución en todas las provincias del reino? ¿Me hubiera decidido sin vacilaciones, á raíz de los desórdenes, á destituir al Marqués de Dazzara, á despedirle como á un criado, á él, un hombre tan afecto á nuestra casa, un hombre procedente de nuestra más gloriosa nobleza? ¿Me hubiera atrevido, antes de despedir al Marqués, á llamar á aquel duque, á aquel aventurero de cara criminal, de manera que uno llegase mientras que el otro salía?

Y en su imaginación veíase ya vacilante, sin saber qué era lo mejor, lo más equitativo; veíase á sí mismo aconsejado por el anciano conde de Myxila, decidido á disolver los Estados, pero no destituía al Marqués, no declaraba á Lipara en estado de sitio; concentraba las tropas demasiado tarde, y al mismo tiempo veía cómo la revolución estallaba de repente... ¡Ah! lo más justo es precisamente aquello que ofrece más dificultades para que pueda realizarlo un Príncipe.

Pero el triunfo del Emperador influyó en el Príncipe heredero: no obstante la consciencia de su debilidad, descendió sobre él un rayo de la fuerza y de la voluntad de su padre, de su padre que estaba siempre á su lado. Por lo demás, carecía de tiempo para entregarse á sus sueños. Tenía diariamente que cumplir con sus obligaciones particulares, y apenas podía procurarse una hora de tranquilidad. Habíase habituado hasta tal punto á aquella vida de actividad continua, á ir de aquí para allí, que ya no experimentaba el cansancio que le abrumara en primeros días de expedición á las provincias del Norte. No se preocupaba ya de aquella languidez, á la que consideraba como una indisposición orgánica pasajera y fácil de

ser vencida. Y diariamente realizaba sus tareas. Así como tomó la costumbre de levantarse muy temprano, á las siete de la mañana, cuando Lipara, blanca, silenciosa, dormía aún en la rosada luz de la mañana; montaba en su caballo de pura sangre árabe, el negro Ermiro, seguido por su perro favorito, un perro escocés de pastores, que corría á su lado alargando el hocico y erizados los pelos del pescuezo; sin ayudante alguno, atravesaba el parque del palacio y se dirigía á los parques de Isabel, lugar de cita para todo el mundo elegante, pero solitario, silencioso en aquellas horas de la mañana, en las que solamente se encontraba con escasos jinetes que se paraban respetuosos al ver al Príncipe y le saludaban con el mayor acatamiento. Galopaba por el blanco paseo con sus blancas *villas*, sus palmeras, sus áloes, y la incomparable bahía se presentaba ante sus ojos con aquel azul que se hacía más intenso á medida que aumentaba en intensidad la rosada luz de la mañana. Divisábase también el puerto lleno de embarcaciones, donde reinaba la actividad del trabajo. Avanzaba después despacio por el camino del puerto, y bajo los pórticos de la ciudad veía un rostro de mujer cuyos ojos le miraban á través de los tiestos de flores. Aquel paseo le agradaba; compláciale la brisa suave y frescachona, su caballo, su perro, su aislamiento, los parques silenciosos, el cielo infinito y tranquilo y el horizonte lejano, que parecía brotar entre las últimas brumas de la mañana. El aire del mar acariciaba su frente, y sus pensamientos brotaban límpidos. Abandonaba por fin aquellos gratos lugares y regresaba á la ciudad, haciendo una visita al cuartel de Laverio, donde se alojaban los lanceros, ó al de Wenceslao, que era el de los granaderos, ó al de Berengario, que era el de los húsares. En tales sitios se informaba, preguntaba, impresionaba y encontraba á sus ayudantes de campo Dutri y Leoni, con los cuales volvía á palacio, pasando después á las habitaciones de su padre; era la hora en que llegaba el Canciller, Conde de Myxila, para hablar con el Emperador de los asuntos de Estado; y desde hacía algún tiempo

asistía el Príncipe á aquellas conferencias. Pasaba después á las habitaciones de la Emperatriz, que lo esperaba; por lo general, era aquel el único momento que estaban juntos, momento de intimidad lleno de encanto. Sentado al lado de su madre en un taburete, Othomar le cogía las manos, vertía en el corazón de la Emperatriz las agitaciones del suyo y le comunicaba las inquietudes que experimentaba al pensar en el día que llegase á ceñir la corona del Imperio. Sus ojos miraban con melancolía; su voz se lamentaba implorando consuelos. Y ella le alentaba, le decía que todo lo que sucede es porque tiene que suceder; que todo es fatal en la gran máquina del universo, donde todo se encuentra encadenado; por lo tanto, era preciso esperar y cumplir al mismo tiempo con los deberes que prescribe la conciencia, sin dejarse abatir por fantasías que carecían de fin y objeto. Othomar decía á su madre que le amedrentaba su falta de resolución, que sospechaba que sus decisiones habían de ser tardías siempre, y ella le respondía sonriendo dulcemente que por lo mismo que conocía tan bien sus propios defectos, debía mostrarse más animado y más enérgico; preguntábala después acerca de la justicia—imposible para él en la tierra—y ella le contestaba por lo general con los mismos sentimientos, innatos en la criatura humana. Y mientras tanto, por dulces que fuesen aquellas horas, Othomar comprendía que continuaba siendo el mismo en aquel cambio de pensamientos, y que á pesar de aquel cambio de palabras no se modificaba en nada. Por esto se juzgaba un miserable, temiendo que no amaba bastante á su madre ni con bastante confianza. La veía, la veía sonreírle, y tras aquella sonrisa adivinaba la angustia que la amargaba, sin abandonarla nunca, y pensaba que si ella hablaba de aquella manera, era por tranquilizarle, mas no por convicción. Y sus pensamientos no brotaban alegres como durante el paseo de la mañana; se amontonaban como espesas brumas y le dejaban cansado.

El desayuno era íntimo. Después Othomar permanecía una

hora con su hermana, la cual se estaba haciendo un retrato. Por la tarde siempre había algo que hacer; visitar alguna exposición, algún establecimiento de beneficencia y toda clase de instituciones, ó bien poner la primera piedra de un edificio ó asistir á la botadura de algún buque de guerra. Todo minuto estaba ocupado, y las ocupaciones eran diarias. La comida era siempre de etiqueta, suntuosa, y todos los días había numerosos invitados, diplomáticos, altos funcionarios, Generales y otros personajes. Aquellas comidas de gala, ofrecidas por un Emperador, duraban siempre mucho tiempo. Por la noche fiestas en la corte, ó en las Embajadas, ó en casa de los altos dignatarios, ó espectáculos y conciertos. El Príncipe no permanecía nunca mucho tiempo en tales fiestas; de regreso á palacio leía ó trabajaba un rato en su despacho, y á las doce de la noche se acostaba.

Hallábase habituado á aquella vida de monótona variedad, en la que había crecido. Cuando regresó de Lycilia á Lipara la ciudad estaba aún en estado de sitio, y aquella vida le esperaba más abrumadora que nunca; la apertura del Parlamento se verificó poco después del regreso del Príncipe. El Emperador estaba muy satisfecho de la conducta de su hijo en las provincias del Norte, tal vez por los numerosos elogios que los diarios prodigaban al Duque de Xara, tal vez por aquel momento de popularidad alcanzado. Deseaba que su hijo entrase de lleno en los asuntos de Estado, y á menudo hablaba de ellos con él, bien á solas, bien con el Canciller. Las medidas de brutal represión puestas en práctica por el Duque de Mena-Doni—la caballería dió repetidas cargas sobre la multitud en Lipara y en Thracyna,—habían afectado penosamente á Othomar; recibió con dolor y desesperación la noticia de semejantes hechos, y sin embargo, comprendía que nada se hubiera logrado por medios suaves. Y con un respeto hacia el Emperador, semidiós por la fuerza y la voluntad, iba mezclada una sorda antipatía, una desconfianza que le alejaba de su padre y hacía difícil entre ambos el cambio de ideas.

Después de la apertura del Parlamento quedaron tranquilos la ciudad y el país todo; pero las tropas permanecieron acampadas en el Campo de Marte, en atención á las próximas maniobras. Estaba decidida la visita de los Soberanos de Siria. La vida de Othomar se deslizaba siempre de la misma manera. Habíanle sido ofrecidos muchos banquetes por la guardia del trono y por los otros cuerpos de que era dignatario. En verdad que aquel era el momento de su popularidad.

Se decía ya que pasaría á la historia con el nombre de Othomar el Bueno. En aquel día había puesto la primera piedra de un asilo de pobres, para cuyo establecimiento dejó millones un Duque que murió sin hijos, perteneciente á una de las principales familias de Liparia.

La dulzura de Othomar hacía un gran contraste con la violenta energía de Oscar. Él mismo se asombraba de su reputación de bondadoso; hacía gustoso el bien, pero no pensaba en modo alguno que aquello fuese lo característico de su carácter. En realidad, no acertaba á darse cuenta de cuál era su característica.

Después de la comida ofrecida por los Oficiales del Estado Mayor, Othomar debía ir por la noche con Ducardi, Dutri y Leoni á casa del Duque de Iemena para dar gracias oficialmente al gran Mariscal de la Corte por la hospitalidad que recibiera en el castillo de Vaza. El Duque habitaba en Lipara un gran palacio nuevo; su antigua mansión señorial estaba en Altara.

Eran las nueve. Todavía no se esperaba al Príncipe heredero. Sin embargo, el Duque y la Duquesa recibían ya á sus invitados; la Duquesa, cuando Othomar hubo anunciado su visita, repartió numerosas invitaciones. Los vastos salones del recibimiento se iban llenando. Se hallaban presentes casi todos los individuos del cuerpo diplomático; algunos miembros y altos dignatarios de la corte con sus mujeres; la anciana Condesa de Myxila, con sus hijas, y muchos militares. Estaban allí los íntimos del Palacio Imperial, y reinaba entre todos una

gran familiaridad bulliciosa, fruto de la confianza que estaba de moda entonces.

Al lado de la Duquesa estaba lady Danbury, mujer del primer Secretario de la Embajada inglesa, y el hijastro de la Duquesa, Marqués de Xardi. Hablaban con viveza de los Marqueses de Dazzara.

—Los he visto—decía lady Danbury.—Es espantoso, espantoso. Viven en Castel Dazzara, una vieja ruina, en Thracyna, con sus cinco hijas, *poor things!* Callan y sufren; les sirven tres criados viejos, con libreas tan viejas como ellos. Y están llenos de deudas, según dicen, llenos de deudas. Me asombré al ver tan envejecida á la Marquesa; se conoce que lo ha tomado muy á pechos.

—¿Envejecida?—preguntó la Duquesa.—Me pareció joven la última vez que la ví...

Detestaba á lady Danbury, que era largirucha, flaca, huesuda, y que tenía algo de la flexibilidad de la serpiente. Y continuó:

—Me pareció todavía en buen estado; está delgada, pero tiene un escote magnífico... Así es que no comprendo cómo puede haber envejecido tanto...

Y como pensando en aquel enigma, echó una ojeada á la delgadez de lady Danbury.

Los ojos de Xardi brillaron; veía venir una escaramuza.

—Dicen que el Marqués fue *un tiempo* uno de los íntimos de usted. ¿No es cierto?—preguntó la inglesa.

Aquel venenoso *un tiempo* chocó á Xardi.

—Muy grato me era el Marqués de Dazzara—dijo la Duquesa...—pero..., y sonrió misteriosamente con intención, fue siempre pájaro de mal agüero.

—Su Excelencia el Duque de Mena-Doni—anunció el Mayordomo.

—El sol naciente—murmuró Xardi á lady Danbury.

Mena-Doni se inclinó ante la Duquesa, que le acogió con una sonrisa. Lady Danbury atravesó la sala del brazo de Xardi.

—¡Y pensar que ese sea el pájaro de buen agüero!—exclamó la inglesa.

—¡Oh, no!—dijo Xardi enérgicamente.—Ni siquiera pensarlo.

Se miraron riendo.

—Es cierto; el águila imperial es un ave más hermosa, ¿verdad?—preguntó lady Danbury.

—¿Por qué dices eso?

—¡Ay de mí! Mi humilde persona no sabe nada. Entiendo poco de zoología.

—¿Pero qué sabes?

—Lo que todos pueden saber, puesto que Dutri no sabe callarse.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de cierta tierna despedida en Castel Vaza.

El Marqués de Xardi soltó una carcajada. Lady Danbury se apretó el brazo.

—Dime, Xardi, yo conozco personas menos delgadas que la Marquesa de Dazzara que no sufrirían el caer en desgracia cerca del Emperador. ¿Y tú?

El Marqués siguió riendo y...

—Y menos el caer en desgracia respecto del sucesor del Emperador—murmuró ocultando el rostro tras el abanico Watteau de lady Danbury; y rieron juntos.

—¡Su Alteza Imperial, el Duque de Xara, sus excelencias el Conde Ducardi, el Príncipe Dutri, el Marqués de Leoni!

Estos nombres fueron articulados con gran solemnidad.

Hubo en los grupos una ligera emoción. Los invitados formaron á lo largo de los salones; algunas señoras se pisaron la cola en la precipitación, no sin reirse. Othomar apareció en el umbral seguido de Ducardi, Dutri y Leoni. El Duque y el Marqués de Xardi se apresuraron á adelantarse al encuentro del Príncipe.

El anciano Duque era un hombre delgado, fino, distinguido, muy aristocrático, con el rostro completamente afeitado;

iba sencillamente de frac con las insignias de las órdenes del Cetro real y de San Ladislao.

Othomar lucía el uniforme de gala de jefe del regimiento de los coraceros de Xara; blanco con oro. Llevaba bajo el brazo el casco con el penacho. Estrechó la mano del Duque, á quien dirigió afectuosas palabras. Pero en la ingenuidad de su alma sintió la amargura del remordimiento, ya al hablar del castillo de Vaza, ya al escuchar las protestas de acatamiento y de respeto del Duque. Othomar estrechó también la mano del Marqués de Sardi.

Entonces avanzó la Duquesa y saludó al Príncipe con su célebre reverencia. Lady Danbury la envidiaba, y se preguntaba cómo podía doblarse así con sus esculturales formas; no podía menos de confesar que la Duquesa de Iemena era una mujer espléndida. El Príncipe recorrió la sala entre el Duque y la Duquesa saludando á los invitados que se inclinaban; el Marqués de Xardi iba detrás con los Ayudantes de campo.

Othomar había vuelto á ver á la Duquesa en el Palacio Imperial después de su regreso á Lipara, pero nunca sola. En aquella ocasión cambiaban palabras corteses y las frases corrientes en tales casos. Los grupos se formaban de nuevo, como para una reunión familiar.

La Duquesa continuó avanzando con Othomar hasta la espaciosa *serre*, débilmente iluminada, resplandeciente de verde, con sus grandes palmas de anchas hojas y los flexibles bambúes que se entrelazaban. La Duquesa y Othomar se miraron un momento, y el Príncipe comprendió que su inclinación hacia aquella mujer no era más que un capricho pasajero, una nubecilla del espíritu. Lo ignoto se le había revelado, pero como una desilusión. Sin embargo, le está agradecido de lo que le ha dado: el consuelo para su amargura, cuando tenía los ojos húmedos aún por las lágrimas. Aquella mujer le ha fortificado con el consuelo; lo ha hecho hombre. Pero todo en este mundo tiene un doble aspecto, y el reverso de su reconocimiento es el pecado; vé al Duque que habla animadamente

con Ducardi, accionando con movimientos elegantes, precisos, y el remordimiento agita su alma de adolescente.

Y aparte del agradecimiento, experimentó una desilusión. ¿El amor? ¿Es acaso el amor? No lo sabe, no; nada nuevo ha penetrado en su alma. Allí estaba presente la Duquesa, hermosa, lujosamente ataviada. La media luz que se esparcía al través de las verdes plantas la envolvía en un nimbo de misterio, y su rostro sonriente se destacaba entre las sombras. Othomar recordó sus besos, sus locos abrazos. Sí, fueron unos instantes de embriaguez, de embriaguez carnal, un desconocido aturdimiento, un consuelo físico. Pero, ¡el amor! ¿Era aquello el amor? Y pensaba: tal vez es el amor; y aunque su alma no había sido satisfecha, pensó como conclusión: Sí, tal vez es el amor.

—¿Cuándo volveré á ver á Vuestra Alteza?—preguntó ella suspirando.

Aquella pregunta formula da de improviso extrañó á Othomar. Pero eran tan preciosos aquellos instantes para la Duquesa, que no podía obrar de otra manera. Vió el asombro del Príncipe y la encantó su ingenuidad. Y sus ojos le miraron tan insistentemente, que Othomar respondió:

—Mañana como en la Embajada de Francia, y después voy á la ópera; ¿puedo encontrar á usted aquí á las once?

Y volvió á acordarse del curso lógico de sus ideas y de su pregunta, que sonó en sus oídos de una manera extraña. Pero ella respondió sonriendo, confusamente:

—¡Por Dios, señor, á las once aquí, no! ¿Cómo había de poder ser? Pero puede Vuestra Alteza ir... á casa de Dutri.

Balbuceó al decir estas palabras; se acordaba de la elegante habitación del Ayudante de campo, y se volvió á ver en ella... con otros. Y en su turbación no observó que había hecho mucho daño á Othomar, que había desgarrado con sus aceradas uñas cuanto en él había de sensible; y menos pudo observarlo, cuando él, turbado, respondió:

—Bien...

Volvieron sonriendo: de nuevo con su voz blanca, oficial, pasearon lentamente; él, radiante de juventud, con su dorado uniforme y el casco, del que colgaban largas plumas, debajo del brazo; ella tranquilizada por su triunfo, dejando ondular á derecha é izquierda su luenga cola, abanicando, con su abanico de plumas y de brillantes, su pecho, semejante al mármol de Carrara.

Y Othomar estaba ya convencido de que su «amor» sería lo que llamaban «relaciones» tal como había oído hablar de ellas, ó tal como las había leído en las novelas. Aún no tenía una idea exacta de aquella manera de arreglar las cosas. Ignoraba cómo había de decir á Dutri que tenía una cita en su casa con la Duquesa, y al pensar en su Ayudante sentía que se desprendía algo de su innata majestad, como pequeños trozos de mármol ó de alabastro que se desprenden de una columna demasiado delicada.

Al reunirse con el Duque y el General habló de las próximas maniobras. Entonces vió á la Duquesa algo distante, y á Mena-Doni, con su cabeza de Nerón, que se inclinaba hacia ella. A su gran antipatía hacia aquel hombre uniéronse los celos. Y mientras escuchaba sonriendo al Duque de Iemena, creyó tener la seguridad de que su amor era verdaderamente amor, por cuanto estaba acompañado de celos.

XVIII

A la mañana siguiente, durante su solitario paseo á caballo, Othomar no hizo más que pensar en Dutri. Las dificultades de una explicación con su Ayudante de campo le parecían insuperables. El corazón le comenzó á palpar con extraordinaria violencia cuando se encontró con Dutri, que le esperaba en el cuartel de Saveria. Pero el joven Ayudante se adelantó á hablarle en voz baja, tan tranquilo, y con tanta desenvoltura como si se tratase de la cosa más sencilla.

—He hablado con la Duquesa de Iemena, señor... Me ha dicho que Vuestra Alteza deseaba hablarla en secreto, y que se me había dispensado el honor... Que Vuestra Alteza tome esta llave.

Othomar tomó la llave maquinalmente. Su rostro permaneció frío, serio; pero en el fondo sentíase muy irritado contra la Duquesa, y no comprendía cómo había enterado á Dutri de su secreto. La sencillez, la desenvoltura con que parecía haberlo hecho, era una cosa inexplicable para el Príncipe.

Encontrábase aturdido, como si la Duquesa y Dutri hubiesen aventado con un soplo los más sólidos principios de su juvenil alma. Pensaba en el anciano Duque. Encontraba que todo aquello era indigno. Sabía que Dutri era un joven corrompido; conocía por él toda la crónica escandalosa de la corte, pero jamás había creído la mitad de lo que relataba, y varias veces manifestó á sus ayudantes que no le agradaba oír murmurar de personas á las que veía diariamente y que eran afectas á su familia. Pero ya le parecía que todas las historias de Dutri podían ser exactas, y que tal vez pudiera haber cosas peores. Aquella llave ofrecida con modales de libertino se le antojaba un signo de abominable infamia. Le daba vergüenza haberse embolsado la tal llave...

Proseguía su camino. La llave le quemaba mientras hablaba con el General Ducardi, con su padre y con el Conde de Myxila cuando regresó á palacio.

Antes de pasar á las habitaciones de la Emperatriz guardó la llave en su escritorio; después, lentamente, con la frente pensativa, cruzó á pasos acompasados las galerías que conducían á las habitaciones de su madre. En la antecámara estaba una dama de honor, que saludó, llamó á la puerta y la abrió anunciando:

—Su Alteza el Duque de Xara.

Silenciosamente se santiguó Othomar, como si entrase en una iglesia.

— ¡Que Dios y su santa madre me perdonen! — murmuró entre dientes, y llegó al lado de la Emperatriz.

E. M.—*Noviembre 1901.*

Ésta se hallaba sentada, sola, en la vasta habitación; una de las ventanas que daban al parque estaba abierta; la Emperatriz vestía un traje sencillísimo, de color obscuro.

Othomar se admiró de lo joven que su madre parecía, y pensó que era más joven que la Duquesa. Una aureola de delicada pureza parecía que brillaba alrededor de su rostro fino y ovalado, como un nimbo de luz, prestándole una grandeza que no se hallaba en ninguna otra mujer. Sonrió la Emperatriz, y el Príncipe se aproximó y la besó la mano.

La Emperatriz, que no había visto á su hijo en aquel día, le cogió la cabeza entre sus blancas manos y le besó.

Othomar se sentó en una silla baja.

Su madre le pasó una mano por la frente y le preguntó:

—¿Qué sucede?

Othomar la miró, y respondió que no ocurría nada de particular.

La Emperatriz dijo sin mirarle:

—He prometido á tu padre hablar seriamente contigo, Othomar.

Este la miró.

—Ha creído más conveniente que te hablase yo, porque estaba seguro de que me sería más fácil la misión. Por lo demás, está muy satisfecho de ti, querido mío, y goza al ver tu buen juicio acerca de los más altos asuntos de Estado.

Tal opinión de su padre sorprendió á Othomar, que preguntó:

—¿Y á propósito de qué le has prometido hablarme?

—A propósito de un asunto importante, importantísimo—respondió la Emperatriz con dulce sonrisa;—á propósito de tu matrimonio.

—¿De mi matrimonio?

—Sí, hijo mío. Tienes ya veintidós años. Verdad es que tu padre se casó mucho más tarde, pero tenía muchos hermanos. Todos han muerto, excepto tu tío Saverio, que está en un con-

vento. Y nosotros..., tu padre y yo, no tendremos más hijos, Othomar.

Le echó los brazos al cuello, le atrajo hacia sí y suspiró.

—No tenemos más hijos que tú y nuestro pequeño Berengario. Y tu padre opina que debes casarte. Necesita un Príncipe heredero, un Conde de Sycillia...

Con lágrimas en los ojos apoyó su cabeza en el pecho de su madre, y exclamó Othomar:

—Somos dos para un trono de Emperador; ¿no basta con Berengario en caso de que yo falte?

La Emperatriz hizo un signo negativo con la cabeza. No, no bastaba para asegurar la dinastía de los Czyrkiski-Xanantria.

—Mamá—replicó dulcemente,—cuando los sociólogos tratan de la cuestión social, deploran que los proletarios tengan muchos hijos y hacen responsables de la miseria creciente á aquellos padres que no poseen otros bienes que su amor. ¿No nos alcanzará también á nosotros esa crítica? ¿O crees que el ser Emperador constituya una verdadera felicidad?

La Emperatriz frunció las cejas y repuso:

—Estás en uno de los días sombríos, Othomar. En nombre de Dios, hijo mío, no te dejes abatir así. No filosofes tanto y toma la vida tal como se te ha dado. Es la única manera de soportarla. No te preguntes si serás feliz cuando seas Emperador, pero ten presente que debes serlo.

—Perfectamente, mamá; ¿pero para qué tener hijos?

—¿Qué Soberano ha dejado extinguir jamás su dinastía, Othomar? No hay que tener debilidades. Piensa en la tradición, que lo es todo para nosotros. No expreses acerca de esto ideas tan extrañas. No son, como ya te he dicho, las de un futuro Soberano; tampoco son las de un Príncipe; ¿verdad que lo comprendes así, Othomar? Debes, tienes la obligación de casarte.

Su voz resonaba con más decisión que de costumbre, su acento era casi duro.

—Y bendice las circunstancias en que te encuentras para casarte ahora, hijo mío—continuó diciendo la Soberana.—Cásate lo más pronto posible, porque en estos momentos la política extranjera no impone determinadas condiciones á tu matrimonio. Esto quiere decir que puedes escoger. Porque eres el Príncipe heredero de un gran Imperio, hijo mío, de uno de los mayores reinos de Europa...

Othomar quería hablar, pero la Emperatriz continuó:

—Te lo repito, puedes elegir. No sabes la importancia que esto tiene. Ten en cuenta, ten en cuenta las circunstancias. Haz un viaje por las costas europeas. Haz la elección con los propios ojos. Hay interesantes Princesas en Inglaterra, en Austria.

Othomar cerró los ojos, como abrumado de cansancio.

—Más adelante, mamá—suspiró.

—No, no, hijo mío—replicó la Emperatriz;—no hables de aplazamientos, no vuelvas á pedirlos. Piénsalo bien. Fija la fecha de tu viaje, elige las personas que quieras que te acompañen, y habla con tu padre y con Myxila. ¿Me lo prometes?

Othomar ocultó su rostro en el regazo de su madre y se lo prometió con sonrisa llena de abatimiento.

—¿Qué tienes ahora, hijo mío?—le preguntó ella.—Dímelo. ¿Qué tienes?

Los ojos del Príncipe se llenaron de lágrimas, y respondió:

—No lo sé, mamá. ¡Estoy tan cansado!...

—¿No te encuentras bien?

—Sí, perfectamente; pero estoy muy fatigado...

—¿Pero de qué estás cansado, hijo mío?

Othomar comenzó á sollozar silenciosamente.

—De... de todo..., mamá.

La Emperatriz le miró largo rato é hizo un signo de desagrado.

—Perdóname, mamá—dijo enjugándose los ojos;—no volveré á dejarme abatir de esta manera.

—Me lo has prometido más de una vez, Othomar.

—No, te lo aseguro —murmuró Othomar con acento mimoso como un niño,—me dominaré. No está bien lo que hago. Me dominaré, seré más fuerte, te lo aseguro; por ti seré más fuerte.

La Emperatriz le miró largo rato sonriendo. Entre los dos existía una corriente de infinita ternura. Othomar pensaba que nadie le amaría jamás como su madre. Esta le abrazó y le estrechó contra su corazón.

—Recojo tu promesa y te la agradezco, hijo mío —murmuró con un beso.

En aquel momento se oyó un murmullo de voces juveniles, como trinos de pájaros, que venía del parque. De repente se escuchó una voz infantil que resonó más fuerte entre las otras con palabras de cólera; las demás callaron.

La Emperatriz se puso en pie, como sacudida por una corriente eléctrica. Estaba pálida como una muerta.

—¡Berengario!—gritó con voz débil.

Oíase á Berengario que decía:

—Yo le diré á Su Majestad que eres un desvergonzado, y veremos. Sí, veremos entonces, lo veremos...

La Emperatriz se inclinó en la ventana, y vió una docena de muchachos que miraban intimidados.

—¿Dónde está Su Alteza?—preguntó.

—Su Alteza está allí, señora—respondió un pequeño Conde,—y señalaba con la mano un lugar del parque que no podía ver la Emperatriz.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido? ¿Qué significa todo ese alboroto? Que venga Su Alteza inmediatamente. ¡Berengario! ¡Berengario!

Su Alteza Berengario se presentó por fin. Venía rodeado de aquellos duquesitos y condesitos, y miró á la ventana en donde estaba su madre. Era robusto, sumamente vivo; su rostro estaba rojo por la cólera, y sus ojillos, furiosos, despedían chispas.

—¡Berengario, ven aquí!—exclamó la Emperatriz.—¿Qué sucede? ¿Por qué no puedes divertirte sin reñir?

—No reñía, mamá; pero yo se lo diré á papá... y entonces veremos si...

—Berengario, entra inmediatamente en palacio, en seguida—ordenó la Emperatriz.

Othomar, detrás de la Emperatriz, miraba aquel grupo de niños. Vió que con una palabra Berengario se excusaba con un Duque mayorcito y que entraba en palacio. Poco después estaba en la cámara.

—Berengario—dijo la Emperatriz,—es una completa inconveniencia meter ese ruido en el parque, dentro de palacio. El muchacho la miró muy encarnado y muy serio.

—Sí, mama—dijo con dulzura.

—¿Qué ha sucedido?

Los labios de Berengario comenzaron á temblar.

—Ha sido ese centinela...—empezó á decir.

—¿Qué tienes que decir del centinela?

—Que no me ha terciado el arma.

—¡Que no ha terciado el arma! ¿Por qué?

—No lo sé—respondió Berengario indignado.

—Sin embargo, siempre te saluda.

—Sí; pero esta vez no lo ha hecho. La primera vez, sí, cuando pasamos á su lado; pero la segunda, no... Nos divertíamos en correr, y cuando pasamos la segunda vez delante de él, no me ha terciado el arma.

Othomar se echó á reir.

—¡No te debes reir!—exclamó furioso Berengario;—se lo diré á papá, y verás.

—¿Pero querías tú—dijo la Emperatriz—que ese soldado te saludase cada vez que pasases jugando por su lado?

Berengario reflexionó.

—Sin embargo, podía haberlo hecho la segunda vez. La tercera, la cuarta, la quinta, pase; pero ¿por qué no la segunda?... ¿Qué pensarían de mí esos jóvenes señores?

—Escucha, Berengario—dijo la Emperatriz,—en todo caso no es admisible que dirijas palabras feas á nadie ni que albo-

rotos en el parque al pie del palacio. El hijo de un Emperador no debe insultar á nadie, y menos á un centinela. Vete en seguida á ver á ese soldado, y dile que sientes haberte dejado arrastrar por la cólera.

—¡Mamá!—gritó el muchacho ofendido.

El rostro de la Emperatriz se puso serio.

—Lo quiero, Berengario.

El joven la miró con profundo estupor.

—¡Que yo diga eso... á ese centinela, mamá!

—Sí.

Berengario en aquel momento no comprendía bien lo que le pasaba; pensó un instante que había estallado la revolución.

—Pero, mamá, no puedo.

—Es preciso, Berengario, y pronto.

—Pero, mamá, ¿aprobará papá tal cosa?

—Ciertamente, Berengario—dijo Othomar;—lo que mamá manda, papá, como es natural, lo aprueba.

En su desolación el niño miró á Othomar; tenía la cara larga, le temblaban las manos. Por fin se echó á llorar desconsoladamente.

—Pronto, Berengario—exclamó la Emperatriz.

El niño no se explicaba aquella severidad. La había visto así con la muchedumbre, pero no con sus propios hijos. Y se abrazaba á la falda de su madre cada vez con más sollozos.

—¡No puedo hacerlo, mamá!

—Es preciso, Berengario.

—¡Y yo no quiero, no quiero!—exclamó el niño, furioso, golpeando el suelo con los pies.

La Emperatriz se contentó con mirarlo con fijeza. La tristeza de su mirada angustió al niño. Se echó á llorar con más fuerza, sin darse cuenta de que sus amiguitos le estarían oyendo. Veía que no era posible rebelarse, que era necesario obedecer. ¡Debía hacerlo! Su Alteza imperial Berengario, Marqués de Thracyna, caballero de San Ladislao, debía pre-

sentar sus excusas á un centinela que le había faltado al respeto, ¡á él, á Su Alteza!

No comprendía nada. Lo único que estaba claro era que debía hacer aquello, porque su madre le había mirado con tristeza.

—¡Othomar!—exclamó en su desesperación;—Othomar, ¿quieres venir conmigo? Pero, ¿qué diré? ¿Qué diré?

Othomar sonrió con compasión, y le cogió de la mano. La Emperatriz hizo un ademán para que saliesen.

—¿Qué diré, Dios mío, qué diré?—oía la madre, á quien la voz de Berengario llegaba desde la antecámara, ahogada por los sollozos.

Isabel estaba pálida como una muerta. Estaba sola y se dejó caer en una butaca con la cabeza hacia atrás. En aquel momento entró Elena de Thesbia.

—¡Señora! ¿Qué tiene Vuestra Majestad?—preguntó la Condesa.

—Nada, Elena—respondió,—pero... Berengario me ha asustado horriblemente. ¡Creía, creía que lo mataban!

Y cayó sollozando, presa de un ataque de nervios, en los brazos de la Condesa.

XIX

Aquella misma noche, Othomar, antes de salir con sus ayudantes para comer en la embajada de Francia, llamó aparte á Dutri.

—Veo que la Duquesa—le dijo—tiene en usted mucha confianza. No quiero suponer que esa confianza esté mal depositada. Pero puedo asegurar á usted que si tales suposiciones llegaran á realizarse, no lo olvidaría nunca, ni ahora, ni más adelante...

Dutri le miró con extrañeza: estaba oyendo hablar á su futuro Emperador.

Después hizo un gesto de niño enfadado, y dijo:

—No puedo decir que Vuestra Alteza me agradezca mucho la hospitalidad que le ofrezco.

Othomar sonrió tristemente y le estrechó la mano...

—Ni que sea muy grato que Vuestra Alteza me amenace hoy con la desgracia—añadió Dutri.

—Te conozco—le dijo el Príncipe al oído.—Conozco tu lengua. Por esto te he hecho esa advertencia... Y ahora, en nombre de Dios, calla, porque todo esto... me hace sufrir...

Dutri permaneció silencioso: Othomar se le presentaba al mismo tiempo como niño y como Príncipe. La incomparable ingenuidad de éste le hizo encogerse de hombros; pero tuvo miedo viendo posible su desgracia. No tenía fortuna: el puesto que ocupaba cerca del Príncipe heredero era su vida, su ambición, su todo, en el presente y para el porvenir; para el día en que el Príncipe fuese Emperador. ¡Qué feliz había sido cuando Aleja le había referido aquella historia, qué feliz al verse en posesión de un secreto del Príncipe, que demostraba no tener secretos! Cruzó por su cerebro, lleno de cálculos halagüeños, una vaga idea del poder que aquel secreto le daría sobre el futuro Emperador. Pero al amenazarle el Príncipe echó por tierra aquel poder desde el primer momento. De esta suerte, Dutri llegó á sentir poseer secreto semejante: temía también que llegase algo á noticias del Emperador, y entonces sufriría la desgracia del padre antes que la del hijo.

—Aleja podía no haberme mezclado en este asunto—se decía á sí mismo en la infinita confusión de sus pensamientos.

Pero aun cuando Dutri callara y protestase, se hablaba de las relaciones del Príncipe heredero, á causa tal vez únicamente de las triunfantes miradas de Aleja, cuando Othomar la hablaba un momento en algún baile ó en alguna fiesta. Por lo demás, las negativas de Dutri, á quien todos tenían por un parlanchín, causaban extrañeza, y no se sabía qué pensar ni cuál fuera la verdad.

Afortunadamente, Othomar no se abandonaba á aquel amor; la pasión salvaje de aquella mujer, cuyos ojos despedían llamas, que unas veces le sofocaba con sus besos y otras se prosternaba ante él como una esclava y se arrojaba á sus pies, humilde, ante su futuro Soberano, le extrañó al principio; después hizo nacer en él un sentimiento persistente de aversión, de repulsión. En la perfumada habitación del ayudante, donde se veían; en aquella habitación, elegante como el tocador de una dama, tapizada como un cofrecillo de joyas, Othomar sentía deseos de rechazar, de golpear, de maltratar á aquella mujer que le amaba con toda su alma y no disimulaba su amor. El temperamento del Príncipe no se avenía con aquella pasión brutal. Le alteraba los nervios. Le disgustaba. Sin embargo, bastaba que dijera una palabra para que ella abandonase sus transportes, se humillase y le acariciase con dulzura, y él no podía dudar del amor que la inspiraba, debido en parte tal vez á su cualidad de Príncipe heredero, pero mucho también á sí mismo.

Había llegado Abril y con él casi el verano; los Soberanos de Siria no tardaron en venir. Primeramente estuvieron en Constantinopla, y después en la corte de Atenas. Después de su visita á Liparia pensaban dirigirse á las cortes del Norte de Europa. El día de su llegada, toda Liparia estaba empavesada; el sol meridional, algo picante, derramaba una lluvia de oro sobre la blanca ciudad y sobre el azul del mar, ligeramente rizado. Una muchedumbre bulliciosa é inquieta, entre la que se veían muchos campesinos de Thracyna con el traje nacional, bullía y se apiñaba en la carrera. Sobre el azul del mar como sobre un líquido metálico se deslizan los acorazados, que conducen á los Príncipes, hacia la entrada del puerto, para saludar á sus augustos visitantes. A bordo del *Xaveria*, rodeados de Almirantes y Oficiales de Marina, van los dos Príncipes, Othomar y Berengario, y su cuñado el gran Duque de Corintio. Las aguas están surcadas por innumerables embarcaciones de todas clases.

Los cañonazos del fuerte Wenceslao, atronando el espacio, anuncian el momento en que aparece el yate real siriano; los Soberanos de Oriente trasbordan al *Xaveria*. A lo largo de la costa innumerables curiosos dirigen anteojos y gemelos á la resplandeciente llanura azul sobre la que avanzan los buques de guerra. Falta aún media hora para que desembarquen las personas reales, y por todas partes resuenan ya los aplausos y las aclamaciones. Entre las filas de granaderos, formados desde el palacio hasta el pabellón en que han de desembarcar los egregios huéspedes, corren los carruajes á la Daumont que conducen á Sus Majestades, á la Princesa Thera, á su hermana la gran Duquesa de Corintio y al vistoso acompañamiento.

La escuadra que escoltaba al yate siriano fondeó en el puerto. Al través de la guardia del trono y del piquete, la multitud podía entrever los saludos que los Soberanos cambiaban en el pabellón. Se oyeron entusiastas vivas; después la comitiva se puso en marcha con dirección al palacio; en el primer carruaje, el Emperador con el Rey de Siria; la Reina de Siria con la Emperatriz en el segundo; después, los Príncipes, Princesas y acompañamiento.

Hubo una serie de fiestas y diversiones. Tras las tragedias de las inundaciones y de las crisis parlamentarias, sacudió á la capital un acceso de buen humor, que brillaba al sol y se prolongaba por las noches en los salones iluminados y en los parques de palacio. Aquella alegría agradaba á la Reina de Siria. El Rey de Oriente tenía tal vez en las venas alguna gota de la sangre de Salomón. Pero la Reina no era de sangre real. Aunque hija de una de las principales familias de Siria, el nombre de su madre no figuraba en el *Almanaque de Gotha*. Su madre fue indudablemente una favorita de dudosa nobleza, pero nadie sabía con exactitud lo que había sido. ¿Fue quizá alguna horizontal de París ó Viena transportada á Oriente, donde hizo fortuna en el harén de un Grande de Siria? ¿Alguna bailarina, medio europea, medio egipcia, procedente del

Cairo ó Alejandría? De cualquier modo, su dichosa hija, la Reina de Siria, acusaba incontestablemente sangre mezclada, algo de oriental y de europeo al mismo tiempo. Al lado del Rey, de tipo semítico auténtico, visiblemente nervioso, con su severo uniforme, mitad europeo, mitad oriental, adornado de piedras preciosas, la Reina era robusta, pequeña, con cabellos de color castaño claro y constante sonrisa; su continuo cimbrar del cuerpo, sus movimientos de cabeza y la movilidad de sus pupilas demostraban su mezclada sangre. Cuando apareció en el carruaje, al lado de la delicada figura de la Emperatriz Isabel, con un vistoso traje de camino y un sombrero con enormes plumas, deshaciéndose en graciosos saludos, sonriendo á derecha é izquierda, provocó en los liparianos, habituados á la frialdad de sus Príncipes, una hilaridad que parecía inextinguible. La Reina de Siria fue el objeto de todas las conversaciones y de toda suerte de sonrisas maliciosas. Pero parecía tan buena que no era posible hablar mal de ella, y se contentaron con reirse. Se recordará que los poderosos de Siria dieron sumas enormes para los inundados. Y la alegría que reinaba en Lipara era una alegría meridional, no insana, sino un deseo de divertirse, y se reía de gusto al pensar que los liparianos no habían visto nunca una Reina tan divertida.

Las grandes maniobras se verificaron en el Campo de Marte. El Rey, el Emperador y los Príncipes fueron á caballo, seguidos de sus ayudantes europeos y orientales. Las Reinas presenciaron el desfile desde su carruaje. Berengario marchaba orgullosamente con su Compañía de granaderos, de la que era Teniente, alargando sus piernas cuanto podía, y muy serio, para no demostrar el cansancio que le costaba el paso largo. Los húsares maravillaron á los Soberanos de Siria por la precisión y marcialidad de sus movimientos. Los africanos realizaron algunas de sus elegantes fantasías, haciendo girar sus sables que despedían chispas, y al través de las blancas nubes de los albornoces y del polvo brillaban sus negros rostros y sus ojos de esmalte.

Verificáronse también, *garden parties*, regatas, carreras, festejos populares, fuegos artificiales. Todo era fiestas en Lipara. Todos los días paseaban los Soberanos, todos los días se dejaba ver la brillante comitiva de dorados uniformes, todos los días corrían al sol los carruajes imperiales, cuyas ruedas irradiaban entre el luminoso polvo que se levantaba en la ciudad. Por la noche, en cuanto se ponía el sol, las iluminaciones esparcían su luz artificial por la ciudad y por el puerto, cuyas aguas aparecían violadas bajo el resplandor de las estrellas; los cohetes se reflejaban serpenteando en el agua, en la que las embarcaciones flotaban como manchas negras.

En la gran sala de las Columnas se sucedían las comidas de gala, servidas en la fastuosa vajilla de oro. La Reina de Siria lucía sus vistosos trajes de fiesta; su seno aparecía lleno de condecoraciones, y en la cabeza llevaba grandes plumas ornadas de brillantes. Hablaba mucho, agradecida á la amabilidad de sus amigos de Lipara, y sensible á la satisfacción que le producían los aplausos. Su animación alegraba á todos, fundía el hielo de la etiqueta lipariana. La misma Isabel veíase obligada á reír. La Reina desempeñaba su papel de Soberana con la desenvoltura de una actriz inexperta y sencilla. La Reina hablaba á todos, hacía á todos los honores de majestad monera, pequeña, graciosa. A un lado, el Rey permanecía grave, como si buscara la sabiduría de Salomón. El Emperador le estimaba mucho, como Príncipe juicioso y de amplias miras; el Rey había ya venido á Europa varias veces. Los Oficiales sirianos permanecían también serios, tranquilos, algo rudos, acomodándose á las costumbres de Occidente; las damas de honor de la Reina llevaban de manera bastante extraña sus trajes de larga cola confeccionados en París ó en Londres; pero sus facciones eran finas, de color moreno, con los cabellos rizados y los ojos grandes en forma de almendra; hubieran tal vez parecido más hermosas, envueltas en doradas gasas.

Los sirianos habían dispuesto permanecer doce días en Lipara antes de marchar á Italia: aquella era la penúltima no-

che de su estancia. Se daba un gran baile en el Palacio Imperial, para el que se habían habilitado catorce salones y repartido tres mil invitaciones. En la Plaza de Palacio y en las principales calles adyacentes estaban formados los granaderos. Las salas del baile daban á la parte posterior del edificio, y desde las abiertas ventanas se contemplaba la obscuridad del parque de plátanos. La orquesta estaba oculta en un bosquecillo de palmeras. Se organizó el rigodón de honor, bailando el Emperador con la Reina, la Emperatriz con el Rey, el gran Duque de Corintio con Thera, y Othomar con la gran Duquesa.

Las grandes arañas de cristal de roca derramaban torrentes de luz eléctrica; brillaban los mosaicos, los tapices, las columnas, las joyas y el oro de los uniformes: todas las damas, con arreglo á lo preceptuado, vestían de blanco, y el raso parecía plata. Era un espectáculo deslumbrador. La música parecía confundirse con la luz; las notas vibraban como el oro.

La Duquesa de Iemena se encontraba en un grupo de diplomáticos y ayudantes; estaba en la plenitud de su hermosura, y aparecía admirable, escultural, bajo el reflejo de los destellos luminosos. Llevaba su diadema de esmeraldas y brillantes, y las preciosas piedras verdes formaban también un magnífico ramo que se abría en su seno.

El Emperador se acercó, y ella le saludó con su famosa reverencia; Oscar la dirigió algunas palabras de cumplido y se alejó. Llegó después el Príncipe, quien la saludó sonriendo y la ofreció el brazo.

Atravesaron la sala lentamente.

—Tengo que decirla algo muy importante—murmuró Othomar.

No podía alejarse con ella; les hubieran observado. Tuvieron que limitarse, pues, á pasear por los salones.

—Hace mucho tiempo que no he visto á Vuestra Alteza... solo—replicó ella en el mismo tono y como reconviniéndole.—¿Y qué tiene que decirme Vuestra Alteza?

Tomaban muchas precauciones al hablar, sonreían con indiferencia como si hablasen de cosas sin importancia, y de cuando en cuando dirigían en torno suyo miradas disimuladamente, por si pudieran oírles.

—Algo que hubiera querido decir á usted... hace mucho tiempo... Una resolución que he tomado.

El acento con que pronunciaba tales palabras no estaba en relación con el sentido de las mismas; pero la Condesa comprendió que se trataba, en efecto, de algo muy importante, y tuvo miedo sin saber por qué... Él ignoraba si aquello que decía era cruel ó no, ni la impresión que en ella produjera. Pero sabía perfectamente que había escogido con todo intento aquellos difíciles momentos para semejante coloquio, porque ignoraba cómo lo hubiese tomado á solas al poderse abandonar á su pasión. En aquel lugar sabía cómo lo había de tomar: sonriente, como mujer de mundo, aun cuando se sintiese herida en el fondo de su alma. Tal vez aquel paso era demasiado cruel; pero ya era tarde para retroceder, y era preciso llegar al fin.

Ella le miró, jugando con el abanico de plumas. Othomar continuó:

—Está decidido que en cuanto marchen nuestros huéspedes de Siria me vaya yo á hacer un viaje.

—¿Y á dónde, señor?

—Voy á visitar varias cortes de Europa.

La Duquesa no preguntó más; se extinguió su sonrisa y después apareció de nuevo de un modo automático. No preguntó más porque hartó sabía lo que significaba el viaje de un Príncipe heredero por las cortes de Europa. Era un viaje de boda. Y únicamente dijo con apagada voz:

—¡Tan pronto!

¡Tan pronto! ¡Haber durado tan poco su imperial novela! Ya había pensado en aquel fin, porque conocía la rectitud del Príncipe y sabía que éste no continuaría sus relaciones en cuanto estuviese casado; se había resignado á la idea de aquel

fin para dentro de un año, de dos tal vez, y sabía por experiencia que habría de aceptar tal desenlace sin rencor hacia su futura Emperatriz; pero ¡ahora! ¡tan pronto! ¡apenas dentro de algunas semanas! Jamás había durando tan poco una novela en su amorosa vida. Experimentaba un descorazonamiento infinito; sus ojos se nublaban, y los reflejos de las luces le parecían que temblaban como vistos al través del agua. A veces se olvidaba de sonreír, pero en cuanto lo notaba, sonreía de nuevo.

—¿Tan pronto?

—Es necesario.

Sí, era necesario, inevitable. Veía ante sí el fin de la vida. No experimentaba, sin embargo, el sentimiento de la desesperación en presencia de aquel fin, sino el de un cansancio doloroso. Bien estaba. Tras aquella novela imperial, ninguna otra. ¡Oh, no, jamás, jamás! Sacrificaría su juventud, presentaría en el mundo á sus hijastras. Tendría la satisfacción de haber vivido y de haber envejecido. Envejecido... Pero ella era joven aún, se sentía joven. Por primera vez comprendió cuánto amaba al Príncipe. Y hubiera deseado estar lejos, lejos del esplendor de aquella fiesta, sola con él para abrazarlo por última vez... ¡Oh! ¡Qué cansancio deja todo aquello que concluye, que se desvanece como humo, que se evapora!...

—Tengo confianza en usted, Duquesa—añadió Othomar.— Espero que no hablará usted de este viaje. Comprenderá que todavía es un secreto, pues no se ha hablado del asunto más que entre Sus Majestades y Myxila. ¿Verdad que puedo fiarme de usted?

La Duquesa hizo un signo afirmativo.

En aquel momento, dentro del palacio, bajo el palacio, no se sabía dónde, pareció como si estallase una repentina tormenta. Repercutió entre la armonía de la música y el brillo de las luces un formidable trueno que se prolongó largo rato. Pareció como si hubiese caído un rayo, porque poco después

se oyó un estrépito de piedras y cristales que caían hacia el ala derecha del palacio...

La música calló de repente. Todos se precipitaron á las ventanas que daban al parque; pero la noche estaba obscura y el parque silencioso. Todavía se escuchó la caída de algunas piedras.

Los rostros se habían puesto lívidos. Todos se miraban aterrados. La Duquesa estaba casi desvanecida en brazos de Othomar, cuando pasó á su lado la Emperatriz con la mirada extraviada. La seguían Elena de Thesbia y otra dama. El Emperador se apresuró á dar unas cuantas órdenes y abandonó también el salón de baile, acompañado por algunos ayudantes.

Y poco después volvió á resonar la música. Los oficiales y funcionarios se inclinaban ante las señoras, estremecidas. Continuaba el baile; volvieron á lanzarse al torbellino del vals los uniformes y las largas colas. Las sonrisas habían huído de todos los labios, y los lívidos rostros de las bailarinas daban á la fiesta una apariencia de danza macabra. Leoni se inclinó temblando ante Othomar.

—Ha sido una explosión de dinamita. La antecámara de las habitaciones de Su Majestad ha quedado destruída. Su Majestad ruega á Vuestra Alteza que no se interrumpa el baile. Todos los funcionarios y las damas de honor tienen orden de bailar.

La Duquesa se apoyó en el brazo de Othomar, próxima á caer al suelo. La gente se agolpaba en torno de ellos. Los funcionarios sostenían á sus compañeras de baile, casi desvanecidas. Algunas perdieron el conocimiento. La Reina de Siria permanecía aturdida, mientras que el Gran Duque de Corintio la enlazaba el talle para bailar.

Othomar enlazó el talle de la Duquesa.

—¡Dios mío, no puedo!—dijo ella.—No puedo, señor.

—Es preciso—replicó él.—Su Majestad lo quiere.

—Su Majestad lo quiere — repitió la Duquesa maquinalmente.

Sus rodillas temblaban, pero se dejó llevar y bailaron. Todos bailaban.

La Emperatriz siguió corriendo, atravesando corredores y salones, sin ver á las damas que la seguían, y entró en una alcoba.

—¡Berengario!— gritó.

La cámara del Infante había sido respetada. El niño, en camisa, estaba medio fuera de la cama. Su ayuda de cámara y una camarera estaban como atontados en medio del cuarto.

—¡Berengario!— volvió á exclamar la Emperatriz con júbilo, al ver en salvo á su hijo.

Y le estrechó contra su corazón.

—¡Mamá, que me haces daño!—dijo el niño.

Las joyas de su madre le habían hecho sangre en el pecho desnudo. La Emperatriz le abrazó entonces con más suavidad, llorando. Se la cayó un collar de brillantes, que recogió la camarera con temblorosas manos.

—Mamá, ¿han volado el palacio?

—No, Berengario, no, no ha sido nada.

—Mamá, quiero saber; quiero ver lo que ha pasado...

—Berengario...

Se abrió la puerta, y entró el Emperador con mucha tranquilidad; las damas se quedaron fuera esperando á la Emperatriz.

—Papá, ¿puedo ir contigo á ver lo que ha pasado?

—No, Berengario, no hay nada que ver... Duérmete...

Y ofreció el brazo á Isabel.

—Señora...—dijo tranquilamente.

La Emperatriz le dirigió una mirada suplicante. El Emperador continuó ofreciéndole el brazo. Entonces besó otra vez á su hijo, recomendándole que se durmiera, y volviéndose al Emperador, dijo con dulzura:

—Espera un poco.

Fué á un espejo, y la camarera, temblándole los dedos, la

puso el collar que se había caído, y la arregló los pliegues del vestido.

—Cuando quieras — dijo la Emperatriz á Oscar con voz apagada.

El Emperador la estrechó la mano, se despidieron ambos de Berengario y salieron.

Y cogidos del brazo, los Soberanos volvieron á entrar en el salón de baile.

La Emperatriz estaba lívida, pero sonreía.

Eran las dos de la mañana. Los Soberanos tenían costumbre de retirarse á la una, pero la Reina de Siria, con su afán de divertirse, les había rogado que se quedasen hasta más tarde, á lo que habían accedido. Si se hubiesen retirado á la hora acostumbrada, la explosión hubiera cogido al Emperador en sus habitaciones. Al principio se había hablado solamente de la antecámara, pero ya se decía que el destrozo se había realizado en el mismo gabinete del Emperador.

Comenzó la cena. Cenaron en una gran sala; de cada mesa brotaba una palmera, y la sala estaba convertida en un verdadero palmeral. En el pavimento se había esparcido dorada arena que espolvoreaba las luengas colas. La luz eléctrica, al través de las palmas, se parecía á la luz de la luna. Y bajo aquellos rayos los rostros parecían de yeso. Se escuchaban los acordes de una banda militar.

XX

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

A Su Real Majestad Olga, Reina de Gothlandia.

Lipara, Palacio Imperial, Mayo de 18...

«Mi querida hermana: Por fin puedo escribirte esta carta, que contaba haberte enviado hace ya mucho tiempo. Después de las grandes fiestas que hemos celebrado para agasajar á nuestros buenos amigos de Siria, Lipara ha vuelto á recobrar

su tranquilidad. Puedo poner orden en mis pensamientos, pero en ellos no hay más que tristeza. He aquí la causa, Olga. Me temo que Othomar está más enfermo de lo que piensan los médicos. Está muy desmejorado y tiene mala cara. No se queja demasiado, pero hace mucho tiempo que me dice que se siente muy cansado. Los médicos opinan que tiene necesidad de reposo, y aconsejan un largo viaje por mar. El viaje por Europa, del que habíamos hablado, tiene que aplazarse.

»Sé que Herman hará pronto un largo viaje con el *Yiking* á las Indias Orientales, al Japón y á América, y mi mayor deseo, en este momento, sería que Othomar le acompañase. Cuando los médicos aconsejaron el viaje por mar, hablamos con Oscar, pero sin decidir nada. Mi hijo, para hablar con verdad, no tiene amigos de su edad, y esto me disgusta, porque no sabemos cómo ni con quién mandarlo para que el viaje sea un recreo y no se parezca á un destierro, solo, lejos de nosotros. Él está contento con sus ayudantes, pero no es esto lo que yo desearía; yo quisiera para él un buen amigo, leal, íntimo, cordial, de su misma edad, para que vivan juntos algún tiempo divirtiéndose.

»Sé que alguna culpa tiene mi hijo por su falta de expansión. Pero también posee cualidades que [le harían querido si fuesen conocidas, si las dejase ver. ¿No es verdad, Olga, que tú también le quieres y que no me ciega mi amor de madre? Por esto me alegraría tanto de que Herman quisiera aceptarlo por compañero de viaje. ¿Quién sabe si llegarían á quererse más cuando se conocieran mejor? Othomar me ha dicho que, durante su excursión por el Norte de nuestro país, estuvieron los dos de acuerdo más de lo que se hubiera figurado, pero era un mal momento; en aquella ocasión estaba tan ocupado y tenía tanto que hacer, que no podían conocerse á fondo. Pero, en fin, el caso es que se llevaban bien. No puedes figurarte lo que me apenaba al ver la antipatía que al principio existía entre ambos. ¡Cuánto sufría al ver esa actitud de nuestros hijos y recordar lo unidas que estábamos nosotras

cuando vivíamos, siendo niñas, en nuestro hermoso castillo cercano á Bucarest! ¡Qué lejos están aquellos tiempos! Muertos nuestros padres, dispersos nuestros hermanos, abandonado el castillo y nosotras separadas. ¿Cuándo nos vemos? De tarde en tarde y sin apenas tener tiempo para hablar en la intimidad. Me dijiste una vez que por qué voy tan poco á esa, siendo tan amante de Gothlandia; pero la razón es siempre la misma. A Oscar no le gusta abandonar Liparia y yo no puedo dejar á mi marido. Con él soy fuerte, pero sin él soy débil. Tengo que estar á su lado para participar de lo que pudiera sucederle. El pensamiento de que le ocurriera algo, no estando yo, me angustia; y jamás lo experimenté con tanta viveza como cuando fui á Altara con Thera. Era el momento crítico de los acontecimientos; Lipara estaba en estado de sitio, pero Oscar lo quiso y marché. ¡Cuánto sufrí!

»Pero me acostumbro á mis angustias, no me quejo y tomo la vida como es; espero que mi hijo sabrá tomarla del mismo modo. Cierto es que esto ha de serle más difícil, porque á una mujer, como no tiene que dedicarse á la vida activa, le es más fácil resignarse.

»Pero el cielo le dará la fuerza necesaria para llevar su corona y su destino; tengo confianza en ello. Y sin embargo, Olga, estoy harto fatigada de nuestra soberanía. Pero vale más que no me deje abatir; es indigno, no está bien hecho.

»Y todavía tengo otra razón que me hace desear el alejamiento de Othomar, aun cuando me cueste siempre mucho separarme de mi hijo. Parece que son verdad las historias que corren acerca de la Duquesa de Iemena. Myxila, ante una pregunta de Oscar, no sólo no ha podido desmentirlo, sino que ha dicho que la cosa es pública. Hago cuanto puedo para no dejarme dominar por el dolor, Olga, pero es una historia horrible. Mi cerebro se confunde. ¿Qué atractivo ha podido encontrar mi hijo en esa mujer de más edad que yo? ¡Cuánto horror se vé en el mundo y qué mujeres hay tan extrañas! Admito, con gran dolor de mi parte, que esa mujer ame á mi

hijo y que por eso engañe á su marido; pero ¿por qué obra Othomar de esa manera, él, que es tan bueno de ordinario? Si quiero creer que ella le ama; últimamente en mi besamanos, que cierra, como sabes, las fiestas invernales, cuando se inclinó ante mí posando sus labios en mi mano, debió comprender seguramente mi repulsión y mi dolor, porque se irguió con la desesperación en los ojos y una especie de sollozo en la garganta.

»Permanecí tranquila mirándola, pero me inspiró mucha lástima, porque cuando una mujer de nuestro mundo no logra dominarse delante de su Soberana, señal de que su alma está muy herida, ¿no te parece así?

»En la actualidad estamos tranquilos. Dentro de una semana iremos á nuestra estación de verano á Xara, al castillo Xaveria; aquí hace mucho calor. Me alegraría que me contestases antes de la marcha y me dijeras la acogida que Herman hace á mis deseos. Sé que me quiere mucho y accederá seguramente, ¿no es verdad? Por mí tratará de querer á Othomar, y me apresuro á añadir que el mayor deseo de mi hijo es tener á Herman por compañero. Al principio no le agradaba tal viaje, porque no tenía compañero, y decía que prefería acompañarnos á Xaveria; pero cuando le he hablado de Herman, se ha adherido en seguida á mis ideas.

»¿Qué nos traerá el verano? ¿Estaremos tranquilos? No me atrevo á esperar nada. El invierno ha sido desastroso; nuestras provincias del Norte no se han repuesto todavía. La miseria desafía todos los socorros. Y ya han aparecido las fiebres tifoideas y algunos casos de cólera. Los disturbios del Este han terminado; pero estoy inquieta, porque han sido reprimidos con la fuerza bruta. ¡Si todo permaneciese en paz! El atentado contra Othomar, la explosión acaecida durante el último baile, me han dejado enferma. ¡Con qué gusto te vería y te estrecharía entre mis brazos! ¿No puedes venir este verano al castillo Xaveria? ¡Me harías tan dichosa, tan dichosa!

»Abraza en mi nombre á Sigisfredo y á todos los tuyos.
Contéstame pronto, ¿no es verdad?
»Recibe un fuerte abrazo de tu hermana

ISABEL.»

TERCERA PARTE

I

Corre el mes de Agosto. Las grisáceas ondas del Báltico salpican de espuma los acantilados. Cruzan por el cielo montañas de nubes blanquecinas que se renuevan incesantemente. La playa es reducida, y yacen en ella cantos y piedras de todas clases; cerca de la playa se extiende un bosque de abetos, que constituye como una mancha de un verde obscuro. Sobre los acantilados, destacándose por encima del sombrío bosque, elévase el vetusto castillo de Altseeborgen. Es un antiguo castillo en ruinas, que parece socavado por las espumosas olas. Sus tres altas torres desiguales se alzan pesadamente en el espacio. El camino que conduce al castillo arranca del principio del bosque y termina en el patio exterior, donde se encuentra la entrada principal. En torno del castillo se extienden anchos terrados de granito con gruesas balaustradas, cuya piedra está tomada por el aire salino. Desde esos terrados se domina una extensión de mar, sobre el cual llegan al castillo los vientos del Sur, estando defendido de los del Norte por el bosque de abetos. Sobre la torre más elevada ondea una gran bandera que da vida al paisaje; dos franjas amarillas y en medio una blanca, en la que se ve como una mancha negra, el almenado castillo que representa las armas de Gothlandia. En aquella mañana sin sol, la bandera que ondea al soplo de la fresca brisa que llega del mar, viene á ser como una sonrisa del cielo.



Un joven y una muchacha pasean por la playa; charlan, sonríen, se miran. Ella es más alta que él, blanquísima; de debajo de su sombrerito de marinero salen algunos rizos de cabellos de color obscuro que el viento le echa á la cara, viéndose la joven muy atareada en recogerlos. Lleva una falda azul sencilla, una blusa blanca de seda y ciñe su talle un ancho cinturón de cuero. El viento la levanta la falda, y deja ver sus medias negras de seda y sus zapatos de cuero amarillo. Va jugueteando con un par de guantes.

El joven lleva un traje de verano de cuadritos claros, y un sombrero de paja. Es bajo y delicado; sus ojos negros tienen una expresión de dulce melancolía. Refiere los incidentes de un viaje á la joven que marcha á su lado, la cual le escucha con una sonrisa.

La atmósfera está muy tranquila á pesar del viento. Los jóvenes pasean por la playa, y al cruzar por delante del castillo se vuelven y miran á lo alto. En una de las ventanas hay alguien que los saluda cariñosamente con la mano, y les dice algo. Hacen todo lo posible por oír, y después se encogen de hombros; el viento se ha llevado las palabras. A su vez saludan con la mano y se van.

No lejos, sin embargo, á lo largo de la playa, hasta un pueblecillo de pescadores, en el que se alzan algunas casas dispuestas para los bañistas. Una de las casas está alquilada para los meses de verano por una familia distinguida; unos niños corren por la playa, y en su carrera una niña se cae delante de nuestros jóvenes.

—¡Hola!—exclama él riendo; la levanta cariñosamente, y continúa el paseo con su compañera. Un pescador que pasa con sus redes sonríe y esboza un saludo. Una señora gruesa, que miró con curiosidad á los jóvenes, ve saludar al pescador y le llama.

—¿Quiénes son esos jóvenes?

El pescador señala al castillo de Altseeborgen.

—Son del castillo.

—¿Pues quiénes son?—pregunta la señora, asombrada.

—El señor es el Príncipe de Liparia, y la señorita es una Princesa austriaca—dijo el pescador con naturalidad.

La señora miró á la pareja de Príncipes y miró con terror las correrías de sus hijos. Los jóvenes regresaban riendo alegremente y apresurando el paso en dirección al castillo, como si se hubiesen alejado demasiado. La señora, pálida aún, no atrevió á excusarse por sus hijos, pero hizo una profunda reverencia y obtuvo en cambio un afectuoso saludo.

II

La real familia de Gothlandia tenía la costumbre de pasar todo el verano en Altseeborgen. La playa se prestaba admirablemente para hacer del pueblecillo de pescadores una estación veraniega; pero el rey Sigisfredo no había querido oír hablar nunca de semejante proyecto; la playa y el pueblo pertenecían al patrimonio real, y únicamente se había permitido construir alguna que otra casa.

Por lo general, las familias que allí veraneaban era de clase modesta. Altseeborgen no debía convertirse nunca en una playa de moda, aun cuando la proximidad á la residencia real hubiera sido ocasión para que luciera su lujo de verano el mundo elegante.

La familia de Gothlandia velaba cuidadosamente para mantener el aislamiento de su retiro. Cuatro meses permanecían en él los Príncipes, sin la etiqueta del palacio, en la mayor sencillez. Constituían una familia numerosa y tenían siempre muchas visitas. El Rey se ocupaba en los asuntos de Estado con la mayor naturalidad. Sus nietos corrían á veces por el gabinete, mientras celebraba importantes conferencias con el Presidente del Consejo de Ministros, que venía de cuando en cuando á Altseeborgen. Acariciaba á sus nietos y con un beso les mandaba á jugar. Vivían allí el Príncipe heredero Gunther

y la Princesa Sofía de Alemania, Duques de Wendeholm, los cuales tenían cuatro hijos, una hembra y tres varones. Después del Duque venían el Príncipe Herman, la Princesa Wanda, de veintiún años, y dos Principitos, Olaf y Cristóforo. Habitaban allí también dos ancianas Princesas, hermanas del Rey, viudas de Príncipes alemanes.

Othomar había pasado tres meses en el mar con Herman. Arribaron al Indostán, China, Japón y América. Se realizó el viaje con el mayor incógnito para eludir todo recibimiento oficial, y Othomar no llevó más título que el de Príncipe Czyrkiski. El viaje le había rejuvenecido; sentíase tan bien, que escribió á la Emperatriz Isabel manifestándola su intención de permanecer aún algún tiempo en Altseeborgen y emprender en seguida la excursión proyectada á las diversas cortes de Europa.

Aquella comunidad de vida, completamente íntima, había unido mucho á los dos primos. Herman había comprendido que Othomar, bajo su rudeza y su falta de afabilidad, era un Príncipe heredero que se asustaba mucho de su porvenir propio, pero que, no obstante, le asistía la razón al querer aprender de la vida y fortalecerse en ella, para llevar mejor un día el pesado yugo de su soberanía. Comprendía á Othomar y le era muy simpático. El veía en la vida la alegría de vivir; hasta la respiración era un placer para él. Su condición de hijo segundo, encariñado solamente con la marina, á la que amaba como podía amarla por herencia un descendiente de los antiguos reyes del mar, le ofrecía una perspectiva de absoluta carencia de cuidados; el ser hijo de Rey no le procuraba más que placeres, satisfacciones, y apreciaba verdaderamente la grandeza de su nacimiento; bebía néctar en la copa en que Othomar no hallaba sino hiel. Al principio comparó á Othomar con su hermano el Duque de Wendeholm, Príncipe heredero también él de Gothlandia; pero ya no les comparaba, porque se había hecho más razonable, y comprendía que no había entre ambos parangón posible.

Liparia era un inmenso Imperio casi autocrático; era preciso tener siempre refrenado al pueblo, muy voluble, especialmente en el Sur, porque á causa de su infantil ligereza, jamás podía saberse á dónde le conducirían sus caprichos. Los gothlandeses, de temperamento serenamente liberal, sin exageraciones, amaban á su Constitución establecida y ampliada hacía mucho tiempo, y descansaban en su Rey Sigisfredo, al que llamaban padre del pueblo. ¿Que Gunther no se asustase al pensar que un día ceñiría la corona, era una razón para que Othomar no abrigase aquel temor? ¿No poseía Othomar aquellas afectuosas cualidades, susceptibles de ser apreciadas en el estrecho círculo de la intimidad, de hacerse querer de algún amigo, más bien que aquellas otras cualidades superficiales y brillantes que en las altas posiciones dan relieve y atraen las miradas de la multitud? ¿Aquel joven, con el alma llena de escrúpulos, con su nostalgia de justicia, con su aspiración hacia el amor y su sensibilidad constantemente herida, era el hijo de su padre, el descendiente de Berengario el Fuerte, de Wenceslao el Terrible, el hijo de la esforzada Xaveria, ó no era más bien el hijo de su tiernísima madre?

No eran del carácter de Herman las reflexiones largas; pero todo esto se le presentó bruscamente como un nuevo punto de vista que se hubiera mostrado con luz más clara, y su antipatía se convirtió en simpatía y amistad, y hasta en asombro, al pensar que en el Universo se arreglaran las cosas de tal manera que fuera menester abrumar un alma como la de Othomar bajo el peso de una corona.

La vida sencilla y familiar de Altseeborgen era para Othomar un bálsamo. Se sentía revivir en aquella atmósfera; su personalidad se ensanchaba con mayor desenvoltura sin obstáculos. Habitado al ceremonial del palacio de su padre, donde el Emperador Oscar mantenía estrechamente la etiqueta, se sorprendió al principio de la sencillez casi burguesa de su familia de Gothlandia, y después gozó con ella. En los años anteriores, hizo de cuando en cuando alguna corta aparición en

Altseeborgen; pero no había permanecido el tiempo suficiente para sentirse como entonces completamente en su casa.

Con Othomar, no había en aquel momento más invitados que la Archiduquesa Valeria, sobrina del Emperador de Austria. ¿Tenían los jóvenes algún presentimiento? ¿Pronunciaron alguna vez unidos sus nombres los Príncipes ó las Princesas? En apariencia, no; una sola vez, la Princesa Sofía—ó Wanda—se vió obligada á hacer callar á sus hermanitos con una mirada. Sin embargo, la Reina de Gothlandia, de acuerdo con el Emperador de Liparia y con los padres de Valeria—el Archiduque Alberto y la Archiduquesa Eudoxia, que habitaban en el castillo de Sigismundingen,—reunió intencionadamente á los dos jóvenes.

El Emperador Oscar hubiera indudablemente preferido como nuera á una de las Princesas rusas, sobrinas del Czar; pero la diferencia de religión era un obstáculo insuperable; al Emperador, no obstante aquella preferencia, no le disgustaba una alianza austriaca.

Tal vez Othomar y Valeria adivinaban algo de aquel proyecto, pero el secreto no les molestaba en manera alguna; estaban ambos tan habituados á oír sus nombres asociados á los de otros Príncipes y Princesas, á leer en los periódicos anuncios que después se desmentían; habíanse reído juntos tantas veces al saber que las habladurías del público les casaba unas veces con uno, otras con otro; á veces también se habían encontrado con tales sorpresas, que se divertían mucho con todo aquello. No se extrañaban, pues, de las ocurrencias del Príncipe Olaf ó del Príncipe Cristóforo, muchachos de diez y siete y de quince años, respectivamente, que se entretenían en embromarlos. Y, por lo demás, la Reina Olga, seria y discreta, no ejercía sobre ellos la más mínima presión.

Les invitó á los dos, pero no iba más allá. Tal vez observaba en silencio lo que pasaba entre ellos y se lo escribía á su hermana, pero se mantenía alejada de las mallas de la red que había de reunir sus existencias reales. Sin embargo, no le era

muy fácil semejante reserva; amaba á Valeria, y juzgaba que aquel matrimonio era excelente bajo todos conceptos. Por otra parte, llegaban cartas apremiantes de Sigismundingen y también de Viena, en las que se mostraba el deseo de ver á la joven Archiduquesa convertida en Duquesa de Xara. Y sin contar con que en la corte austriaca se daba gran importancia á una nueva alianza con Liparia, existían también otras razones más íntimas.

III

Por la tarde salió el sol, y el gris del mar y del cielo tomó un tinte azul, el pálido azul de un verano del Norte. El mar brillaba con reflejos dorados, y el vetusto castillo se calentaba al sol como un anciano. Sobre el terrado más elevado, que daba acceso á una gran sala por tres puertas de vidriera, estaba extendido un toldo, y cubrían el suelo unas esteras.

La Princesa Sofía y la Archiduquesa Valeria hallábanse sentadas en sendas butacas de rejilla, ocupadas en pintar á la acuarela. En la sala se oían monótonas escalas tocadas con débil pulsación en un piano por la Princesa Isabel, la hija mayor de la Princesa heredera, que estaba estudiando. La Princesa Wanda, sentada en el suelo, jugaba metiendo bastante ruido con sus dos sobrinos menores, Erik y Carlos. El Príncipe Herman estaba sentado en una silla ante una mesita llena de diarios y revistas, en la que había además una copa y una botella de Jerez; el Príncipe fumaba un cigarrillo, cuyo humo subía en espirales; Sofía y Valeria comparaban sus trabajos y se reían. Por el cielo continuaban cruzando blanquecinas nubes, y el mar brillaba como la coraza de oro de algún gigante.

—¿Qué pintas?—preguntó Herman.

—Nubes—respondió Valeria,—nada más que nubes. He decidido á Sofía á que se dedique á hacer estudios de nubes

conmigo. Si quieres ver mi álbum, no hallarás en él otra cosa sino nubes.

Y se echó á reir.

—La verdad que es raro — dijo Herman, adoptando una postura cómoda.

—Sí—dijo Sofía bromeando,—las nubes son muy bonitas, pero no se puede copiarlas; cambian cada minuto.

—Erik, dí á Valeria que te dé el álbum para que yo le vea,—exclamó Herman.

—De ninguna manera—replicó Wanda;—levántate tú, perezoso.

Pero Erik quería ir á buscarlo, y comenzó á pelearse con su tía, la cual le sujetaba entre sus brazos. Carlos salió en defensa de su hermano, y entre los dos dieron en tierra con la Princesa.

—¿Pero qué haces, Wanda?—exclamó Sofía.

Valeria se levantó y se acercó á Herman.

—El resultado de todo esto es que no vienes á ver mis nubes, holgazán. En fin, te perdono... Aquí las tienes, mira...

Herman se incorporó y cogió el álbum.

—¡Qué raro es esto!—exclamó.—Amarillo, blanco, violeta, rojo. Todo es aquí crepúsculos.

—Y auroras. Me parece que veo mejor que tú.

—¡Qué cosas verás tú en las nubes, Valeria! Jamás se me hubiera ocurrido á mí pintar nubes. Lo que debes hacer es acompañarme alguna vez en uno de mis viajes, y podrás formar una completa colección de nubes.

—Hubieras debido hacerme esa proposición antes, y entonces hubiese podido hacer el viaje con Xara.

—Pero ¿dónde está Othomar?—preguntó Herman.

Valeria contestó que no lo sabía.

Herman dió un sorbo á su copa de Jerez, y Wanda manifestó deseos de beberse lo que quedaba; pero Herman la dijo que llamase para que la trajeran otra copa.

Wanda se empeñó en coger la copa de su hermano, y éste la apartó riendo.

—¡Pero, Wanda!...—murmuró Sofía lánguidamente, pasándose una mano por los ojos.

—¡Pero, Wanda!—repitió ésta, imitando el tono de su cuñada, y todos se echaron á reír.

—¿Lo he dicho así?—preguntó Sofía, con su lánguido acento, y añadió: No sé, estoy adormecida, tengo una pereza...

Continuaron todos riéndose de Sofía, cuando se oyeron en el vestíbulo unas voces chillonas. Eran las dos viudas, que venían acompañadas por Othomar; las dos señoras procuraban recordar sus juveniles gracias pasadas con el Príncipe, que las ofrecía sillas.

Las dos hermanas del Monarca habían echado una siesta después del almuerzo, y se disponían á trabajar en sus bastidores de bordado. Todos las saludaron con gran respeto, pero con ciertos ribetes de guasa.

—Perdón, querido Duque — dijo la Princesa Elsa, la mayor de las dos ancianas;—prefiero aquella silla baja.

La Princesa Mariana prefería, en cambio, una silla alta; las dos damas dieron gracias á Othomar por su galantería con una reverencia, se sentaron muy erguidas y prepararon su labor, consisténte en grandes blasones para fundas de butaca. Eran muy ceremoniosas, con sus caras largas y arrugadas, y sus altos moños de cabellos grises; llevaban trajes de seda, de un corte antiquísimo, que crujían mucho. De cuando en cuando cambiaban alguna palabra rápida, agria, haciendo un gesto con su perfil de cacatúas; miraban á ratos al mar con gran atención, como si del infinito hubiese de venir seguramente algo extraordinario; después volvían á su labor. Sus vetustas personas, ceremoniosas, rígidas, hacían un contraste extraño con el abandono de los jóvenes; los rizados cabellos y la blusa de Wanda estaban harto desordenados.

Llegó otra anciana igualmente ceremoniosa, que se parecía algo á las dos viudas, y la cual era la Condesa de Altenbourg, dama de honor de la Princesa Elsa. Venía acompaña-

da por dos criados que traían café y pastas, la merienda de las dos princesas.

La Condesa hizo una reverencia ante los Príncipes jóvenes.
—La invasión—murmuró Herman á Valeria.

Reinaba una extraña confusión de lenguas: las tías hablaban en alemán, y para hacerse oír de la Condesa, la decían á gritos alguna frase referente á la calma del mar, mientras que la dama servía el café y hacía signos de comprender. Las Princesas jóvenes hablaban por lo general en inglés; Herman y Othomar cambiaban algunas palabras en lipariano, y los niños, que se habían ido á jugar á otro terrado más bajo, mezclaban en sus juegos y en sus gritos el francés y el gothlandés.

Los criados trajeron el té de la tarde y lo colocaron ante la Princesa Sofía; en esto apareció una dama de honor, que se inclinó ante la joven Princesa heredera, y dijo en gothlandés:

—Su Majestad ruega á Vuestra Alteza que vaya á verla al saloncillo.

—Mamá me llama—dijo la Princesa Sofía en inglés, levantándose.—Wanda, ¿quieres tú servir el té?

La Princesa heredera atravesó el vestíbulo, que era una gran sala redonda, llena de cuernos de ciervo, cabezas de alce y trofeos de caza; después subió una escalera. En la antecámara de la Reina, un hujier abrió la puerta de la habitación. La Reina Olga estaba sola. Tenía algunos años más que su hermana la Emperatriz Isabel; era más alta y bastante más gruesa; sus facciones tenían mucho parecido con las de su hermana, pero eran más pronunciadas.

—Sofía—se apresuró á decir en alemán,—tengo una carta de Sigismundingen.

La Duquesa de Wendeholm, que se había sentado, preguntó sobresaltada:

—¿Algo que se refiera á Valeria?

—Sí...—murmuró la Reina, con mirada pensativa.—¡Pobre criatura!

—Pero ¿qué sucede, mamá?

—Toma, léela tú misma.

La Reina entregó la carta á su nuera, la cual la leyó con rapidez.

La carta era de la Archiduquesa Eudisia, la madre de Valeria, y se veía que estaba escrita con mano que temblaba por la emoción; manifestaba en términos que querían ser indiferentes, pero que acusaban una gran satisfacción, que el Príncipe Leopoldo Von Lohe-Obkowitz se hallaba en Niza con la famosa actriz Estrella Dereaux; que estaba decidido á renunciar á sus derechos hereditarios en favor de su hermano menor, y que inmediatamente se casaría con su amante. La Archiduquesa rogaba en su carta á la Reina ó á la Princesa heredera que se lo comunicasen á Valeria, en la confianza de que la joven no se afectaría demasiado. La carta terminaba, por último, con una gran filípica dirigida contra el Príncipe Leopoldo, reo de tan grave escándalo; esto no impedía que la Archiduquesa expresase una verdadera satisfacción, abrigando al mismo tiempo la esperanza de que Valeria no pensaría ya probablemente en ser la Soberana de un Estado que apenas medía seis metros en cuadro.

El Archiduque Alberto escribía también y manifestaba que no eran rumores vagos, que el hecho era absolutamente cierto y que el mismo Príncipe Leopoldo lo había referido á personas que se apresuraron á escribir á Segismundingen.

—¿Ha hablado alguna vez Valeria del Príncipe von Lohe?

—preguntó la Reina.

—Alguna vez, mamá—respondió la Duquesa de Wende-
holm, devolviendo la carta.—Todos sabemos que esa noticia la causará un gran dolor. ¿Estará preparada por lo menos?

—Seguramente, no; no hemos leído ni sabido nada referente al asunto. ¿Debo decírselo? ¡Pobre criatura!

—¿Quieres que se lo diga yo, mamá? Como ya te he dicho, Valeria ha hablado alguna vez conmigo.

—Está bien, hazlo.

E. M.—*Noviembre 1901.*

La Duquesa reflexionó y consultó el reloj.

—Ya es tarde; la hablaré después de la comida: ¿qué te parece?

—Bien, díselo después de la comida.

La Princesa heredera salió y se fué á vestir. A las siete sonó la campana, y todos se volvieron á reunir en el vestíbulo para dirigirse al comedor, cuyos amplios ventanales daban al bosque de abetos. La comida era muy animada; se reunían en la mesa el Rey Sigisfredo, robusto anciano con toda la barba blanca; la Reina Olga; el Príncipe heredero Gunther, joven de treinta y dos años, alto y rubio; la Princesa Sofía y sus hijos; Othomar, entre su tía y Valeria; Herman y Wanda; Olaf y Cristóforo; las dos viudas con la Condesa de Altenbourg; los funcionarios palatinos; las damas de honor; los chambelanes; la institutriz de la Princesa Isabel, y los preceptores de los Príncipes pequeños.

La conversación era alegre y de confianza. Los invitados vestían de frac, el Rey levita cerrada, y los Príncipes y funcionarios de *smoking*. Las Princesas jóvenes llevaban trajes de verano, claros, de seda blanca ó de batista de color de rosa; algunas lucían flores de invernadero.

Valeria hablaba con mucha animación; Herman continuaba embromándola acerca de sus estudios de nubes, pero Othomar manifestaba que eran admirables. La Reina Olga y la Princesa Sofía se miraban y permanecían más silenciosas que de ordinario. El Rey no cesaba de mirar á los jóvenes. Después de la comida se dispersó la familia. Othomar y Herman se fueron con los Príncipes jóvenes y con los niños á remar á bordo de dos lanchas. Wanda y Valeria se pusieron á pasear por el terrado, cogidas por el talle. El mar conservaba aún su color azul, pero el cielo había palidecido y no brillaba ya; el sol se dirigía á ponerse tras el horizonte, iluminando con sus últimos rayos las alargadas nubes.

Las dos jóvenes paseaban, se reían y miraban á las dos lanchas que bogaban, haciéndolas señales. A lo lejos pasaba

un buque, que lanzaba al espacio sus espirales de humo. Las muchachas gritaron: «¡Hurra, hurra!», agitando los pañuelos.

—Mira estos periódicos de Herman—dijo Valeria.—A tía Olga no le gusta este desorden.

Y enseñaba las revistas y los periódicos que los criados se habían olvidado de recoger. Estaban esparcidos por las sillas, por la mesa y por el suelo.

—Voy á llamar para que los arreglen—dijo Wanda.

—No, déjalo—replicó Valeria.

Y se puso ella misma á recoger y á poner en orden los papeles; Wanda se había puesto á saludar de nuevo á las lanchas con el pañuelo.

—¡Dios mío!

Al oír el grito que lanzó Valeria, se volvió Wanda precipitadamente; la Archiduquesa estaba pálida y se había dejado caer en una silla.

Los periódicos se habían desparramado nuevamente; pero Valeria tenía uno apretado convulsivamente entre sus manos y le miraba con ojos espantados.

—Esto no es verdad...—murmuraba...

—¡Son mentiras... calumnias!

—¿Qué te sucede, Valeria?—preguntó asustada Wanda.

En aquel momento entró llamando la Duquesa de Wende-
deholm.

—¡Valeria!

La joven no la oyó. La Duquesa se acercó á ella.

—Valeria—repitió,—¿puedo hablarte un momento?

La Archiduquesa levantó su lívido rostro. Parecía que no oía á nadie.

—¡Dios mío!—exclamó la Duquesa dirigiéndose á Wanda.

—¿Lo sabe ya?

—¿El qué?—preguntó Wanda.

En aquel instante entró un criado trayendo unas cartas en una bandeja de plata. Unas eran para la Duquesa, y otra para Valeria.

La Archiduquesa, á pesar de su estado, vió la carta y se apresuró á cogerla ávidamente; salió el criado.

— ¡Señor!... — balbuceó Valeria.

Rasgó el sobre temblándole las manos y leyó la carta con mirada extraviada. Sofía y Wanda la contemplaban con terror.

— ¡Dios mío! — volvió á exclamar dolorosamente la Archiduquesa. — ¡Era verdad... era verdad... era verdad! ¡Oh!...

Se levantó temblando, miró en derredor con expresión de infinita angustia y se arrojó como una loca en brazos de la Duquesa. Sus sollozos la ahogaban, y experimentó en su corazón la sensación de una puñalada.

— ¡Me lo escribe él mismo! — gritó. — ¡Él mismo! ¡Era verdad lo que decían los periódicos! ¡Oh!...

Y dejó caer su cabeza sobre el pecho de Sofía, que la condujo al vestíbulo; Valeria se dejó llevar como una niña. Wanda las siguió llorando desconsoladamente, sin saber por qué.

Desde las lanchas que continuaban alejándose, los Príncipes hacían señales. La Princesa Isabel, que estaba á bordo, gritaba algo, no comprendiendo cómo Wanda y Valeria no respondían á su juego.

Se ocultaba el sol; las brillantes nubes se confundían en una niebla de contornos dorados y refulgentes: se acercaba la noche; la sombra se extendía por el cielo; una nube, como si hubiese conservado las alas de fuego de los últimos rayos del sol, continuaba brillando aún en el cielo, pero pronta á desaparecer, y de repente sus truncadas alas se perdieron en la obscuridad. Aparecieron en el firmamento las primeras estrellas.

IV

A la mañana siguiente, muy temprano aún, á las cinco y media, la Archiduquesa Valeria bajaba por los terrados de Altseeborgen. Se limitó á decir á su camarera que estaría de

vuelta á la hora del desayuno. Arrastrada por un impulso irresistible bajaba de terrado en terrado. No se encontró más que con algunos criados y con los centinelas; en cuanto descendió del último terrado se dirigió hacia el mar; en un puercecillo cuadrado, construído en el granito, estaban fondeadas las embarcaciones de remo y vela. Valeria saltó á una canoa, larga, ligera, y soltó la amarra. Se sentó, empuñó los remos, y no tardó en salir del puerto avanzando hacia el mar. Soplaban viento del Sudoeste. El mar estaba extraordinariamente gris, y en el cielo, de color blancuzco, flotaban nubes filamentosas empujadas por el viento. No se veía el horizonte; la niebla ocultaba la línea de separación entre el cielo y el mar.

Arreciaba el viento.

Valeria se había quitado el sombrero, y sus cabellos se arremolinaban en su cara. Pensaba haberse dirigido remando hacia el pueblecillo de pescadores; pero comprendió en seguida que sus fuerzas no le permitían bogar en contra del viento. Así, pues, se dejó guiar por él. Pensó un momento en el cielo, en el tiempo y en el viento; dejó después de pensar en todo aquello, y volvió á empuñar los remos vigorosamente.

Aun cuando el mar estaba relativamente tranquilo, la canoa se balanceaba bastante, y la espuma se estrellaba contra sus bordas. Hubo un momento en que, al volver la cabeza, Valeria se asustó de la distancia que la separaba de Altsee-borgen.

Dudó un momento, pero se dejó arrastrar de nuevo. Cuando abandonó el castillo, no había obedecido más que á un pensamiento: solamente al deseo de moverse. Después, nuevas ideas corrieron por su mente como si el viento la hubiese despertado de su letargo. Los ojos de Valeria brillaban, muy abiertos, sin lágrimas, fijos ante ella.

Así, pues, era verdad, era verdad; estas palabras no se apartaban de su mente. Los periódicos — aquellos periódicos que Herman leía para matar el tiempo—lo anunciaban; Sofía se lo había dicho; la misma carta de él se lo comunicaba.

Ya no poseía aquella carta; la había hecho pedazos; pero cada una de sus palabras penetraba en su cerebro como un hierro candente.

Aquella era su letra, eran sus propias frases, su estilo. ¿Cómo podía haberse dejado fascinar nunca por aquellas frases? ¿Pero acaso eran suyas las de la carta? ¿Era su manera de escribir? ¿Podía ella imaginarse que la hubiera llegado á hablar jamás de aquel modo?

«No quería — decía él en la carta — hacerla desgraciada amándola contra la voluntad de sus padres, de su imperial familia. Era harto cierto que él no era igual á ella por su nacimiento. Su casa pertenecía á la nobleza antigua, pero nada más. Ella, en cambio, era de sangre real é imperial. Le estaba reconocido de que hubiese querido descender hasta él, de que hubiese querido elevarle hasta ella. Pero no podía aceptar semejante sacrificio. Las tradiciones humanas deben ser respetadas, y principalmente en ellos, como grandes, no estaba bien que fuesen en contra de esas tradiciones. Debían recordar con gratitud el amor que les había hecho felices, pero no debían desear nada más.

»En Viena se oponían á su amor. ¿Hubiérala hecho él jamás completamente dichosa? ¿Si se hubiesen casado y se hubieran visto obligados á ocultar su amor en el extranjero, no habría ella deseado volver, no habría ella experimentado alguna vez arrepentimiento por haber perdido el esplendor del que por causa de él había descendido? Porque de haberse casado, lo peor hubiese sido para ella, por incuria en el enojo de su Emperador.

»No, eso no podía ser. Debían separarse; no habían nacido el uno para el otro. Si alguna vez habían abrigado esa gratísima ilusión, tenían que reconocer que era imposible. Él la quedaría agradecido eternamente por aquel recuerdo.

»Con el corazón destrozado, destrozado, sí, se despedía de ella. Era el fin de su alto destino, de su vida, de todo. Pedíale perdón. Reconocía que era demasiado débil para amarla con-

tra la voluntad del Soberano, y la volvía á pedir perdón. Oiría ella el nombre de una mujer unido al de él; también por esto la pedía perdón. No amaba á aquella mujer, pero ella quería consolarle en su dolor...»

El viento había arreciado considerablemente, y sus rachas eran pesadas, uniformes. El cielo estaba sombrío, las olas se estrellaban con furia contra la canoa y la elevaban en sus lomos como monstruos acuáticos. La espuma salpicaba á Valeria: Altseeborgen estaba sumamente lejos, visible apenas; veíase aún la bandera flotando al viento como una cinta.

—¡Estoy loca!—se dijo Valeria.—¿A dónde voy? Es necesario volver...

Pero no era empresa fácil la de hacer virar á la canoa; á cada tentativa se lo impedía el viento y la llevaba cada vez más lejos; la desesperación invadía el cuerpo y el alma de la joven, desesperación física y moral.

—¡Pues bien; tanto peor!—exclamó.

Y soltó los remos y se dejó llevar cada vez más lejos, más lejos... ¿Por qué no? ¿Por qué no había de dejarse llevar? Sin él, su vida era imposible. Su felicidad estaba destrozada, y ¿qué era la vida sin la felicidad? Porque ella deseaba la felicidad; la necesitaba tanto como el pan.

Y navegaba medio tumbada en la canoa, de cuyas dos bandas colgaban los remos; saltó una ola á bordo y pasó por encima de la joven; sus ojos miraban, brillantes, hacia adelante, á lo lejos. Saltó otra ola é inundó el fondo de la lancha. Valeria se incorporó lentamente y vió un mar furioso y un cielo negro. Entonces volvió á empuñar los remos con un suspiro de dolor.

—¡A los remos!—exclamó.

La canoa subía hasta el cielo y descendía hasta el abismo. Pero con un esfuerzo desesperado logró Valeria que la canoa virase en redondo.

—¡Un esfuerzo!—murmuró entre sus dientes apretados.

Mantuvo á la frágil embarcación contra la dirección del

viento y comenzó á remar. Necesitábanse grandes esfuerzos.

Con los músculos en tensión, la frente arrugada, crispados los puños y los dientes apretados, continuó vogando y resistiendo con todas sus fuerzas á la violencia del viento. Necesitábanse grandes esfuerzos, y los hacía. Estaba acostumbrada á desplegar todas sus fuerzas, y continuaba remando maquinalmente. Comenzó á sollozar, pero no soltó los remos.

¡Oh! le había amado con toda su alma. ¿Por qué? ¿Lo sabía acaso? ¡Oh! si él hubiese sido algo más fuerte, ella lo hubiera sido seguramente. ¿Qué les importaba el enojo del Emperador, si se querían? ¿Qué les importaba el enojo de sus padres, si se querían? ¿Qué les importaba Europa, si se querían? Nada, absolutamente nada... ¡Si él se hubiera atrevido á apoderarse de la felicidad cuando fluctuaba ante ellos! ¡La felicidad no se presenta más que una vez en la vida ante cada alma! Pero él no se había atrevido; se había sentido demasiado débil y se lo confesaba... ¡Y ya todo había terminado, todo había concluído!...

Y sin dejar de llorar continuaba remando. Le parecía que sus brazos se hinchaban como si fueran á reventar. Empezaron á caer algunas gotas de agua. ¿Para qué remaba? El mar era la muerte, la emancipación de la vida, el olvido, el abismo en donde desaparecían todas las penas, todos los dolores. ¿Para qué continuaba remando?

—¡Dios mío! no lo sé—respondió á sí misma en alta voz; —pero ¡es preciso, es preciso!

Y con todas las fuerzas de su juvenil vigor continuó luchando por la vida...

En Altseeborgen reinaba una gran inquietud. Valeria había salido hacía ya tres horas. La camarera no sabía más sino que Su Alteza aseguró que estaría de vuelta á la hora del desayuno. Los centinelas la habían visto bajar por los terrados, pero ignoraban hacia qué lado se dirigiera Su Alteza. Creían que en dirección del bosque, pero no estaban seguros.

La angustia crecía por momentos; nadie se atrevía á manifestar sus sospechas, pero se leían en los ojos de todos. El Rey Sigisfredo dió personalmente algunas órdenes para que se buscara á Valeria, pero sin llamar la atención de palacio ni de los moradores del pueblo vecino. Nadie pensaba que la Archiduquesa se hubiese extraviado; porque el bosque de abetos no era grande, y no había por allí más lugares que el pueblo, la playa y el bosque.

El Rey y el Príncipe heredero Gunther se dirigieron al bosque con un ayudante; Herman y su hermano Olaf fueron por la izquierda hacia el pueblo, y Othomar y Cristóforo á lo largo del mar, por la derecha. La Reina y las Princesas permanecieron en el castillo, llenas de mortal inquietud y con el corazón palpitante. Aun cuando todos se esforzaban en disimular y tomar el desayuno, el rumor del suceso corría vagamente por el castillo.

Othomar y Cristóforo caminaban por la playa llena de piedras; comenzaron á caer gruesas gotas de agua.

—¿Qué buscamos aquí?—preguntó Othomar desesperado.

—Tal vez se ha arrojado al mar—respondió su joven acompañante, y por primera vez en su vida tuvo miedo de aquel abismo de muerte.

Sin darse cuenta de que andaban, continuaban andando.

—Volvámonos—dijo Othomar.

Sin embargo, siguieron adelante; no podían separarse de allí.

De pronto se oyó un grito en el mar; experimentaron una sacudida, pero al pronto no vieron nada.

—¿Has oído?—preguntó Cristóforo palideciendo, pues se acordaba de las leyendas del mar.

—Alguna gaviota—respondió Othomar; pero prestó oído.

De nuevo resonó el grito.

—Allí, ¿no ves nada?—preguntó Cristóforo.

Y señalaba un punto que flotaba en el agua. Othomar hizo un signo negativo.

—No, no puede ser—replicó Othomar.—Habrá gritado algún pescador.

—No; ¡aquello es una canoa!—gritó Cristóforo.

Callaron ambos y echaron á correr.

El punto se hacía cada vez más visible, el grito resonaba más agudo.

—¡Dios mío! ¡Valeria!—exclamó Othomar.

En respuesta lanzó ella algunas palabras, pero no se oyó bien. Venía remando en dirección á la orilla. Othomar se quitó la americana y los zapatos, y se remangó los pantalones y las mangas de la camisa.

—Toma todo esto—dijo á Cristóforo,—y vuelvete al castillo. Dí que...

Y con la mirada fija en el mar, se echó al agua y se puso á nadar hacia la canoa. No era fácil abordarla, porque la lancha iba de un lado para otro, á impulso de las olas; pero con un movimiento certero y rápido, Othomar consiguió saltar á bordo.

—No puedo más—dijo Valeria desfallecida.

Dejó caer los remos, que inmediatamente fueron empuñados por el Príncipe. Valeria comprendía que se iba á desvanecer, pero hizo un esfuerzo y se mantuvo erguida para no asustar á su compañero.

V

La Archiduquesa no se presentó á almorzar, y se retiró á dormir. Momentos antes de la comida se presentó en el vestíbulo, en donde tomaron el té aquella tarde, á causa de la lluvia, la Reina, las Princesas y los niños. Valeria estaba un poco pálida, con el rostro contraído y los ojos muy abiertos y muy brillantes. Llevaba un sencillo traje de verano, de color violeta pálido, y ceñía su talle una cinta blanca sujeta

con un nudo. Aquel color se adaptaba admirablemente á su extraña cabellera con reflejos oscuros y dorados.

La Reina tendió la mano á Valeria, inclinando la cabeza, y le dijo:

—¡Mala! ¡Qué susto me has dado!

Valeria dió un beso en la frente á la Reina, y replicó:

—Perdóname, tía. El viento era tan fuerte que no podía resistirle. No hubiera debido salir, pero tenía... tenía necesidad de movimiento.

La Reina la miró con ansiedad.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente... Un poco nerviosa... un poco dolor en la cabeza. No es nada. Solamente mis manos tienen algunas ampollas. Mira...

Y se echó á reír.

Las tías quisieron conocer minuciosamente lo sucedido. Era difícil el explicárselo. Wanda se sentó entre ambas y comenzó la relación: sus rostros de cacatúas se volvían á derecha é izquierda y se inclinaban hacia Wanda. Las dos señoras, con las manos puestas en el corazón, miraron á Valeria asustadísimas. La Archiduquesa las dirigió una afectuosa sonrisa. Llegó la Condesa de Altenbourg, pusiéronla en medio las dos tías, y á su vez refirieron á gritos la historia á su sorda dama. Después entró el Rey Sigisfredo, el cual se acercó á Valeria, que se había puesto en pie, le cogió la cabeza entre las manos, la miró y se sonrió. Luego se volvió hacia sus hermanas, las cuales se divertían mucho; hallábanse las Princesas á mitad de la historia que relataban á la Condesa, pues se interrumpían entre sí y se quitaban la palabra á cada momento.

—¡Bah! la cosa no es tan terrorífica—dijo el Rey interviniendo en la relación;—y además el remar es un excelente remedio contra las jaquecas. Cuando tú sufras alguna, Elsa, será preciso que pruebes tal remedio.

La anciana Princesa le miró con su dulce sonrisa; nunca

sabía cuándo hablaba su hermano en serio ó en broma: después hizo un majestuoso signo negativo con la cabeza.

—No, querido Sigisfredo, nosotras no podemos hacer ya tales cosas. Nuestra querida Archiduquesa es aún una joven-cilla.

Othomar, Gunther y Herman, que habían estado jugando al billar, entraron seguidos de los Príncipes pequeños. Valeria se estremeció ligeramente, se levantó y se dirigió á Othomar.

—Mil y mil gracias, Xara—le dijo.

—¿Por qué, Valeria?—repuso Othomar con naturalidad;—yo no he hecho más que empuñar los remos en los últimos momentos. No había peligro alguno. Porque si te habías cansado de remar, no tenías más que echarte al agua y nadar hasta la orilla. Eres una buena nadadora. Lo único que se hubiera perdido es la canoa.

Ella le miró.

—Es verdad—replicó,—pero no pensaba en ello. Tal vez estaba turbada. No lo hubiera hecho, tenía la idea fija de volver remando... Si no hubiese podido remar más, estaba segura de... No rechaces mi agradecimiento, te lo ruego, acéptalo.

Le tendió las manos y Othomar se las estrechó, mientras la examinaba silenciosamente con asombro, sin comprenderla. Estaba convencido de que aquella mañana había abandonado el castillo con un proyecto de suicidio. ¿Se había arrepentido ó no se había atrevido? ¿Había experimentado un regreso á la vida ó había reflexionado? ¿O tal vez era tan frívola que hubiese ya dominado el gran dolor experimentado el día antes? ¿Creía ella que la vida pasa con la indiferencia de un carro triunfal sobre lo que forma parte de nosotros, felicidad ó desgracia, y que lo mejor es permanecer insensible á todo? ¿Qué es lo que había en el fondo de ella? No podía adivinarlo. Y de nuevo experimentaba un sentimiento muy extraño ante el misterio del amor. ¿Qué es lo que valía seme-

jante sentimiento si pesaba tan poco en el alma de una mujer? ¿Qué pesaba en él el amor hacia Aleja? ¿Qué representaba?... ¿Acaso era el amor una cosa distinta de aquellos sentimientos?

Durante la comida, Valeria habló como siempre, y Othomar no lograba comprenderla. Y se sentía conturbado al ver su impotencia para penetrar en el corazón humano; ¿cómo podría desarrollarse en él aquella penetración? Y sin embargo, un futuro Soberano debía ser capaz de escrutar con una sola mirada el corazón humano.

Y de repente, tal vez únicamente por su deseo de conocer al hombre, se le ocurrió la idea de que Valeria estaba disimulando, de que quizá sufría aún mucho, pero que se esforzaba en disimular, que se contenía, pues no en vano era hija de Príncipes. Los hijos de los Príncipes procuran contenerse, disimular. Lo tienen en la sangre. Miróla de reojo, pues la tenía á su lado; con mucha calma continuaba hablando con la Reina. Othomar no sabía si la juzgaba bien, y vacilaba en esta disyuntiva: ó se contiene ó es frívola sencillamente. Pero se alegraba de poder dudar acerca de ella, y de que la primera acusación de frivolidad pudiese ser combatida por una segunda idea. Se alegraba, no solamente por Valeria, que en tal caso sería mejor de lo que al pronto había pensado de ella; se alegraba especialmente en tesis general, porque sacaba la consecuencia de que muy á menudo el hombre es mejor, piensa con más seriedad y tiene sentimientos más elevados de los que aparenta en la vulgaridad de la vida diaria, que le obliga á ocuparse á cada instante en pequeñeces y fruslerías. Experimentó un tierno sentimiento de alegría por habersele ocurrido tal pensamiento. Era una satisfacción el haber descubierto en la vida una grandeza, un secreto hermoso. Tal vez todos lo sabían, pero ninguno lo dejaba ver. ¡Oh, sí! los hombres eran buenos, el mundo en su esencia era bueno. Solamente un misterio extraño le obligaba á que pareciese lo contrario, una extraña necesidad del orden universal establecido.

Miró en torno suyo; miró á lo largo de la mesa. Todos los rostros expresaban benevolencia y simpatía. Amaba á su tío el Rey, tan tranquilo, fuerte y apacible, con aquella aparente rudeza, aquel carácter taciturno propio del Norte, con aquella agradable sonrisa, y de cuando en cuando, con aquellos ribetes de burla simpática especialmente respecto de sus hermanas, pero también cuando se dirigía á los niños, y hasta á los Ayudantes de campo y á las damas de honor. Sabía que su tío era un pensador, un filósofo; hubiera tenido mucho gusto en hablar largamente con él de cuestiones filosóficas. También amaba mucho á su tía; Princesa de gran corazón, ¿qué no había hecho por su país? ¡Cuántas instituciones de beneficencia no había fundado!

Y al mismo tiempo era una madre amantísima y animosa; ¡de qué modo había realizado la difícil tarea de educar á hijos de Rey! En su país era más amada de lo que su misma madre, á la que él adoraba, lo era en el suyo. Tenía más tacto, menos temor, menos altivez enfrente de la muchedumbre. Tal vez las cosas hubieran debido suceder á la inversa; Isabel Reina aquí, su hermana Emperatriz allí...

Y el Príncipe heredero, Gunthar, con su virilidad; Herman, con su juventud; los niños, con su bulliciosa alegría, ¡cuánto les quería á todos! A Sofía, á Wanda, á los pequeños, á todos les quería. Hasta encontraba simpáticas á las tías, y á la gran señora anciana que se sacrificaba al cuidado de ellas.

¡Oh! El mundo era bueno, los hombres eran buenos. Y Valeria no era insensible, sino que sufría en profundo silencio, como debe sufrir una hija de Príncipes, con la tranquilidad en los ojos y la sonrisa en los labios.

Terminada la comida, la Reina Olga tomó el brazo de Othomar y le dijo:

—Ven conmigo.

La lluvia había cesado; un hujier abrió las grandes puertas que daban al ancho terrado que comunicaba al comedor y

daba al bosque. La Reina, del brazo de Othomar, se puso á pasear á lo largo del terrado.

—¿De manera que te dispones á dejarnos?—le preguntó.

Othomar la miró sonriendo, y contestó:

—Con harto disgusto mío, tía, bien lo sabes. Muchas veces recordaré con placer mi estancia en Altseeborgen con todas vosotras. ¡Me encuentro tan bien aquí! Pero también tengo deseos de ver á mamá; hace ya cerca de cuatro meses que no la veo.

—¿Y te encuentras mejor?

—¿Cómo no había de estarlo, tía? El viaje con Herman me ha fortificado por completo, y la vida aquí á vuestro lado ha sido para mí una cura maravillosa, unas espléndidas vacaciones...

—Pero ya han terminado las vacaciones. ¿Podrás trabajar de nuevo?

Othomar sonrió con expresión de absoluta seguridad en sus ojos melancólicos.

—Seguramente, tía. No se puede estar en perpetuas vacaciones. Me parece que ya me he divertido bastante. ¡Seis semanas sin hacer otra cosa que recrearme en la playa ó en el bosque, ó balancearme en la cómoda mecedora de Herman!

—¿No has hecho nada más? —le preguntó la Reina maliciosamente.

—¿Por qué lo dices?

—¿No has salvado la vida á Valeria?

Othomar hizo un imperceptible movimiento de impaciencia.

No, en verdad, tía. Los periódicos lo contarán de esa manera, pero en realidad no se trata de ningún salvamento. Valeria sabe nadar perfectamente y estaba muy cerca de tierra.

—He recibido una carta de tu padre, Othomar.

—¿De papá?

—Sí... ¿no has pensado tú nunca en Valeria?

Othomar reflexionó un momento y respondió sonriendo:

—Tal vez.

—¿No experimentas alguna inclinación hacia ella?

—Sí, querida tía. Creía que papá hubiera preferido la gran Duquesa Xenia.

La Reina se encogió de hombros.

—¿Y la cuestión religiosa? Por lo demás, tu padre acepta de buen grado una alianza austriaca. ¿Cómo y cuándo piensas realizar tu viaje?

—Ducardi y los demás llegan esta semana, á fines de la semana. Primeramente iremos á Copenhague, Londres, Bruselas, Berlín, y después á Viena.

—¿Y después á Sigismundingen?

—Sí, á Sigismundingen, si mi padre quiere.

—Pero tú, ¿qué es lo que quieres, Othomar?

El Príncipe la miró dulcemente y se encogió de hombros sonriendo.

—¿Y qué es lo que debo querer, tía?

—¿Amarás á Valeria?

—Así lo espero, querida tía; creo que es muy buena y muy enérgica.

—¡Oh! ciertamente, Othomar. ¿No hablarás con ella antes de tu marcha?

—Tía...

—¿Por qué no?

—Tía, no puedo hacerlo. Me quedan pocos días de permanencia en ésta.

—¿Y bien?

—Valeria ha experimentado un gran dolor. No podía suceder otra cosa: todavía sufre. Piensa que su dolor data de ayer. ¡Dios mío! Ayer y hoy estaba tan tranquila, tan serena... Pero es imposible, ¿no es verdad? es imposible que no sufra mucho. Esta misma mañana se lanzó al mar... No sabemos con qué objeto, tía, pero... todos tenemos la misma idea. Tal vez nos engañemos sencillamente. Las cosas parecen á menudo bastante diferentes de lo que en realidad son. Pero,

de todos modos, Valeria sufre seguramente. No pienso hablarla de nuestro asunto ahora.

—Es lástima. Estais juntos, aun cuando estas cosas se dicen á menudo desde lejos. Hubieras podido tal vez, arreglando aquí el asunto, evitar ese viaje.

—Tía, papá tenía muchos deseos de que emprendiera ese viaje.

—Es verdad; pero porque no había nada decidido.

—No, tía; déjame hacer el viaje. No se pueden arreglar las cosas aquí. Aun cuando papá mismo me lo indicase, le respondería que no es posible.

—Pues te lo pide así, Othomar, en esta carta que me dirige.

Othomar estrechó las manos de la Reina.

—Tía, responde á papá que ahora no es posible. No; es imposible, es imposible. Respetémosla, querida tía. Si ella llega á ser mi mujer, ha de serlo cuando no ame á otro. ¿No es ya bastante grave que esto se decida dentro de algunos meses? Respetémosla, pues. Como mujer debes comprenderlo, ¿no es verdad? No hay ninguna razón de Estado que exija la realización inmediata de mi matrimonio.

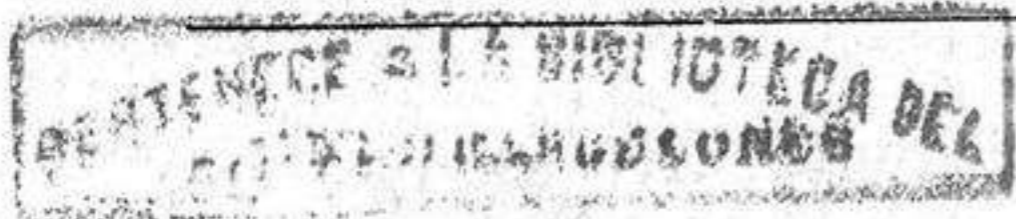
—Sin embargo, tu padre quiere que te cases lo más pronto posible, Othomar. Desea un nietezuelo...

Othomar no respondió; pero su rostro demostró sufrimiento. La Reina lo observó y añadió, adhiriéndose á su parecer:

—Tienes razón. Sería demasiado cruel. Sin embargo, Valeria es fuerte. Así debe ser la futura Emperatriz de Liparia...

Othomar no contestó y siguió paseando en silencio, con una mano apoyada en el brazo de la Reina: ésta le sitió temblar.

—Vamos—dijo con dulzura Olga,—entremos ya; estos paseos de arriba á abajo cansan en seguida...



VI

Ducardi, Dutri, Leoni y Thesbia llegaron á Altseeborgen, con objeto de acompañar á Othomar en su viaje oficial á las cortes europeas. Era uno de los últimos días en que Othomar daba su paseo matutino por el bosque en compañía de Herman. Brillaba el sol, el bosque estaba perfumado, y las finas ramas de los abetos caídas en el suelo crujían bajo los pies de los paseantes. Los Príncipes se sentaron en el suelo, junto á un gran estanque; á su alrededor erguíanse los troncos de los abetos con muchas ramificaciones; al través de las verdes ramas veíanse espacios azulados del cielo.

Herman estaba apoyado en un árbol; Othomar estaba tumbado de espaldas, con la cabeza apoyada en las manos.

—Pronto habrá concluído—dijo dulcemente.

Herman no respondió; maquinalmente recogía las ramas de abeto esparcidas en torno suyo. Y Othomar se calló. Aspiraba aquellas últimas horas de descanso como bebida que se saborea; cada uno de aquellos instantes tan tranquilos era un placer que no volvería ya. En el bosque todo era silencio, como si la tierra hubiese estado deshabitada; la tristeza de lo que concluía pendía de los árboles.

De repente Othomar cogió una mano de Herman y se la estrechó.

—Gracias—dijo.

—¿Por qué?—preguntó Herman.

—Por el placer que hemos disfrutado juntos. Mamá tenía razón; yo no te conocía, Herman.

—Tampoco yo te conocía, querido primo.

—Hemos disfrutado unos días hermosos. ¡Qué satisfacción ha sido la de viajar como dos *turistas*! ¡Qué grandioso es el Indostán y qué curioso el Japón! No me gustan las cacerías ordinarias, pero contigo he comprendido y he experimentado la emoción que proporcionan; no olvidaré jamás nuestra caza del tigre. Los ojos de ese animal, el peligro enfrente, todo eso for-

tífica. En tal momento se siente uno primitivo como el primer hombre. Ante un tigre que le mira á uno, no se conocen las vacilaciones. Es un peligro muy diferente de aquel que tiene á mamá en continua agitación y que enerva al fin y quita toda energía... ¡Y las noches del Océano Índico á bordo de nuestro Viking! ¡Aquel inmenso cerco, tachonado de astros! ¡Cuántas veces lo contemplamos, con las piernas en los obenques...! Tal vez no esté bien dejarse mecer por tales sueños, pero reposa. No, jamás lo olvidaré, jamás...

—Pues volveremos á realizarlo.

—No, no se vuelve á realizar una misma cosa. Lo que pasó, pasó. Nada vuelve, ni siquiera por un momento. Lo que sigue es siempre diferente...

Miró en rededor para asegurarse que no podían oírle, y después murmuró en voz baja:

—Herman, tengo que decirte algo.

—¿El qué?

—Una confidencia. Pero respóndeme antes: frente al tigre no me has visto cobarde. ¿Verdad que no?

—¡Ciertamente que no!

—Pues bien, soy cobarde, sin embargo. Tengo miedo, constantemente miedo. Los médicos no lo saben, porque jamás se lo he dicho. Pero soy un cobarde...

—Pero, ¿por qué, querido primo?

—Es innato en mí. Mira, Herman, sufro tal temor... que no siempre podré dominarme. Llegará un momento en que seré un cobarde; llegará un momento en que no podré dominarme, y entonces, entonces...

Estaba temblando; los dos primos se miraron.

—No, no es posible—añadió maquinalmente, como fortalecido por la mirada de Herman:—resistiré, combatiré esta angustia... ¿Crees tú en los presentimientos?

—Sí, pero al contrario; ¡cuando tengo alguno, me sucede siempre lo contrario!

—Espero, sin embargo, que el mío no se realice.

—Pero ¿cuál es?

—Que antes de fin de año... alguno de nosotros... morirá en Lipara.

Herman le miró fijamente. Bajo su vigor y su fuerza muscular ocultaba una ligera herencia de supersticiones que el Océano trae con sus voces de lejanas profecías; supersticiones envueltas en las hermosas leyendas del mar gothlandés que, como una sirena, canta historias místicas y extrañas. Tal vez no se daba cuenta de lo que significaba la impresión que las palabras de Othomar le produjeron en su vigorosa sangre, y queriendo sacudir tal impresión como un absurdo, exclamó:

—¡Pero, Othomar, sé razonable!

—No puedo ser de otra manera, Herman. Procuro no pensar en ello; pero el recuerdo me aśalta como si me dieran un alfilerazo, como idea que brota de repente en el cerebro. Y hace poco... últimamente, la cosa ha sido bastante peor; he tenido un sueño, una pesadilla. Cruzaba yo por las calles comerciales de Lipara, y en todas las tiendas medían tiras de crespón, y de todas ellas salían gentes vestidas de luto; lo negro se extendía por todas partes, por toda la ciudad y fuera de ella. Todo estaba obscuro; el sol no podía atravesar las nubes, y las sombras reinaban en todos los lugares. Nadie parecía reconocerme, y cuando preguntaba la causa de aquel inmenso duelo, murmuraban todos en voz baja: «¡Silencio, silencio; es por el Palacio!...» Entonces me desperté; me encontraba bañado en sudor, y todavía me parecía estar oyendo en mis oídos: ¡por el Palacio, por el Palacio!...

Herman se había puesto en pie algo nervioso.

—Vámonos—dijo,—vámonos ya... Todo eso no es más que un sueño; no creas en los sueños, Othomar.

Éste se había levantado también.

—No, no debería creer en ellos—repitió con indefinible acento:—antes no creía nunca en ellos.

—Othomar...—exclamó de pronto Herman, como si fuera á decir algo.

—No me digas nada; déjame un momento tranquilo—dijo Othomar angustiado, interrumpiéndole con viveza.

Atravesaron el bosque silenciosamente. Othomar miró en torno suyo con mirada extraviada, y después fijó sus ojos en el suelo. Herman tenía los labios apretados y arrugado el entrecejo; estaba molesto. Pero no hablaba. Pasados algunos minutos, los extraviados ojos de Othomar se tranquilizaron y recobraron su habitual melancolía. Entonces suspiró ligeramente como si volviera á la vida.

—No te enfades—dijo, cogiéndose del brazo de su primo. Su voz había recobrado su habitual acento.

—Me convenía tal vez decirte lo que te he dicho; mi expansión me ha tranquilizado. No te enfades, pues, Herman... Te prometo que no te volveré á contar cosas semejantes; sí, haré cuanto pueda para no volverte á hablar así. Pero sentía necesidad de decirte lo que me atormentaba. Y tal vez haya sido mejor haberlo hecho. Ya ves, pronto no tendré tiempo de pensar en tales cosas. Mañana estaré en Copenhague, y la vida recobrará su curso ordinario. ¿Por qué te he hablado así? ¿Cómo he llegado á tal extremo? Ni siquiera lo sé... Ahora me parece una locura.

Se echó á reír, y después volvió á ponerse serio.

—Me alegro de todos modos de haber podido hablar contigo á solas, de haber podido darte gracias. ¿Verdad que ahora somos amigos?

—Sí, somos amigos—respondió Herman riendo, sin experimentar ya ningún enojo;—pero ¿estará de Dios que no llegue á conocerte jamás completamente?

—No digas eso por lo que acabo de decirte, pues á mí mismo me parece insensato mi presentimiento. ¿Qué más hallas en mí que sea enigmático?

Herman le miró.

—Nada, aparte de eso, nada—respondió asintiendo.—Eres un buen muchacho. Ignoro cómo ha sucedido, pero te he tomado mucho cariño.

Salieron del bosque; el mar se extendía ante su vista. Extendíase, como la vida misma, con el misterio de su profundidad, en la que parecía palpitar un alma que ordenase y dirigiera los movimientos de las olas. Imposible era indicar ni contar los cambios de las aguas: imposible decir las razones de su incesante movilidad, cuando levanta sus furiosas olas, como en un arrebató de pasión. Pero tal pasión no era más que una manifestación superficial, como el exceso de su infinita vitalidad; de sus profundidades brotaba como un murmullo, en intraducibles melodías de millones de voces, el misticismo de su alma: un secreto que desconocía el cielo que se extendía sobre el coloso.

LUIS COUPERUS.

(Se continuará.)

POETAS AMERICANOS

EPITALAMIO

LEÍDO EN LAS BODAS DE MI AMIGO EL DOCTOR CARLOS LEÓN
Y LA SEÑORITA MARÍA BAUDER TAMAYO

¿A qué á buscar la casta musa iría
Del Ménalo los bosques resonantes
Ni las blandas corrientes del Iliso,
Ni el carro de oro y cándidas palomas
De la deidad ciprina, ni la flauta
Melodiosa de Pan, ni la luciente
Antorcha de Himeneo, cuando anhela
Sólo cantar en reposado ritmo
No de la Arcadia pastoriles nupcias,
Sino el amor eterno del cristiano
En las sagradas aras de rodillas?
¿Ofrenda á ti sería en tal instante
El recental hermoso, ó el carnero,
Negro como la noche, de Teresias,
Cuando tu amor y tus virtudes piden
De los cielos la mística paloma
Y el nevado cordero del Calvario?
No el bello campo americano vieron

De Grecia ni de Roma los cantores,
De América los bosques seculares,
El torrente espumoso, el ancho río,
Son gloria y maravilla de los mundos,
Y cantan al Criador un himno eterno;
La rumorosa ceiba y el frondoso
Samán de la montaña nos amparan
Del sol y de la lluvia y los estragos
Del huracán violento; mansas brisas
Murmuran apacibles en las selvas;
Las palmas hablan seductor idioma;
Los pájaros derraman á raudales
La dulce poesía, que perturba
Con monótono canto la cigarra,
Y del bochorno y de la sed transidos
Juntos acuden al vecino arroyo
Sanguinoso jaguar y mansa liebre,
Buitre feroz y débil tortolilla.

¡Ah! ¡Si la antigua musa por las cumbres
Del Ande colosal cernir pudiera
Las voladoras alas! ¡Si cruzase
Las ondas de Orinoco y de Amazonas,
De Tequendama y Niágara los tumbos;
Si aspirase el aroma de los bosques,
Si de las selvas el rumor oyese,
Y en los colores y en la luz bañada
Sintiese arder la inspiración divina,
Sus cantos de entusiasmo y de victoria
Dejaran con su brillo oscurecidos
Los cantos inmortales de la Grecia!

¡Tierra de amor y luz, mansión felice
Que para gloria y bien de los mortales
Llenó de maravillas el Eterno!

En ella vió la luz la prometida
Por Amor inmortal que te encadena
Con sus lazos de flores. ¡Cuál hubiese
Hoy resonado en las nupciales aras
De la ardiente lesbiana el himeneo
O de Catulo el dulce epitalamio,
Si hubiesen admirado de María
La preclara virtud y la hermosura!

Ya el espléndido Véspero desata
La crencha de oro en el azul del cielo;
Ya llega al nuevo hogar la tierna esposa;
Ya trémula franquea los umbrales
De la alcoba nupcial. ¡Prevente, oh joven!
De rosas blancas y oloroso mirto
Alfombra el pavimento..... ¡Guía, guía
En la mano la antorcha, y jubiloso
Recibe el bien supremo, que ninguno
Más que tú afortunado! Venus huye
Avergonzada y pálida; suspensas,
Mudas de admiración están las ninfas,
Y Amor, el bello Amor del ara santa,
Con diadema de nardos y de rosas
Ciñe las sienes de la casta virgen.

¡Afortunado tú, feliz mancebo!
¡Todo en torno te halague y te sonría!
Las nubes del dolor de ti por siempre
¡Y de tu hermosa desposada huyan!
¡En tu copa nupcial jamás se agote
De la ventura el delicioso néctar,
Y la virtud sus alas protectoras
Tienda sobre tu hogar y lo bendiga!

JULIO CALCAÑO.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

No ha pensado el actual Ministro de Gracia y Justicia como muchos de sus antecesores en lo que respecta á la misión que como tales Ministros les corresponde desempeñar en el acto de la apertura de Tribunales, celebrada todos los años al concluir el período legal de las vacaciones. Generalmente, han rehuido el disertar sobre puntos doctrinales (según es costumbre muy extendida en otros países), fundándose para ello, sobre todo, en la consideración de que esas disertaciones son propias más bien de la cátedra ó de las Academias, que de un acto como el de la apertura, donde el jefe del departamento de Gracia y Justicia debe únicamente buscar la ocasión para exponer y desplegar *coram populo*, con solemnidad y autenticidad mucho mayores que las de las consabidas *interviews* periodísticas, el programa de las reformas legales que piensa acometer en lo futuro, ó cuando menos el de las que conviene realizar y acaso lleven á efecto él mismo ó los que le sucedan en el cargo. El Sr. Garcia San Miguel también nos muestra, al final del discurso y por no ser menos que los demás Ministros que han ocupado otros años la tribuna, su *plateforme* reformista; lo cual no impide, sin embargo, que la mayor parte de su trabajo la consagre á discurrir sobre un

tema á la vez teórico y práctico, y de todas maneras doctrinal, á saber, el de la responsabilidad de los funcionarios judiciales. A mi juicio, ha hecho muy bien el señor Ministro en apartarse de la vía seguida rutinariamente por los más de sus predecesores, aunque he de apresurarme á decir desde ahora que la disertación me ha parecido trivial y de muy escaso valor, y que tampoco resuelve, como el señor Ministro quizá se figure, dificultad alguna.

*
* *

Los Jueces ¿deben quedar sujetos á responsabilidad legal por los actos que ejecutan como tales Jueces? Habrá muchos que considerarán poco menos que ociosa tal pregunta, y para quienes, por lo mismo, ha de ser sumamente sencilla la contestación que haya de dársele. El señor Marqués de Teverga parece pertenecer á este número. Yo, en cambio, creo que esa pregunta envuelve un problema sumamente grave.

En la concepción jurídica formalista, que sirve hace más de un siglo de alimento al liberalismo dominante, así en los pensadores como en las legislaciones, se produce un fenómeno muy singular, que puede advertir todo el que observe atentamente: se estima que la libertad del ciudadano tiene como condición indefectible la esclavitud legal de los órganos de los poderes, cualesquiera que éstos sean. Toda la labor del liberalismo y del constitucionalismo políticos (inseparables el uno del otro, según es sabido, en la mente de Montesquieu y en la de sus muchísimos prosélitos) ha venido consistiendo en producir lo que los alemanes llaman un *Rechtsstaat*, ó sea un Estado en donde las autoridades y los funcionarios tuviesen total y absolutamente regulada por la Constitución ó por las leyes su esfera de acción, y donde quedase por completo cerrada á los mismos toda posibilidad de discrecional arbitrio. Así es que tan luego como éste apuntaba por alguna parte, y con él la exposición al abuso, inmediatamente se reclamaba la intervención de la

función legislativa para rodear de trabas el obrar del funcionario libre. Con lo que el arte de buen gobierno, de gobierno liberal y discreto, se ha hecho consistir en un sistema, ó mejor, en un artificio de contrapesos y restricciones mutuas entre las personas que ejercían alguna fracción de poder. Este era precisamente el ideal de Montesquieu y la condición *sine qua non*, para él, de la libertad política.

Mas los que de tal modo discurrían y obraban hubieron de encerrarse en un círculo de hierro de donde no podían salir, y se tropezaron con una dificultad insuperable.

De un lado, si toda autoridad, por el hecho de serlo y tener en sus manos cierta cantidad de poder, se halla propensa al abuso y constituye un peligro para la seguridad y la tranquilidad de los individuos que caen bajo su acción; si las autoridades y sus agentes tienen el encargo de vigilar á los ciudadanos, de impedir y corregir los delitos, abusos, desaciertos é incorrecciones de éstos, pero, á su vez, ellas mismas necesitan ser vigiladas por otras con idéntico fin, resultará que por larga que quiera hacerse la cadena de vigilantes y vigilados, no puede menos de haber en ella alguien á quien no alcanza la vigilancia, alguien que tiene que obrar como cabeza, y por lo mismo, discrecionalmente, *ad libitum*, sin más trabas posibles que las que él voluntariamente se imponga. Para mantener el orden é impedir las colisiones entre los individuos, y hacer posible la vida social en términos de justicia, tenemos la policía, el ejército, los tribunales; pero, ¿no necesitamos un segundo artificio de tribunales, policía y ejército, encargado de mantener al primero dentro de sus propios deberes y de estorbar y juzgar sus abusos ó delitos, y luego un tercero que fiscalice la acción del segundo, y un cuarto la del tercero, y así sucesivamente, hasta que nos cansemos de subir y nos detengamos en un tribunal, un ejército y una policía que no dependen de nadie ni á nadie tienen que rendir cuentas? La doctrina del liberalismo constitucional falla irremisiblemente por este punto; por eso no les ha sido difícil atacarla á los adver-

sarios de la misma y defensores de los poderes personales ilimitados y discrecionales. El mismo defecto ha obligado también á algunos liberales á volver los ojos á la dictadura, á lo menos como recurso transitorio.

Por otro lado, aun suponiendo que la dificultad apuntada no existiese, y que el ideal constitucionalista—la organización de un perfecto *Rechtsstaat*—fuese actuable, no por eso tendríamos asegurado, ni con mucho, el imperio del derecho. Por muchas leyes que se hagan para regular la conducta de los hombres, trátase de autoridades y funcionarios, ó de simples particulares; por muchos diques que se pongan á la actividad individual, y mucha vigilancia que se ejerza para prevenir las injusticias, las injusticias siempre serán posibles como el vigilado quiera cometerlas, con la agravante de que en tales casos fácilmente hallará éste una disposición de ley tras de la cual parapetarse para eludir toda responsabilidad, convirtiendo la injusticia real y verdadera en justicia legal, ó lo que es lo mismo, en una injusticia cometida al amparo de la ley, cuando no en obediencia rigurosa á la ley. Yo pienso muchas veces que si la conservación del orden y la observancia del derecho dependiera tan sólo, según suele creerse y decirse, de la existencia de las leyes y de los encargados de hacerlas cumplir (tribunales y fuerza coactiva), y no de la voluntad de los mismos individuos, el orden y el cumplimiento del derecho no serían posibles. Me hago la cuenta de que todos los hombres (todos, menos, naturalmente, los gobernantes y los que componen la magistratura y la policía y el ejército, porque si éstos se declararan también en huelga, mi hipótesis no tendría términos hábiles); me hago la cuenta de que todos mis conciudadanos van á proceder lo mismo que yo, y á negarse á ser buenos voluntariamente, y á no cumplir ninguno de sus deberes, sino cuando les compela á tal cumplimiento el poder coactivo que tiene al efecto á su disposición el Estado. Y pienso que en tal caso, una de dos: ó nos encerrarán á todos, maniatados, y hasta con una mordaza para que

no podamos materialmente movernos, ni aun gritar; ó nos dejan libertad de movimientos para que cada uno haga lo que sus deberes le manden, pero poniendo continuamente á su lado, incluso cuando se halle durmiendo, uno ó dos polizontes (ya se ve el número de ellos que entonces sería necesario: toda la baraja se compondría de ases) encargados de echarle la mano ó de taparle la boca cuando vaya á hacer algún daño á sus semejantes, á injuriarles, etc. Así y todo, lo que se conseguirá con esto será, á lo sumo, que se cumpla el precepto negativo *alterum non lædere*. Mas, ¿cómo se nos constreñirá á la observancia de los dos positivos *honeste vivere* y *suum cuique tribuere*? ¿Cómo se me obligará, por ejemplo, á levantarme de la cama á la hora justa para ponerme á trabajar, y quién será capaz de hacerme leer, estudiar, ir á cátedra, ganar dinero para sostener á mi familia, cobrarlo, emplearlo debidamente, educar á mis hijos, etc., etc. Imposible. Valdría ello tanto como tener que sustituir enteramente mi personalidad y la de cuantos como yo obrasen por otras personalidades, y por consiguiente, quedar incumplido, en lo que á nosotros se refería, el derecho. Si éste ha de reinar en el mundo, no hay otro remedio que buscar la base y la garantía de su actuación allí donde únicamente pueden hallarse: en la voluntad de los individuos. La coexistencia social no tiene, si bien se mira, más aglutinante que el querer espontáneo de éstos, y si tal querer faltara, sería inútil intentar reemplazarlo con resortes exteriores coactivos.

Cuanto acabo de decir es, en mi concepto, aplicable á la responsabilidad judicial, y por eso lo he dicho. Entre nosotros, es muy frecuente achacar los vicios y desaciertos que se notan en la administración de justicia (igual que los de la enseñanza y los de otras cosas), no ciertamente á ineptitud ó á maldad de los hombres á quienes tenemos confiado su desempeño, sino á defectos legales. Las veces que tal afirmación se habrá hecho son incontables, y no sólo por periodistas ó escritores sin otra autoridad que la meramente privada, sino también por perso-

nas revestidas de carácter oficial y en actos oficiales y solemnes. Raro es el año que no la veamos consignada en los documentos que se leen en la apertura de los Tribunales, ya en el discurso, ora en la Memoria. También este año se hace así, por no faltar á la que llamaré rutina, más bien que costumbre (pág. 40 del discurso). Y naturalmente, atribuyendo á las leyes, no á los hombres, la raíz del mal, todos los esfuerzos se encaminan á modificar y completar aquéllas, á perfeccionar más cada vez el *Rechtsstaat*, á hacer de día en día más tupida la red en que quiere tenerse aprisionados á los juzgadores, procurando tapar todos los agujeros por donde pudiera escaparse algún hilo de arbitrio, de capricho, de venalidad, de mala voluntad de los mismos.

Pero como el diagnóstico es equivocado, la dolencia se manifiesta rebelde al tratamiento. Las leyes se retocan, nadie se cuida de formar buenos Jueces, y la administración de justicia en España, así la civil como la criminal, sigue siendo, no mala, pésima. Es lo mismo que pasa en la enseñanza: somos malos é ineptos los maestros y los catedráticos, y á los Ministros no se les alcanza otro remedio que cambiar los planes de estudios, dejándonos intactos á nosotros. Hace cerca de cuatro siglos, nada menos, había ya en España quien pensaba de manera opuesta. Pero nosotros hemos tenido á bien despreciar tales enseñanzas, ó mejor aún, no tenemos noticia de que existan, porque no solemos tomarnos el trabajo de estudiar. En un libro dedicado al Rey Felipe II y publicado en 1581, su autor, Cerdán de Tallada, del Consejo de S. M., y Abogado fiscal en el Reino de Valencia (nótese que se trata de un hombre de orden, en altos cargos oficiales, no de un revolucionario), luego de quejarse repetidamente de la excesiva abundancia de leyes (nada menos que *catorce mil*—dice,— con más de otros tantos mil casos y sucedidos) que en su tiempo había (¡qué diría si viviese hoy!), y de considerar esta abundancia como causa de males en la República, escribe: «Tengo por peor y por más perjudicial al mal Juez que á la mala ley. El buen Juez hace

buenas las malas leyes y sigue las buenas; y por el contrario, el mal Juez sigue las malas leyes, y aun las buenas hace malas y que tengan malos efectos, como acontece á las abejas y á las arañas silvestres, que, comiendo todas de una misma flor, las unas producen miel, y las otras, podre y ponzoña. Y lo peor de todo es que, como tiene vuestra vida y hacienda en sus manos, no le osais descomplacer en cosa; y él, como tiene hecha su determinación, en ver la ocasión hace la suya, y si no puede salir con ella, qué de puntillos, qué de dudas, qué de invenciones y qué de inconvenientes que saca, qué de largas, qué de miedos, qué de blanduras y qué de palabras azucaradas y melosas que usa al parecer, por salir con su intención, por engañar al litigante ó por cansarle. Yo digo que me parece que un buen Juez es como un ángel custodio para una República, y el malo, un demonio licenciado que todo lo huella y desbarata y echa á mal, y por tanto, es muy necesario tener mucha cuenta con las elecciones que se hacen de personas para cargos que tengan administración de justicia, pues va tanto en tener buenos Jueces cuanto en tener buenas leyes.»

Permítame el señor Marqués de Teverga que ose recomendarle la lectura atenta y la meditación de los trascritos párrafos, pues acaso la autoridad de aquel á quien pertenecen, le convenza de que «importan más los buenos Jueces que las buenas leyes», y de que «hay que tener mucha cuenta con las elecciones que se hacen de personas para cargos que tengan administración de justicia». Este es el buen camino, Sr. García San Miguel, el de la selección de los Jueces (1); el otro

(1) Camino que, por cierto, no parece que V. E. quiere seguir, pues no sé que haya hecho caso alguno de la sonada carta del Sr. Uría, donde se afirma que los Tribunales de justicia en Asturias (y no se trata de una excepción, sino de un botón de muestra) constituyen «un corrompido organismo ó agrupación, en el que lo primero que falta es la conciencia, y lo último que falta es el honor»; en cambio, se atribuyen á V. E. algunas polacadas en el nombramiento de funcionarios judiciales, entre ellas el ascenso rápido de un hijo de V. E. Por mi parte, me consta que V. E. aca-

que V. E. sigue, consistente en conceder funciones judiciales á todo el mundo, lo mismo á los buenos que á los malos, á reserva de publicar luego leyes de responsabilidad que determinen los casos y la forma de exigírsela á los que incurran en ella, es un camino por el cual no se consigue ningún resultado útil. Ya lo reconoce el propio señor Ministro cuando dice que, no obstante el art. 81 de la Constitución vigente en España, según el cual «los Jueces son responsables personalmente de toda infracción de ley que cometan», y á pesar de que nuestra legislación penal define y castiga todas las infracciones en que los Jueces y Fiscales incurran, es lo cierto que el delito llamado por los romanos *crimen repetundarum* no figura en nuestras estadísticas. «A pesar del noble estímulo—agrega el señor Marqués en otra parte—con que se viene procurando desde ha muchos años llevar á la práctica el ejercicio de la responsabilidad judicial, preciso es reconocer que el precepto constitucional está incumplido, y que hasta el presente nadie se ha ocupado en hacerla efectiva, siendo muy contados los casos en que las Salas de gobierno la imponen, y más aún aquellos en que los particulares perjudicados entablan la acción de responsabilidad.» Yo no sé de caso ninguno en que se haya hecho efectiva la responsabilidad de que se trata, y á mis lectores les ocurrirá probablemente otro tanto. Sucede aquí algo parecido á lo que acontece con la responsabilidad de los Ministros: escrita en la ley, y siendo numerosísimos los abusos ministeriales, es perfectamente ilusoria en la práctica. No son, por tanto, leyes que establezcan y regulen la responsabilidad judicial lo que nos hace falta, porque ya las tenemos; es algo diverso; sin

ba de nombrar Vicesecretario en propiedad de esta Audiencia de Salamanca (con opción á ingresar en la carrera judicial) á aquel nieto del Sr. Concha Castañeda, de cuyo nombramiento interino, hecho ilegalmente por el Sr. Durán y Bas cuando ocupó el cargo que ocupa ahora V. E., hube de dar noticias en este mismo lugar, hace dos años, hablando del discurso de apertura de Tribunales, de dicho señor (LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre de 1899, págs. 98 y 99).

E. M.—*Noviembre 1901.*

embargo, el Ministro, después de confesar semejante estado de cosas, lo que nos ofrece, para ponerle remedio, es la publicación de una nueva ley, reproduciendo con ello exactamente el caso de aquel General del segundo cañonazo.

A mí me parece sumamente claro que todo cuanto se haga para que la responsabilidad legal de los Jueces y Magistrados culpables sea un hecho, es trabajo perdido. Diré brevemente por qué.

Prescindiendo de lo que se llama «espíritu de cuerpo», que no deja de ser un gran estorbo para el caso, principalmente por representar lo que llamaríamos instinto colectivo de conservación; prescindiendo también de que el Tribunal encargado de conocer de los casos de responsabilidad de los juzgadores tendrá que ser por su parte declarado irresponsable por las extralimitaciones ó desafueros que pudiese cometer, á menos, según ya hemos dicho, de no acabar nunca en la marcha ascendente de las responsabilidades, siempre nos encontramos con que es imposible declarar culpable á un Juez ó Magistrado, en cuanto tales, como no se haga esta declaración arbitraria y autoritariamente (1). ¿No son ellos justamente, en los sistemas político-sociales en vigor, quienes tienen que administrar la justicia, y, por lo tanto, los únicos órganos encargados de interpretar y aplicar las leyes? ¿Qué títulos podrá entonces alegar nadie para pedir contra ellos, afirmando que han infringido éstas? Sería lo mismo que si el lego, sin facultad alguna para interpretar la doctrina y los mandamientos de la Iglesia, tachara y acusara de herejía á uno ó varios clérigos, los cuales, dentro de la organización de aquélla, son por naturaleza superiores al lego y no mantienen con él otras relaciones que las que existen entre el que enseña y el que aprende, entre el encargado de definir la verdad y aquel cuya mi-

(1) Como, por lo demás, arbitrarias y autoritarias son las propias sentencias y demás resoluciones de los Jueces, y como lo es siempre, y no puede menos de serlo, todo mandato dictado por unos para que otros lo obedezcan y cumplan de grado ó por fuerza.

sión, en este respecto, consiste sencilla y exclusivamente en recibirla definida, acatarla y obedecerla. ¿Otorga la ley á los Jueces, y sólo á ellos, la jurisdicción, la facultad de decidir qué sea y qué preceptúa en cada caso la justicia? Pues, legalmente, no hay camino posible para reconocer que se equivocan ó que obran de mala fe, ó con negligencia, al dictar sus resoluciones. Los particulares ocupan aquí una posición análoga á la que tienen en la Iglesia los legos, posición de mera obediencia pasiva. Y en cuanto á los demás órganos judiciales, ¿qué garantía podemos tener de que los encargados de declarar responsables á sus compañeros interpretan mejor que éstos la ley, son más diligentes, más sabios, más honrados y buenos, y no precisamente al revés? Hoy se revocan ó se anulan por los Tribunales llamados superiores muchas sentencias y otros proveídos de los inferiores (lo que, sea dicho entre paréntesis, debiera producir otros tantos casos de responsabilidad de estos últimos, pues la revocación y la casación implican injusticia cometida, á juicio del superior, por ignorancia, negligencia ó malicia del inferior); pero ¿quién es capaz de decir que las resoluciones con que se reemplaza á las primeras sean preferibles á las sustituidas? Yo no puedo creer que las gentes tengan por expresión de la verdad y de la justicia las sentencias de casación de nuestro Tribunal Supremo, ni siquiera creo que esas sentencias sean apreciadas por todo el mundo como mejores que las casadas. Si fuese lícito discutir las, ¿qué se diría de ellas? ¡Y cuántos Jueces de los Tribunales inferiores, si cambiaran de sitio con los del Tribunal Supremo, encontrarían á menudo en las resoluciones de éstos motivos sobrados para llevarlos á la barra por ineptos, negligentes, maliciosos, prevaricadores!

Las legislaciones contemporáneas, y entre ellas la nuestra, han abandonado el sistema, antaño vigente, de la prueba tasada, reemplazándolo con el de la apreciación libre de las pruebas por los juzgadores. Estos, por consiguiente, siempre que funcionan como tales juzgadores pueden y deben obrar con-

forme á su conciencia, y sólo con arreglo á ella. Y siendo esto así, ¿con qué derecho podrá nadie exigirles responsabilidad alegando que han cometido injusticia? Posible es que ésta exista á los ojos de los acusadores, y hasta de la generalidad de las gentes; pero como ni la generalidad de las gentes ni los acusadores han sido los llamados á dictar la resolución tachada de injusta, sino que lo han sido los Jueces, y el juicio de éstos es una cosa indivisible de ellos mismos, personal suyo, insustituible por el juicio ajeno, resultará que, ó se respeta este juicio, como parece lo acertado, y se renuncia, por tanto, á la posibilidad de hacer responsables á los Jueces, ó bien la responsabilidad se hace efectiva, pero pisoteando el juicio de referencia, dado en conformidad con las leyes, según asegura el que lo ha emitido, y cometiendo indefectiblemente un atropello, que por cierto quedará impune, con los Jueces declarados responsables.

Hay, además, otra cosa. Las causas ordinarias y generales en que pretenden apoyar la responsabilidad judicial los partidarios de ella son la malicia, la ignorancia inexcusable, la negligencia y la ineptitud de los correspondientes funcionarios. Pero ¿cómo acreditar la existencia de las mismas, y sobre todo, hasta dónde deben extenderse sus respectivos conceptos, los cuales son, por su propia naturaleza, enormemente elásticos? Por ejemplo, aquí en España abundan muchísimo los Magistrados ignorantes, é ignorantes en grado superlativo; si se hiciera una estadística escrupulosa de ellos, seguramente arrojaría una proporción de 90 por 100, ó mayor acaso. Es muy frecuente hablar de juzgadores ignorantes, pero honrados. Ahora, ¿esto es posible? Yo creo que no. En los Jueces, la ignorancia representa una falta de cumplimiento del más elemental de sus deberes, y por lo tanto, culpa y responsabilidad. Pero ¿á quién ha de declararse incurso en ellas, quién debe hacer tal declaración y con arreglo á qué criterio ó medida? La variedad en estas cosas, variedad inevitable, traería consigo una diferente extensión en el círculo de las personas que

hubieran de responder y en el de los casos de responsabilidad; y aparte de esto, los acusados podrían siempre redargüir de ignorantes, negligentes ó malvados á sus acusadores y Jueces y devolver contra ellos la petición de someterles á juicio de residencia.

En resumen, si difícil es (por razones ahora no pertinentes), y casi me atrevo á decir imposible, hallar una justificación de la responsabilidad en general, de la responsabilidad ordinaria de las personas, de esa responsabilidad que los Jueces mismos y otras autoridades están encargados de exigir (dificultades que advertirán muy claramente, sobre todo quienes se hallen persuadidos de la relatividad de los conocimientos y de los juicios), todavía quizás más difícil sea establecer un fundamento sólido de la responsabilidad de los Jueces como tales Jueces, pues desde el momento que esta responsabilidad se admita, no sólo se tropieza uno con muy poderosos obstáculos filosóficos (v. gr., el del relativismo aludido y el de la causalidad moral y sus consecuencias), sino que de un golpe se conmueve la solidez de la organización constitucional moderna. Los juzgadores, en cuanto tales, no pueden ser responsables, como no pueden serlo tampoco los legisladores, en cuanto tales, ni los órganos del poder ejecutivo, en cuanto tales. ¡Curiosa contradicción: el constitucionalismo repugna la dependencia de unos poderes de otros, siendo aspiración suya la independencia de todos ellos, y por lo tanto, su irresponsabilidad; mientras que, por otra parte, la labor más asidua por él realizada ha consistido (como ya queda dicho) en poner estorbos á la libre actividad de aquéllos y en tratar de hacerlos responsables y dependientes entre sí, aunque sin conseguirlo! La llamada responsabilidad ministerial es un testimonio bien elocuente de ello.

Repitémoslo, á ver si quedáramos convencidos de la verdad á fuerza de repetirla: no necesitamos nuevas leyes que declaren responsables á los funcionarios judiciales y regulen la manera de llevar á la práctica dicha responsabilidad; tene-

mos ya bastantes, y si á pesar de poseerlas y de no ser nuestros Magistrados y Jueces modelos de ilustración ni de impecabilidad, sino todo lo contrario, los particulares perjudicados por sus fallos no entablan acción de responsabilidad contra los culpables, y las Salas de gobierno de las Audiencias no se cuidan tampoco de hacer ésta efectiva, la razón del hecho no se halla en defectos legales, sino en que así las Salas de gobierno como los particulares tienen la convicción profunda de que es inútil dar paso alguno encaminado á exigir la responsabilidad de que se trata, y por tenerla se están quietos. Como no busquemos la medicina en otro sitio, será, pues, forzoso declarar incurable la enfermedad.

A mí, la única forma de responsabilidad judicial que me parece efectivamente realizable dentro del «orden» social y político en que vivimos, y la única de que, una vez admitida, había de hacerse frecuente uso, sería la resultante de la *desautorización* de los juzgadores. Cuando éstos fuesen despojados de su carácter de autoridades, convirtiéndoles en lo que realmente deben ser, en simples funcionarios; cuando, por virtud de este cambio, ellos mismos se persuadieran de que no están puestos para mandar, sino para obedecer, y de que, por lo tanto, no ocupan posición de superiores con relación á la masa social, sino de servidores de ésta; cuando sus juicios quedasen privados de la invulnerabilidad que hoy les rodea y se equiparasen enteramente á los de otro mortal cualquiera, siendo tan discutibles y criticables como éstos, sin el parapeto de la inviolabilidad y el respeto á la cosa juzgada; cuando se obligase á la justicia á descender del pedestal en que la tenemos hoy colocada y se la convirtiera en institución propiamente humana con la que pudiéramos codearnos y tratarla familiarmente; cuando, en suma, el aire de la publicidad penetrara en los Tribunales, los fallos de éstos pudieran ser desmenuzados y zarandeados por los periódicos y demás órganos de la opinión pública, lo mismo que pueden serlo los discursos, opiniones y afirmaciones de otra persona cualquiera, y se

pudiesen poner de manifiesto la ignorancia, la corrupción, la maldad de los Jueces, sin otras restricciones que aquellas con que puede hacerse esto mismo respecto á cualquier particular, los Jueces se mirarían mucho más de lo que hoy sucede antes de dictar sus resoluciones, y su responsabilidad por éstas existiría de algún modo. No sería una responsabilidad perfecta, según se la imagina y tal como la busca la generalidad de los juristas, entre ellos el Sr. García San Miguel, con Tribunales y leyes para hacerla efectiva; sería una mera responsabilidad moral y de opinión, indeterminada, inconcreta, no sometida á coacción organizada; en cambio, tendría la ventaja de que se estaría haciendo efectiva á cada paso, mientras que la responsabilidad de la primera clase no se pone por obra jamás. La responsabilidad de opinión, la que supone la censura pública, es, por lo demás, para ciertas personas, especialmente para las de mayor importancia y consideración sociales, más temible todavía que la responsabilidad legal.

*
* *

Dos palabras tan sólo sobre la Memoria del señor Fiscal del Tribunal Supremo: ni el espacio nos consiente otra cosa, ni el trabajo lo merece tampoco, pues se limita á ser uno de esos que se hacen por cumplir y salir del paso. El propio señor Montilla confiesa que «si más de una vez le asaltaron deseos de ocuparse de los trascendentales problemas de derecho público ó de algunas de las cuestiones jurídicas que hoy agitan la opinión, y cuya solución pronta exigen las condiciones de la vida moderna, el temor de invadir un campo vedado le obligó á desechar tales propósitos y á circunscribir la Memoria al estricto cumplimiento del art. 15 de la ley adicional á la orgánica del poder judicial». Con lo que parece querer escudarse detrás de la ley y culpar á ésta, no á sí propio, del escaso valor que el escrito pueda tener. Lo mismo han hecho no pocos de sus antecesores. Mas esto es simplemente una escapa-

toria que «no resulta», pues el citado art. 15 quiere que el Fiscal del Tribunal Supremo exponga en su Memoria dos cosas: primera, la situación actual, de hecho, de la administración de justicia en España; y segunda, las reformas más convenientes para el mejor servicio. Ahora bien: claro está que bajo este segundo concepto cabe todo un mundo de cosas y de proposiciones reformistas, proposiciones que no sabrán hacer los espíritus rutinarios y miopes, y que sólo cabe esperar de los hombres cultos. El Sr. Montilla ha creído, por el contrario, que el repetido art. 15 no exigía de él sino que imitara á la mayoría de los Fiscales que antes de él han ejercido el cargo, y por eso ha resultado la Memoria de este año una más que añadir al montón, ya bastante crecido, de las de años anteriores, tan rutinaria como éstas y con las mismas observaciones de éstas (como que parecen copiadas de ellas) acerca de la estadística criminal española, de la criminalidad y sus causas en nuestro país (1), de la inspección de los sumarios, de la justicia municipal, etc. Si no llevase portada ni firma, y estuviese además escrita de un modo enteramente impersonal, los lectores de esta Memoria que no se hallaren en el secreto atribuirían de seguro la paternidad de la misma á un amanuense, ó cuando mucho á un escribano, actuario, oficial ó relator de los Tribunales, nunca al Fiscal del Supremo, es decir, á la persona que ocupa el grado más alto de la jerarquía fiscal, y que para el buen desempeño de su cargo está obligado á saber muchísimas cosas de que no se trasparenta el menor indicio en el documento que me ocupa.

De lo más importante de la obra del Sr. Montilla, quizá lo único de ella verdaderamente aprovechable, sean algunas de las páginas que consagra al Jurado. No hay Memoria de Fiscal del Supremo que no se ocupe largamente de este asunto, mucho más largamente que de ningún otro. Diríase que el pro-

(1) El Sr. Montilla, igual que sus predecesores en el cargo, no enumera más causas que estas: la falta de instrucción, el abuso de bebidas alcohólicas, el uso de armas, la escasez de recursos y las romerías.

blema del Jurado, de su conveniencia ó inconveniencia, de la organización de esta institución, de las facultades que han de otorgársele, constituye la preocupación única de todos los hombres de ley, y hasta de todos los juristas, en cuanto á la administración de justicia criminal concierne. Este problema es también el que con preferencia y más insistentemente tratan los Fiscales de las Audiencias en sus Memorias. Por lo regular, cada uno, al hacerlo, se deja guiar por sus inclinaciones ó repugnancias personales, sin examinar el asunto serenamente y bajo la multiplicidad de aspectos que presenta. Hay aquí hechos muy diversos y á menudo contradictorios, como pasa con las enseñanzas de la Historia, con los versículos de la Escritura, con las prescripciones de los Códigos y con toda materia susceptible de distintas interpretaciones; cada defensor y cada enemigo del Jurado aduce sólo aquello que cree favorecer su particular punto de vista, y se calla lo que puede perjudicarle. Por eso es difícil formar juicio seguro tocante á la materia, cuando no se tienen presentes otros datos.

Una opinión muy generalizada en todas las clases y círculos sociales consiste en creer que el Jurado se muestra severo con los autores de delitos contra la propiedad, y por el contrario, muy blando con los autores de delitos contra las personas. El principal fundamento de esta opinión han sido ciertos veredictos, especialmente absolutorios, muy traídos y llevados por la prensa. Se trata, por lo tanto, de una opinión fabricada por ésta. Con lo cual, y sin otras consideraciones, había motivo suficiente para mirarla con mucho recelo, porque la prensa, que sabe muy bien el poder de que dispone, mas no, por lo visto, las responsabilidades que contrae, suele obrar con una ligereza y un desahogo enormes, y sus afirmaciones, cuando de materias algo complejas se trata, aunque hechas con gravedad dogmática y aire de infalible, carecen por lo común de base justificativa. Para destruir la leyenda periodística (que por ser periodística se ha difundido luego por la gran masa) de la severidad sistemática del Jurado en

unos delitos, y de su sistemática indulgencia en otros (1), no ha necesitado el Sr. Montilla hacer grandes averiguaciones; le ha bastado con comparar los datos de la estadística oficial de la administración de justicia correspondiente á tres años anteriores á la implantación y funcionamiento del Jurado, con los de otros tres años posteriores á tal implantación. De esa comparación resulta que allá se van en severidad y en benignidad Jurado y Tribunales de derecho, y que no hay motivo alguno para las recriminaciones que al primero—jamás á los últimos—suelen dirigirse. Las páginas que á este asunto dedica el autor de la Memoria, y las consideraciones que respecto del mismo hace, me parecen del mayor interés, sobre todo porque pueden servir para desvanecer prejuicios muy extendidos entre nosotros en el día de hoy. ¿Por qué no las reproducirá la prensa de gran circulación, esa prensa á quien principalmente se debe tal prejuicio, la más obligada por lo mismo á enmendar su yerro, y la que tiene á disposición suya el recurso más eficaz para lograrlo?

P. DORADO.

(1) Severidad é indulgencia que—como he dicho ya en otras ocasiones,—aun siendo efectivas, no son por sí solas bastantes para condenar al Jurado; más bien, quizá, lo que debería censurarse era el sistema legal que obligaba al Jurado á practicarlas, y á los legistas que se ponen incondicionalmente frente á éste y del lado del sistema aludido.

HISTORIA DEL ALGODÓN

SUMARIO: Importancia de este asunto.—Etimología de la palabra algodón y su significado en varios idiomas.—Principales especies de plantas que lo proporcionan.—Su antigüedad.—Su conocimiento por los chinos.—Ideas acerca de este asunto expuestas por Herodoto, Teofrasto, Strabón y Plinio.—*La lana crece sobre los árboles.*—*Pasajes de la Biblia mencionan ya el algodón.*—Importancia de España en la historia del mismo.—Primeros trajes de algodón usados en Europa.—Papel que corresponde á los árabes en el cultivo del algodouero.—Epoca de este cultivo en Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.—El algodón en la conquista de Méjico.—Mención que de esta substancia hacen algunos poetas.—Cuándo comenzó el hilado del algodón en los Estados Unidos.—Gran importancia de los plantadores americanos.—Progresos de la civilización y cultura marcados en los usos de la substancia referida.—Conflictos de las crisis algodoueras.—La química del algodón.—Usos de este cuerpo en medicina.—Poder de la ciencia en la transformación del cuerpo.—La piroxilina y su historia.—El centenario del algodón.—Consideraciones finales.

I

No es maravilla que, tratándose de una substancia de usos tan multiplicados y continuos, que la llevamos siempre cubriendo nuestro cuerpo en mayor ó menor escala, habiendo resuelto problemas sociales de interés vital, en que la higiene en primer término y después la industria en sus grandes manifestaciones reclaman un papel importantísimo, mueva la curiosidad de conocer su historia y apreciar las vicisitudes que ha experimentado el cuerpo desde que se ideó aplicar á los usos á que está destinado.

Dirigir una mirada retrospectiva al origen y usos multiplicados del algodón, es, cual acontece con otros muchos cuerpos, dar un paseo por la historia general de la sociedad hu-

mana y seguir sus derroteros, pudiendo en muchos casos hacer extensas y profundas consideraciones respecto á una substancia que hace tan primordial papel en la escena del mundo, desde el interesantísimo servicio que nos presta al abrigarnos y proteger nuestro delicado y sensible cuerpo de las inesperadas traiciones del ambiente, hasta promover á veces extensas crisis que pueden comprometer de un modo serio la paz pública.

Admira, en verdad, la trascendencia que ha tenido un objeto de tan aparente insignificancia, que encerrado en la modestísima capa de una semilla, ha llegado á ser un poderoso elemento de la vida social y un signo de riqueza, á cuyo influjo se ponen en circulación ríos de oro y capitales tan grandes, que pueden ejercer una verdadera tiranía en los valores, como acontece con los establecimientos bancarios y todo aquello que lleva envuelto oleadas de riqueza y una inmensa suma de trabajo y capital reunidos. Por eso su historia se asemeja á la de aquellos caudalosos y navegables ríos, que fueron en su comienzo finísimo hilo de cristalinas linfas, apenas apreciable y desprovisto de valor.

No es mi propósito en este momento escribir la monografía del cuerpo, para cuya tarea fuera necesario extenso libro, imposible de condensar en los límites de un artículo, por lo cual sólo habré de consignar en esta reseña lo que ofrece de saliente el concepto histórico del algodón y alguna de sus aplicaciones, recordando fechas y citando nombres y localidades para que pueda apreciarse lo que hay en este particular digno de conocerse y de que jamás lo cubra el manto del olvido, pues hay mucho en este estudio que enaltece las glorias de la humanidad y que forma una de las brillantes coronas que pueden ceñirse á las sienes de la industria y á la majestad de la ciencia.

Derívase la palabra castellana algodón, del árabe *gothon*, que con el artículo *al*, se obtiene la voz completa *alghoton*. Este, á su vez, procede del sánscrito *kartara*, que indica la

acción de hilar el lino ó el algodón, cuya raíz *kart*, significa hendir, cortar.

Siendo frecuente la supresión de la *r* antes de las consonantes en los dialectos más modernos de la India, se explica de dónde trae su etimología la palabra en cuestión. Es, por tanto, de origen árabe. En alemán, es *Baumwolle*; en inglés, *Cotton*; en holandés, *Katoen*; en danés, *Bomuld*; en sueco, *Bomull*; en ruso, *Kloptschataja bumaga*; en italiano, *Cotone*, y en portugués, *Algodao*.

Constituída por la borra finísima y suave que cual expansión capilar cubre las semillas de diversas plantas malváceas, desde luego debió llamar la atención y utilizarse con el fin á que se destina, siquiera fuese en muy limitada escala. Conservó el sabio botánico Linneo el nombre de *Gossypium*, que ya le había dado Plinio, al género á que pertenecen las diversas especies que producen algodón, siendo el principal el *Gossypium herbaceum*, originario del alto Egipto, que se cultiva en varias regiones de Asia y Africa. Hay también las especies *indicum*, *arboreum*, *religiosum*, *barbadense*, *hirsutum*, *vitifolium*, *peruvianum*, *racemosum*, *micranthum*, *eglandulosum*, *latifolium* y otros varios; algunos de los cuales se cultivan en grandes extensiones de la América del Norte y del Sur, como presentan ejemplos bien marcados muchos puntos de los Estados Unidos, Méjico y Brasil.

Es una de las plantas más útiles y beneficiosas. De su trabajo viven millones de individuos, dedicados á las múltiples manipulaciones que lleva en pos de sí, en términos que puede llenar muchas páginas gloriosas de la historia de la industria. El pueblo inglés, verdadero maestro en las cuestiones de la vida práctica, da al algodón el nombre de *rey* (*the king cotton*), con lo cual se quiere dar á entender la gran influencia que ejerce en los destinos de los pueblos, pues significa un gran torrente de riqueza que lleva envuelto, por lo cual hay gran oportunidad en darle el nombre de soberano, pues su consumo y producción representan un manantial inmenso de valor.

II

El uso de los tejidos de algodón es muy antiguo. En tiempos de Herodoto llevaban ya los indios telas de algodón. En el siglo I de la Era cristiana había ya en Egipto y en Arabia fábricas de estos tejidos, pero los griegos y romanos parece ser que no los usaban. Los chinos, que en otros conocimientos han llevado la delantera al resto del mundo, no han sido, sin embargo, lo mismo en este particular, pues no comenzaron á cultivar el algodouero sino después de la conquista de los tártaros, es decir, en el siglo XIII, en cuya época los tejidos de algodón eran ya objeto de importante comercio en Crimea y en la Rusia del Norte, donde los llevaban del Turquestán.

La introducción del algodouero en el Celeste Imperio tuvo que sostener fuerte y reñida lucha con los fabricantes y operarios de lana y seda, siendo necesario llegar á 1368 para que se generalizase allí por completo el algodón, y este pueblo, estacionario como todos los de su raza, no ha perfeccionado la fabricación de esos tejidos, que en otro caso pudiera haber realizado maravillas.

En tiempo de Strabón, ó sea 450 años después de Herodoto, se cultivaba el algodón en la entrada del Golfo Pérsico. Teofrasto cita, entre las producciones de la isla de Tylor, en dicho Golfo, árboles que llevan lana, y cuyas hojas son muy parecidas á las de la vid, pero más pequeñas. Adriano refiere que los árabes conducían los algodones á un puerto del Mar Rojo, que era el centro de su comercio, y que las célebres muselinas de Bengala tenían entonces la misma reputación y estima con que la moda y la elegancia las ha enaltecido después, llegando hasta nuestros días.

Las palabras de Herodoto refiriéndose á los indios son muy significativas, si se tiene en cuenta que fueron escritas cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de Jesucristo, y son las

siguientes: «Tienen una especie de planta que en vez de fruto produce lana, de una calidad más hermosa y mejor que la de nuestros carneros, y con ella hacen los indios sus vestidos.»

Plinio refiere que en el alto Egipto, en la Arabia, crecía un arbusto que unos llamaban *Gossypium*, y otros *Xilon*. Dice que «su fruto es pequeño y semejante á una avellana, en la cual hay un vello sedoso que se hila, y con él se hacen preciosas vestiduras para los sacerdotes de Egipto».

Se sabe, en efecto, que la India fue la cuna de la industria algodonera. Así es que Strabón expresaba con una frase muy significativa este hecho, que ha pasado á la historia, y era: que *la lana crecía sobre los árboles*. La paciencia y práctica de los habitantes de aquella región fue la causa de que obtuvieran productos algún tanto aceptables á pesar de su imperfección.

Los tejidos de que se habla en muchos pasajes de la Biblia y de los libros sagrados, eran indudablemente de algodón. Rouelle asegura que las telas en que envolvían las momias y que no tienen materias resinosas, eran de dicho cuerpo.

Propagóse el cultivo del algodón en Persia, Média y Babilonia, y los fenicios y cartagineses le dieron á conocer en Grecia, Malta, Sicilia y España.

Nuestro país puede enorgullecerse de haber sido el primero que cultivó en grande escala la planta en toda Europa, y los mahometanos la propagaron con gran éxito en Andalucía.

Abu-Zacarías habla del cultivo del algodonero en el reino de Granada.

Pero fue decayendo paulatinamente después de la expulsión de los moros, en términos que, al finalizar el siglo xviii, era el algodonero poco más que una curiosidad en las huertas de Motril.

Los ~~ca~~balanes, sin embargo, fomentaron después su cultivo en las costas andaluzas, y en los años primeros del siglo xix ya se hacía un gran comercio con el algodón de Motril, llegando á su mayor auge en 1817, donde la fértil vega de este

último punto producía la mayor parte del algodón que consumían las fábricas catalanas, habiendo todavía un exceso de producción que se destinaba á exportar al extranjero, principalmente á Francia é Inglaterra. Pero las circunstancias políticas de nuestro país, las tarifas arancelarias, la inferioridad del producto con relación á la perfecta y esmerada manera de presentar el extranjero, fueron causa de que decayese esta industria, hasta casi anularse.

En Grecia y en Italia, se conoció en los primeros tiempos del Cristianismo.

Los primeros ensayos de aclimatación del algodnero se realizaron en España, en los alrededores de Sevilla, en el siglo II de la Era cristiana. Se propagó en las sucesivas centurias, y en la época de la dominación árabe estuvo en grande apogeo, en términos que, del siglo X al XIV, tenían tan extraordinaria fama los algodones de Granada, que era superior á la de Oriente. En este último siglo se establecieron en Venecia y en Milán las primeras fábricas en que se trabajó el algodón, y hay que llegar al siglo XVI para observar esta industria en Inglaterra y Flandes.

Parece ser que la primera aplicación del algodón en Francia se realizó en Rouen en 1534, en Lyon en 1580 y en Troyes en 1582. Sin embargo, cuando adquirió interés la importación del algodón en Francia, fue en tiempo del célebre Ministro de Luis XIV, Colbert.

En Inglaterra, los primeros ensayos para fabricar tejidos de algodón fueron algo anteriores á los efectuados en Francia.

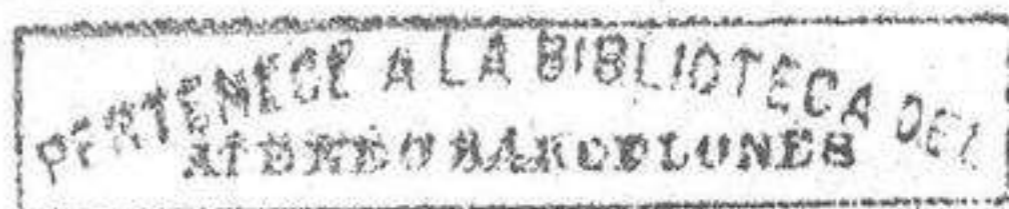
Aunque menos durables sus tejidos que los de cáñamo y lino, recomiéndase entre todas las plantas textiles por sus excelentes condiciones higiénicas, que igualmente preservan de los rigores estivales que del intenso frío, y por eso lo han aceptado con igual aprecio los países septentrionales, en donde presta confortador abrigo contra las bajas temperaturas, que en las regiones cálidas donde haciendo más fácil la trans-

piración y absorbiendo prontamente el sudor, liberta de grandes enfermedades. No es, pues, de extrañar que haya recorrido el mundo con la misma aceptación.

Además, su mala conductibilidad para el calórico le hace apto para usos verdaderamente excepcionales. Muchas personas se sorprenden al ver que las muselinas y lienzos pueden atravesar impunemente una línea de llamas sin quemarse; pero este asombro se acaba desde el momento en que se sabe que la fibra leñosa es un cuerpo muy mal conductor del calor. Así es que un hilo de algodón expuesto á la llama de una bujía, se inflama en su principio, pero no se propaga el incendio á lo largo del hilo, pues se extingue, porque la fibra vegetal es mala conductora.

Los primeros trajes de algodón, señalados en Europa cual objetos preciosos, datan casi del tiempo de las Cruzadas, y entonces figuraban en los testamentos con otros valores importantes. En el siglo xvi, todavía era caro el algodón y su industria no se propagaba con rapidez por esta causa.

III



En la Edad Media, la primera mención que se hace del algodón es en el siglo xii por Villehardouin, y á esta substancia, entonces como ahora, llamaban los árabes *al koton*. Joinville asegura que ya se hacían entoncen gorros de este cuerpo. En los primeros años del siglo xiv se empleó mucho, y ya se usaba cardado ó hilado, así como también en mechas para las luces y fabricación de guantes. En Sevilla se mezclaba con lana para hacer tejidos ligeros. En los Archivos municipales de Rouen hay documentos en que se mencionan por los años 1541 y 1542 quince balas y media de algodón que venían por la vía de Portugal, y doce balas por la de Inglaterra, y en 1570 y 1571 se habla del algodón blanco de Inglaterra.

Se cree que á los musulmanes se debe el cultivo del algo-

E. M.—*Noviembre 1901.*

donero en África y la fabricación y manufactura de sus productos. En el siglo XIII había ya en Marruecos manufacturas muy florecientes, y á fines del siglo XVI lleváronse á Londres telas fabricadas en aquel pueblo.

En Europa se introdujo el cultivo del vegetal en el siglo IX, y se debe á los árabes de España. Los primeros algodoneiros se plantaron en las llanuras de Valencia, y ellos suministraron la primera materia de las manufacturas de Córdoba, Granada y Sevilla, que adquirieron gran celebridad.

En el año 1806, por orden del Emperador Napoleón, se hicieron ensayos en Francia del cultivo del algodoneiro, para lo cual pidieron semillas á España, á Italia y á los Estados Unidos, y después de varios ensayos, se comprobó que debe preferirse el Algodoneiro herbáceo.

A fines del siglo XIV es cuando se encuentran indicios de la fabricación de tejidos de algodón en Italia, y en esta misma época es cuando importaron los turcos en Albania y Macedonia el arte de tejerlo; Venecia y Milán se apoderaron de esta industria, y fabricaron tejidos sólidos con los algodones de Siria y del Asia Menor. Más tarde se extendió esta industria en Bélgica.

Al principio del siglo XIV los venecianos y genoveses importaron en Inglaterra algodones que sólo se emplearon primeramente en la fabricación de mechas de luces. En 1430 algunos tejedores de los Condados de Chester y Lancaster fabricaron bombasís parecidos á los de Flandes. Enrique VIII y Eduardo VI favorecieron esta industria, y en el reinado de Jorge III había ya 40.000 personas ocupadas en estos trabajos, que producían 15 millones de francos.

Los Estados Unidos recibieron en 1786 por vez primera y plantaron el algodoneiro en Georgia. El terreno era tan conveniente y apropiado, que prosperó de un modo rápido, y fue necesario multiplicarle para satisfacer los pedidos, hasta el extremo de que en 1839 la cifra de exportación excedía de 150 millones de kilogramos.

El establecimiento de la industria algodonera en Francia no pasa del final del siglo xvii. Amiens fue una de las primeras poblaciones en que se planteó en grande la fabricación del algodón, y después se extendió por Suiza, Alemania y Bélgica.

Cuando se verificó la conquista de Méjico hallaron los españoles telas de algodón, que hilaban á mano las mujeres; pero es de suponer que no tuviera todavía en Europa gran importancia comercial en aquella época, porque Colón presentó á los Reyes Católicos, cuando llegó á Barcelona, muestras de algodón traído de las regiones recién descubiertas, cual si fuera un objeto curioso. Lo que sí es cierto es que los primeros exploradores que fueron con Hernán Cortés, encontraron gran abundancia de algodoneros en las orillas del Mississipi.

Durante muchos años fue uno de los principales artículos de exportación de los Estados Unidos, y sirvió para invertir de un modo ventajoso grandes capitales. Purchas, en sus *Pelerinios*, dice que las semillas de algodón se sembraron primero como ensayo en 1621, y que las magníficas plantas á que dieron origen en ese tiempo, tuvieron gran interés en América y en Inglaterra. En la provincia de la Carolina, el cultivo del algodonero está consignado en un documento que lleva la fecha de 1666 y reproducido en la obra *Colecciones históricas de la Carolina del Sur*, de Carroll. En 1736 se cultivaba la planta en algunos jardines, á los 39° de latitud Norte en la costa occidental del Maryland, y cuarenta años después se cultivaba en el Condado de Cabo May, en Nueva Jersey.

Por lo demás, el algodón ha sido mencionado por grandes poetas en sus diferentes obras. Así es que Beranger, Lafontaine, Delille, Voltaire y otros varios le consignan en sus composiciones. En España, bien conocidos y hasta vulgarizados son los versos de uno de los que más inspiración refleja en sus obras, perteneciente al siglo de oro de nuestra literatura, que dicen:

«Vuestro don, señor hidalgo,
es como el del *algodón*,
puesto que para ser don
necesita tener algo.»

D. Francisco de Rojas decía:

«A su casa se va, á donde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos *algodones*.»

y Góngora, exclama:

«Siendo como un *algodón*,
nos jura que es como un hueso.»

Muchos más casos podrían citarse, pero los indicados bastan como ejemplo.

IV

El cultivo del algodón en América, proporciona beneficios más seguros y productivos que los que suministra la caña de azúcar. Crece el árbol, no sólo espontáneamente, sino en toda clase de terrenos: sobre las rocas, en las orillas del mar y en otros varios sitios. Abundaba tanto cuando llegó á esas regiones Cristobal Colón, que en 1493 constituyó la base de los tributos que impuso. Cuando los españoles aportaron, muchos de ellos se hicieron plantadores de algodón y tuvieron la buena idea de tomar por maestra la Naturaleza, sembrando exclusivamente las semillas de las mejores especies indígenas. Por eso al andar del tiempo, en 1776, los algodones de las Antillas, y en particular el de la Guadalupe, tenían gran fama en los mercados de Europa y alcanzaban precios superiores á los demás. Después diversas causas han producido la ruina en muchos de estos puntos, de la industria algodонера.

En 1736 se cultivaba, como hemos ya dicho, el algodonero cual planta de jardín, hasta los 39° de latitud Norte, y cuarenta años después se introdujo en el Maryland, desde cuya épo-

ca adquirió creciente é inmenso desarrollo la producción y exportación del algodón en la América del Norte, siendo verdaderamente maravillosa la importancia de esta materia, no sólo en todos los mercados del mundo, sino en la vida de la referida región, en que forma uno de los principales elementos de su riqueza y esplendor.

El hilado del *algodón* comenzó en los Estados Unidos, en el año 1790, si bien se fabricaron algunos tejidos de esta substancia antes de dicha época. En el año 1815 se habían invertido en la referida industria 40 millones de dollars. La invención en América de un aparato mecánico por los Sres. Lowell y Jackson y su gran éxito en Waltham en 1813, facilitó la salida del producto, obviando algunos obstáculos que se presentaban, y el año 1822 se construyó el primer molino de algodón, acreciendo de un modo extraordinario la producción, merced á las tarifas de aduanas de los años 1824, 1828 y 1832, que protegieron de un modo extraordinario á los fabricantes.

La rebelión de los Estados algodoneros en el invierno de 1860 á 1861 y el bloqueo de sus principales puertos por el Gobierno federal de los Estados Unidos, fueron causa de que la exportación del algodón disminuyera mucho. El retraimiento del comercio extranjero fue, por decirlo así, una de las consecuencias de la guerra; y para atender á la subsistencia de la población fue necesario distraer del cultivo de los terrenos destinados al algodón á multitud de obreros que hubieron de dedicarse á los cereales. Pero antes, las enormes masas de estos productos de excelentes condiciones por todos conceptos, en cuanto á la consistencia, color, longitud de la fibra, etc., fueron motivos para que los plantadores americanos se creyeran los árbitros del mundo civilizado, y suponían tener en sus manos los destinos de Inglaterra y de la gran República del Nuevo Mundo. La recolección les permitía, no sólo levantar suntuosos y artísticos palacios en donde la elegancia competía con la riqueza, sino que mandaban sus diputados al Congreso; restable-

cían la trata de los negros, después de mucho tiempo abolida; obligaban á los legisladores á fundar un nuevo Código, y á los ministros de la religión á proclamar un nuevo Evangelio. Pero la industria algodonera se puso en directo antagonismo con el progreso, y en el momento en que se emanciparon los cuatro millones de esclavos de los Estados confederados, fue para ella un día de luto.

En cuanto á la Gran Bretaña, puede decirse que no hay ejemplo de industria alguna que haya obtenido resultados tan brillantes como ésta en tan corto espacio de tiempo. Es verdad que han contribuído á este desarrollo los descubrimientos de Watl, Hargreaves, Arkwright y Crompton, que con sus poderosos medios mecánicos auxiliares han decuplicado y aun centuplicado los rendimientos del producto.

Tan importante es en todos conceptos esta industria, que en 1863 la paralización y la crisis de la misma dió lugar á que fueran socorridas en Inglaterra el enorme número de 1.142.624 personas (1).

En sus usos hánse reflejado igualmente los progresos de la civilización y cultura. Así es que á la rueca y al huso, que era el primitivo método del hilado, y que todavía se emplea en el Indostán, siguió después el torno, y llegó, por último, el hilado mecánico, en que con extraordinaria economía de tiempo se consiguen resultados más perfectos, habiendo la mecánica realizado en tal sentido verdaderas maravillas, con la aplicación á este objeto del vapor y la electricidad.

Por lo demás, la química ha definido perfectamente la naturaleza del algodón. Substancia formada por el carbono y los elementos del agua en las proporciones necesarias para formar este cuerpo, es, por lo tanto, lo que se llama técnicamente

(1) Dato consignado en una Enciclopedia particular de periódicos, que formó con una constancia y paciencia ejemplares el malogrado escritor D. León María Carbonero y Sol, y que ha merecido premios en Exposiciones.

hidrato de carbono, que forma la celulosa, predominando la especie llamada *xilosa*, que tiene la propiedad de disolverse perfectamente en el reactivo cupro-amónico de Peligot, formando un líquido homogéneo.

El microscopio, con su poder amplificador, ha revelado que está compuesto de fibrillas aplastadas y retorcidas en espiral, constituyendo un entrecruzado, jamás olvidable una vez visto.

Le corresponden, pues, todas las propiedades inherentes á la celulosa, conceptuada pura.

Su empleo en medicina, aunque antiguo, es ya de fecha menos remota que sus usos industriales. El algodón cardado, al que se da diversas formas y se adicionan substancias diferentes, lo utiliza la cirugía en múltiples conceptos, por lo cual la farmacia le presenta preparado convenientemente, ya en el concepto de antiséptico, ó ya de revulsivo; pero la mayor parte de los medicamentos de que constituye la base pertenecen á la época actual, lo mismo el denominado algodón hidrófilo que el fenicado, salicilado, sublimado, iodado, boricado, iodoforado etc., por lo cual no entran en el dominio de la historia.

El poder de la ciencia no puede menos de admirarse ante la transformación que se realizó convirtiendo una substancia tan inofensiva é inocente como el algodón, que presta abrigo y consuelo, y es un mitigador de los aflictivos dolores del enfermo, en un cuerpo tan explosivo, tan fulminante, de tan destructores efectos como el algodón-pólvora ó piroxilina, cuyo aspecto es el mismo que el del algodón, suave, flexible, blanco, ligero, ténue, y sin embargo, ¡cuán terrible si se le aplica un cuerpo en ignición! Este descubrimiento, realizado por el profesor de Basilea, Schöenbein, en 1846, tuvo una resonancia extraordinaria en el mundo científico, industrial y social.

En efecto, en los últimos meses del año 1846 empezaron á ocuparse los periódicos de un descubrimiento singular. Un químico de Basilea, se dijo que había encontrado el medio de

transformar el suave y flexible algodón en una substancia que tenía todas las propiedades de la pólvora, sin que cambiara su aspecto. Las condiciones del nuevo explosivo eran tales, que se quemaba sin humo, no ennegrecía las armas y tenía una fuerza expansiva tres ó cuatro veces mayor que la pólvora ordinaria. El día 5 de Octubre de 1846 se leyó á la Academia de Ciencias una carta de Schöenbein, autor del invento, donde se describían las propiedades de la pólvora de algodón, pero no se revelaba el método de obtención. Desde el siguiente día al de esta memorable sesión, se trabajó en todos los laboratorios de química de París para encontrar la preparación del nuevo cuerpo, que se suponía era una forma particular de xiloidina, ya conocido desde 1832, en que lo descubrió Braconnot, y estudiado después por Pelouze, el cual se obtenía sumergiendo en el agua fuerte las materias leñosas. En efecto, esta idea sirvió á Schöenbein para aplicarla al objeto que se proponía, bañando el algodón no cardado en el ácido nítrico. Recibió de todos modos Schöenbein cuantioso premio de la Dieta germánica por el descubrimiento, pues se le adjudicaron 260.000 francos. El primero que en París preparó algodón-pólvora, fue el ingeniero civil Morel. Fue, sin embargo, discutida é impugnada la eficacia del nuevo explosivo; pero no pudo menos de reconocerse su gran fuerza, así como también la imposibilidad práctica de aplicarlo á las armas de fuego.

Schöenbein, en un principio, se puso de acuerdo con otro químico de Francfort, Böttger, y sometió su descubrimiento á la Confederación germánica. Aunque guardaron profundo secreto acerca de su invento, no tardó en hacerse público el modo de conseguir preparar piroxilina, mediante el baño prolongado del algodón en una mezcla de una parte de ácido nítrico y tres de ácido sulfúrico.

En 1859 un oficial de Artillería austriaco, el barón Lenek, trató de utilizar un sistema de cañones rayados, de campaña, cargados con algodón-pólvora; pero las muchas explosiones que ocurrieron obligaron á abandonar el explosivo. Después,

sin embargo, se ha facilitado más la práctica de su empleo mediante la compresión, que le ha dado una consistencia parecida á la del cartón. El año 1871 acaeció una horrible catástrofe que destruyó una fábrica y parte de un edificio en Stowmarket, á consecuencia de una explosión de esta pólvora, acumulada en gran cantidad en almacenes, por lo cual se aconseja que se conserve en estado húmedo.

El año 1865, el inglés Abel llevó á cabo grandes progresos en el uso y fabricación de la piroxilina. Preparó el algodón-pólvora comprimido, y con eso se creyó evitar los riesgos de su empleo. Pero á pesar de esto, seguía aumentando el número de víctimas de los que á estas operaciones se dedicaban, por lo cual se prohibió su fabricación en Inglaterra.

Mas no sólo tiene estas aplicaciones destructoras la piroxilina, pues Maynard descubrió en Boston en 1847 que, disuelta en una mezcla de 18 partes de éter y tres de alcohol, producía una substancia de consistencia de gelatina, que con el nombre de colodión ha utilizado la fotografía para la preparación de las placas sensibles donde se impresionan las imágenes, y la Cirugía en concepto de adhesivo y protector de la piel cuando se quiere por cualquier motivo impedir el contacto con el aire, cuya última aplicación se debe á Parker Maynard, estudiante de Boston, en 1848.

Que el algodón ha sido ya desde lejanos días objeto de predilecto estudio por parte de los hombres de ciencia, lo manifiesta el hecho de que la Real Academia de Ciencias de París premió en 1784 una Memoria acerca del «Ensayo de los caracteres distintivos de los algodones de las diversas partes del mundo y de las diferencias que para su empleo en las artes resultan.» Su autor fue Quatremere d'Isjonval, y en ella se prueba, entre otras cosas, la necesidad que tiene el algodónero de climas cálidos, y que el fruto del precedente del antiguo Continente es más grueso y redondeado.

No es extraño que en 1885 se celebrara en América con grandes fiestas el centenario de la producción y comercio del

algodón, como aconteció con la Exposición realizada en Nueva Orleans el 1.º de Septiembre del referido año, donde en amplios y artísticos salones, decorados con gran lujo, se recordaba, con exhibición de importantísimos productos, una fecha tan gloriosa para la industria, y en donde la espléndida iluminación eléctrica durante la noche, ponía en evidencia que los descubrimientos modernos se complacen en rendir honorífico tributo á los recuerdos y á la historia de los grandes hechos.

Por lo demás, ¡cuánta poesía y sublimidad encierra, en medio de su modestia y sencillez, ese pasivo cuerpo, que presta tan grandes servicios y que sirve, lo mismo de dulce consuelo librando á la humanidad de los rigores del mortífero frío, que formando la base de útiles medicamentos ó tornándose, por el contrario, en terrible substancia explosiva, de fuerza inmensa para lanzar á grandes distancias mortíferos proyectiles, ó disuelto en el éter alcohólico para dar vida á la imagen en la fotografía! Nunca, en efecto, será empleado con más provecho el tiempo que en conocer y recordar su historia.

Lo expuesto pone, en efecto, en evidencia que la Historia debe penetrar en todos los asuntos; pues constituye precioso archivo, en cuyos legajos siempre hay algo que aprender y mucho que admirar. La inspección del pasado es á toda hora nuestro mejor consejero y más seguro guía del porvenir. Estudiemos el ayer para nuestra seguridad de hoy y el mejor acierto del mañana. No nos cansemos de rebuscar en las sombras de las generaciones muertas, que hallaremos en ellas el origen de intensos y deslumbradores focos de luz y la clave del porvenir.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
de la Real Academia de Medicina y correspondiente
de la de la Historia.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

SIDI-BEL-ABBÉS Y LOS SIETE DURMIENTES

16 de Junio de 1901.

La leyenda de los siete durmientes, originaria del Asia Menor, es á un mismo tiempo creída por los cristianos y los musulmanes. Cuenta el Profeta en su importante libro la curiosa y extraña aventura de los compañeros de la caverna y de Aldrakim: «que es una de las manifestaciones grandes de Dios, y una cosa extraordinaria», incluyéndola en el cap. XVIII, que fue dado en la Meca, consta de 110 versículos, y se denomina *El cahaf* (1), ó sea precisamente la caverna.

Como estamos entre fieles creyentes de Mahoma, me parece preferible atenerme á la versión histórica que del maravilloso suceso refiere el Profeta de Alláh, sin perjuicio de estudiar después lo que entre los escritores cristianos se dice acerca del particular. Tanto más, cuanto que el relato contenido en el Alkorán fue dictado por el mismo Todopoderoso, que es quien indiscutiblemente debe conocer mejor que nadie la verdad de lo ocurrido.

Según Alláh manifestó al Profeta, cuando los jóvenes entraron en la caverna, le dirigieron la siguiente plegaria: «Se-

(1) Para todo este pasaje he tenido á la vista la interesante y erudita traducción del *Alkorán*, hecha por Kassimirski.

ñor, cúbrenos con la sombra de tu misericordia, y haz que la justicia divina dirija nuestros actos.» y entonces—creo lo mejor transcribir el texto sagrado:

«*Vers. 10.* Nosotros les hundimos en un sueño profundo y misterioso que duró largo número de años.

Vers. 11. Nosotros les despertamos después, para ver cuál de ellos sabría mejor calcular el tiempo que en aquel lugar habían permanecido.

Vers. 12. Nosotros te contaremos su historia con verdad. Esos niños creían en Dios, y por eso fortalecimos su fe.

Vers. 13. Pusimos la constancia en sus corazones, cuando rindiendo homenaje á la verdad, dijeron: «Nuestro Dios es el Soberano del cielo y de la tierra: no invocaremos á ningún otro, pues de hacerlo, seríamos unos impíos.»

Vers. 14. «Nuestros conciudadanos adoran otras divinidades distintas del verdadero Dios. ¿Pueden acaso mostrarnos una prueba evidente de la veracidad de sus deidades? ¿Hay alguien más culpable que aquel que forja mentiras acerca del Creador?»

Vers. 15. Entonces se dijeron los unos á los otros: «¿Si los dejáramos, lo mismo que á los falsos ídolos que adoran como si fueran el verdadero Dios, y nos retiráramos á una caverna? La misericordia divina velaría sobre nosotros, y proveerá seguramente á nuestras necesidades.»

Vers. 16. Todo el tiempo que permanecieron ocultos en la cueva, se vió al sol respetar su ingreso. Cuando se levantaba dirigía hacia la derecha sus rayos inflamados, los inclinaba hacia la izquierda cuando proseguía su curso en dirección al Occidente. La omnipotente mano del Todopoderoso obró este milagro. Aquel que está con Dios se halla en el verdadero camino. Aquel que lo pierde no encontrará jamás la luz, y no tendrá más protector.

Vers. 17. Se les hubiera creído despiertos, y dormían. Nosotros les volvimos á uno y otro lado. El perro que les acompañaba quedó acostado á la entrada de la gruta con las pier-

nas extendidas. Cualquiera que los hubiera visto de improviso, lleno de espanto, despavorido, huyera.

Vers. 18. Nosotros les sacamos de su sueño á fin de que se interrogasen unos á otros. ¿Cuánto tiempo—preguntó uno de ellos—hemos permanecido en esta caverna?—Un día—le respondieron—ó aun quizá menos tiempo todavía.—Dios sabe—dijeron los demás—el tiempo que hemos dormido aquí. Enviemos alguno de nosotros con este dinero á la ciudad (1) para que compre alimentos. Que el que vaya se comporte con cortesía, y guarde silencio sobre el lugar de nuestro retiro.

Vers. 19. Si los habitantes de la ciudad nos hallaran, seguramente nos lapidarían, ó nos obligarían á convertirnos á su idolatría, y perderíamos la felicidad para siempre.

Vers. 20. Nosotros les conducimos á sus conciudadanos, á fin de que vieran el cumplimiento de las promesas del Señor, porque sus palabras son inmutables. La ciudad entera disputó acerca de ellos. Se propuso construir un santuario sobre la caverna que les dió asilo. El cielo les protegía, y los fieles que defendían su causa exclamaron: Sin duda, levantaremos en aquel lugar un templo.

Vers. 21. Se disputará sobre su número, y se dirá que eran tres y el perro, cinco y el perro, siete y el perro (2); pero intentar averiguarlo es querer penetrar un misterio que pocas personas saben. Conténtate con decir: Dios conoce perfectamente su número, y con esto basta.

Vers. 22. No hables del particular sino bien informado, y no cuentes tan peregrina historia á los infieles.

Vers. 23. No digas nunca: «Yo haré esto mañana, sin añadir, si tal es la voluntad de Dios (3). Eleva hacia Él tu pensa-

(1) Se refiere á Tarsis de Cilicia.

(2) El número más seguro es el de siete, según el parecer del ilustre comentarista del libro santo de los musulmanes, Ehnabbas.

(3) Según cuentan los comentadores, este versículo fue revelado á Mahoma, á consecuencia de que habiéndole preguntado en cierta ocasión algunos cristianos por la historia de los siete durmientes: «Mañana os la

miento cuando hayas olvidado alguna cosa y dí: Quizás él me ilumine y me dé á conocer la verdad.»

Vers. 24. Esos niños estuvieron en la caverna trescientos años, mas nueve.

Vers. 25. Dios sabe perfectamente el tiempo que allí quedaron. Todos los secretos de los cielos y de la tierra le son conocidos. Todo lo ve y todo lo oye. No hay mejor protector que Él, pero no asocia á nadie en sus juicios.

Vers. 26. Lee el Alkorán que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable y no hay amparo contra las resoluciones del muy alto.»

He preferido copiar la brillante poesía oriental, á narrar con mi prosa ramplona la interesante leyenda cuyos protagonistas tan gran devoción inspiran á los habitantes de Marrakesh, lo que no obsta para que los cristianos, al menos durante la Edad Media, les tributasen singular veneración. La historia de los siete durmientes fue introducida en Europa por Gregorio de Tours, de quien la tomó Jacobo de Voragine, para incluirla en su deliciosa *Leyenda áurea*.

Siguiendo las tradiciones cristianas, el misterioso episodio acaeció en Éfeso—en lo que se diferencia de las leyendas musulmanas, que lo hacen ocurrir en Tarsis de Cilicia,—hacia el año 251 de nuestra era, durante el reinado de Decio. En aquellos tiempos hubo una gran persecución contra los cristianos, y siete jóvenes llamados Malco, Maximino, Marciano, Dionisio, Juan, Serapion y Constantino (el historiador Metafrasto les da distintos nombres), que profesaban la nueva doctrina, huyendo del peligro se refugiaron en una caverna, cuyo ingreso hizo murar el prefecto de la ciudad, apenas tuvo conocimiento de que en ella se ocultaban los fugitivos. Trescientos setenta y dos años después, en el trigésimo del reinado

contaré», respondió el profeta, olvidándosele añadir, si tal es la voluntad de Dios. Sin duda por esta razón, los marroquíes dicen á cada paso: *Incha Alláh*, es decir, *Si Dios quiere*.

de Teodosio, se suscitó la herejía, que negaba la resurrección de los muertos, y precisamente entonces fue cuando se presentó en la ciudad uno de los siete jóvenes mártires, que en unión de sus compañeros había permanecido durmiendo en la caverna murada tan largo espacio de tiempo. Los durmientes creían que habían estado ocultos sólo una noche, y grande fue su sorpresa al hallarse con que todo estaba transformado, y que el cristianismo, antes tan perseguido, triunfaba por completo. Tan maravilloso acontecimiento admiró, como era natural, á los habitantes de Éfeso, de modo que el mismo Emperador, acompañado por el clero y los magnates, fué á visitar la cueva y á sus santos habitantes. Apenas Teodosio y los que componían su séquito pudieron cerciorarse del milagro, los siete durmientes entregaron su alma á Dios, que de esta manera había demostrado palpablemente el dogma de la resurrección de la carne. El Emperador quiso entonces erigir una suntuosa basílica para colocar en ella en magníficas cajas de oro los venerables restos de los santos mártires, pero éstos se le aparecieron manifestándole su deseo de reposar el sueño eterno en la misma gruta donde durmieran tan milagrosamente, y así se hizo, quedando allí sepultados en modestos sarcófagos de piedra, cubiertos con ricos paños de seda. Así se hallaban en tiempo de Metafrasto y Gregorio de Tours, según testifican ambos escritores. Desde entonces la Iglesia cristiana colocó á los siete durmientes en la lista de sus santos, fijando su festividad en el día 26 de Julio.

La leyenda se halla citada por primera vez en los escritos de Nicéforo, de quien la tomaron Metafrasto, Sigeberto y Gregorio de Tours, por quien llegó á Jacobo de Voragine. Pero lo más curioso del caso es que los primitivos cronistas griegos aseguran que el milagroso sueño duró desde el año 251 hasta el trigésimo del reinado de Teodosio, afirmando al mismo tiempo que los mártires estuvieron encerrados en la caverna trescientos setenta y dos años, ni uno más ni uno menos. Ahora bien, desde el reinado de Decio hasta el último año del reina-

do de Teodosio, sólo median ciento cuarenta y cuatro años, lo que prueba la ignorancia y buena fe de los escritores citados.

Respecto á los comentaristas religiosos, hay que reconocer que se hallan muy divididos sobre el particular. La Iglesia romana, siguiendo el parecer emitido por Baronio y Hefele, cree que durante la persecución de Decio, siete jóvenes de Éfeso fueron sepultados vivos en una caverna vecina á la ciudad, y que durante al reinado de Teodosio se encontraron sus restos; versión sensata y razonable que parece ser la cierta. En cambio, las iglesias orientales ortodoxas y heterodoxas persisten en afirmar la leyenda, apoyándose en los textos de Nicéforo, Calixto y Cedrenio entre los griegos, y de Sigeberto entre los latinos. Lo probable es que Mahoma, cuando como simple camellero se ocupaba en cuidar los negocios de la rica viuda Kadija, oyese contar, en uno de sus viajes al Asia Menor, la leyenda de los siete durmientes, muy popular entonces entre los monjes griegos y armenios que por aquellos territorios habitan; que la fantástica tradición impresionase hondamente su imaginación ardiente y soñadora, y que andando los tiempos, cuando se erigió en profeta y se hizo pasar por inspirado de Dios, narrase á sus discípulos el milagroso suceso como cosa sorprendente y maravillosa, incluyéndolo después en el *Alkorán*, lo mismo que había hecho con otras historias procedentes de la Biblia y de los evangelios apócrifos, que aprendería sin duda alguna en los mismos lugares.

Es conocida la rapidez con que se extendió la religión del Islám y el fanatismo de sus primeros prosélitos. Cuando los mahometanos invadieron el Asia Menor, al llegar á Éfeso encontraron la cueva con las tumbas de los siete durmientes, y desde el primer momento la tuvieron en gran estima, como prueba patente de la veracidad indiscutible de la doctrina del Profeta. Más adelante la nueva religión necesitó mayor expansión, y los herederos del Profeta fueron extendiendo sus dominios. Omar, al frente de formidable ejército, pasó al África, y la invasión árabe se extendió por toda la costa del Me-

diterráneo, hasta llegar á los territorios del *Magreb el Akza*, el extremo Occidente, donde se vió detenida por el Atlántico. La formidable avalancha humana debió arrollar á su paso cuanto encontró; pero seguramente así como el río desbordado arrastra en su vertiginosa corriente los restos de cuanto destruye, el ejército invasor debió llevar consigo las ruinas de las civilizaciones que progresivamente iba dominando. Únicamente de este modo puede explicarse, según mi modesto parecer, que las doctrinas de Aristóteles y Euclides fueran á ser enseñadas en las aulas de las *madrizas* de Fez y Marrakesh, en tiempos en que aún eran desconocidas para las naciones herederas de la cultura griega. Por el mismo conducto las leyendas del Asia Menor y del bajo Egipto se propagaron hasta los últimos confines del dilatado Imperio musulmánico, y la tradición de los siete durmientes se fijó en Marrakesh, donde era fama que habían ido á parar los restos de los siete jóvenes, santos para los cristianos y santos para los musulmanes.

Conforme á lo convenido de antemano, ayer tarde visité, en compañía de mi amable guía y fiel compañero el *tebib* Mariano, las *Kubbas* ó santuarios en que reposan los héroes de la poética leyenda. Hállanse situadas en las afueras de la ciudad, pero en un lugar vecino y unido á la famosa y respetada *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, cosa muy natural, puesto que los siete durmientes comparten con el venerable santón el patronato de la capital magrebina. El aspecto exterior de las tales tumbas nada de particular ofrece, pues bien poco se diferencian de los innumerables edificios que, dedicados al mismo objeto, se ven en casi todas las ciudades del Imperio. Están constituidos por una especie de cubo de mampostería, coronado por un casquete esférico, y rodeado en su parte más elevada por una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal. En las fachadas que miran á Poniente, é igualmente en las siete *Kubbas*, se abre la puerta que da ingreso al santuario; pero como todas estaban herméticamente cerradas, nos fue imposible vislumbrar nada del interior, que, á juzgar por lo que podíamos

ver, debía ser bien pobre y miserable. Todo el exterior, cúpula y murallas, está enjalbegado y desprovisto de adornos, salvo un arco encuadrado en cada una de las fachadas, y las pequeñas ventanas, ó más bien saeteras, abiertas para dar luz á las pequeñas capillas.

El lamentable estado de abandono en que se encuentran las llamadas tumbas de los siete durmientes, es una prueba más de la decadencia de este pueblo, que se olvida de todo, hasta de sus más veneradas tradiciones. No sólo están deterioradas, sino que contra la costumbre están sucias, conociéndose que hace años que nadie se ha cuidado de blanquearlas. Todo esto me hace dudar de que aquellas *Kubbas* sean las mismas que deseábamos ver, temiéndome, no sin fundamento, que hayan engañado á nuestro guía, cosa muy en connivencia con el carácter de los árabes. Sin embargo, los marroquíes que nos acompañan aseguran que las siete tumbas que contemplamos son las propias y auténticas erigidas por los devotos en memoria de los siete jóvenes mencionados en el *Alkorán*, y que aquellos lugares donde nos hallábamos indebidamente, eran de los más santos que hay en la ciudad, por lo que nos instaban á que nos alejásemos cuanto antes. Así lo hicimos, pues habiendo satisfecho nuestra curiosidad en lo posible, convenía obrar con prudencia y no despertar por si acaso los suspicaces recelos de los fanáticos habitantes de Marrakesh.

No obstante tan rotundas y terminantes afirmaciones, yo no he quedado satisfecho; lo declaro lisa y llanamente. A pesar de las protestas de los askaris que nos han acompañado; á pesar de que ya anteriormente, pero desde respetable distancia, me habían señalado los monumentos que ayer visité como santificados por guardar los restos de los siete durmientes, sigo dudando de la autenticidad de tales tumbas. Lo cierto es que resulta imposible de todo punto averiguar la verdad. Entre los muchos musulmanes que he hecho interrogar, unos han manifestado que la existencia de los venerables santuarios en Marrakesh era cosa conocida en todo el Magreb, y que conti-

nuamente acudían peregrinos á visitar los sagrados sepulcros vecinos á la *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, mientras que otros declararon no tener ninguna noticia del particular, lo que no es de extrañar conociendo la crasa ignorancia de estas gentes. ¿Obraron con malicia los primeros creyendo agradarnos y con suspicacia los segundos? No me atrevo á afirmarlo. Me encuentro en un mar de confusiones; recapacitando, recuerdo haber oído mil alusiones á los siete durmientes y á sus sepulcros, especialmente el día de la llegada á El Kantara, cuando muchos de los individuos de nuestra escolta, cumplimentando una piadosa costumbre, depositaron siete piedras en el montón destinado al efecto, situado en el lugar donde desde las vertientes del Djebilat se divisan por primera vez la cúpula de Sidi-bel-Abbés y las siete Kubbas que rodean al santuario; pero cuando queremos entrar en mayores averiguaciones, no conseguimos sacar nada en claro. Si éstos se callan por ignorancia, aquéllos lo hacen por mala fe. Los más fanáticos, y por semejante razón no concedo ningún crédito á sus palabras, tanto más cuanto no ignoro la tenaz oposición que hacen á que ningún cristiano penetre los secretos y misterios de la religión mahometana, se muestran profundamente indignados, protestando de que nunca jamás reposaron los restos de los siete durmientes en Marrakesh, y uno de los más exaltados, criado que nos sigue desde Tánger, habla español y acostumbra á mentir con la mayor desvergüenza, me ha dicho en confianza que no hay tales tumbas de los siete durmientes y que lo que hemos visitado no son más que los sepulcros de los cinco hijos de Sidi-bel-Abbés y los de sus dos predilectos discípulos. ¡Lo que muy bien pudiera ser la verdad!

LA CUESTIÓN DE AGADIR

Dar Muley Alí, 18 de Junio de 1900.

Para dentro de quince días calculamos que podremos emprender el viaje de regreso. Las negociaciones que tanto han tardado en comenzar, marchan á pasos agigantados, y el Ministro de Estado, Sidi-Abd-el-Krim Ben Soliman, que hace ya varios días que viene celebrando conferencias con el señor Ojeda, asegura que muy en breve quedará todo terminado y satisfechas por completo las legítimas exigencias de España. El que más y el que menos, todos deseamos abandonar la capital de Marruecos y tornar á la vida civilizada. Ya satisfecha la curiosidad y habituados en cierto modo á las extrañas costumbres de estas gentes, nada nos sorprende, y el encanto de la novedad, tan grande en los primeros días, va desapareciendo poco á poco. La realidad se hace paso y tan gran abandono y suciedad acaban por molestar, influyendo en deprimir el ánimo la monotonía de la vida que llevamos; los días se suceden de idéntico modo, y el aislamiento y soledad en que vivimos, reclusos en Dar Muley Alí, sin casi ningún comercio con el mundo exterior, pesa sobre nosotros de terrible modo, tanto, que unánimemente ansiamos tornar á la región de los vivos. En realidad, se diría que vivimos en el reino de la muerte; tal es la impresión que produce la ruina y decadencia del Imperio y de la raza árabe; impresión que ya se hizo notar en los primeros días del viaje, y que continuamente va aumentando en intensidad.

Las conferencias se verifican generalmente por la tarde, viniendo el Ministro de Estado á nuestra residencia. Abd-el-Krim Ben Soliman es persona agradable y distinguida, señalándose entre sus compatriotas por poseer una instrucción bastante regular, completada por su viaje á España, y su conversación suele ser en extremo interesante. Según el padre Cervera, habla el árabe literario con rara elegancia, y entre sus

compatriotas goza de la fama de gran poeta é improvisador. Durante su estancia en Madrid dió repetidas pruebas de su ingenio, y en las varias veces que hemos hablado con él, nos ha sido posible apreciar su despejada y clara inteligencia. Ameniza sus discursos siguiendo la costumbre oriental con poéticos apólogos, llenos de intención y de gracia. Recuerdo precisamente uno, que nos dijo cierto día en que el Sr. Ojeda se lamentaba del profundo desconocimiento de Europa y de nuestras costumbres que tienen los marroquíes, y aludió á las preguntas que acerca de la extensión de España nos hizo en el campamento del *Kantara* nuestro simpático Kaid Erha.

Respondiendo á tales interrogaciones, Abd-el-Krim se expresó del siguiente modo: Vivía hace muchos años un desgraciado ciego, que como padeciera tan fatal enfermedad desde el momento de su nacimiento, había llegado á la edad madura desconociendo en absoluto las maravillas de la creación. En sus continuas peregrinaciones, pues sosteniéndose con las limosnas que recogía se veía precisado á ir de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, guiado y conducido por algunas personas caritativas y piadosas que se condolían de su miseria, oía hablar y referir los portentos creados por Alláh y las grandezas del Universo; pero por más esfuerzos que hacía, le era imposible explicarse nada de aquello ni comprender lo que fueran la luz, los colores y las formas. Su desesperación por semejante causa era bien grande, y como cada día podía escuchar el relato de nuevas maravillas, su deseo por ver algo de lo mucho que desconocía, se acrecentaba sobremanera. Piadoso creyente, aunque se resignaba con su suerte, confiaba en la misericordia divina, por lo que invocaba al Supremo Hacedor rogándole que se dignase concederle el don de la vista, aunque sólo fuera por un brevísimo instante. Y tantas y tan devotas fueron sus oraciones, que Alláh, cuya misericordia es infinita, se apiadó de él, y como todo lo puede, accedió á su demanda, y abriéndole los ojos, le concedió que viera, pero sólo algunos cortos momentos. Verificóse el milagro, y el antes desgraciado

ciego, que contemplaba por primera vez las grandezas de la creación, quedó asombrado y confuso. Los rayos del sol le deslumbraban; pero como deseaba aprovechar el dón que acababa de serle concedido y del que le era dado disfrutar tan poco, miraba atontado á todas partes y no sabía en dónde fijar la vista. De pronto cierto rumor llegó á su oído, y deseoso de conocer qué lo causaba, dirigió su vista al lugar de donde procedía, pudiendo ver á un ratón que correteaba graciosamente, moviendo su cabecita en todas las direcciones. Era el primer sér viviente que veía, y si gran asombro le habían causado la luz, los colores y las formas, mayor fue su maravilla al contemplar los movimientos. De sus labios brotó un grito de sorpresa, y con todo su corazón bendijo el santo nombre de Alláh que tales portentos creaba. El ratón, asustado, se escondió en un agujero, y como el tiempo fijado por el Todopoderoso había pasado, cerráronse los ojos del desgraciado, que quedó de nuevo y para siempre sumido en las tinieblas. No obstante, hallábase profundamente consolado; había visto, y en su alma quedaron grabadas las maravillas que en los breves instantes que duró el milagro pudo contemplar. Ya sabía cuáles eran las obras del Creador, y cuando oía hablar de ellas, refería á su vez lo que sus ojos muertos vieran. Para él, nada existía en el mundo más grande que un ratón, y por todas partes cantaba las alabanzas de este animal. En vano se intentaba describirle cualquier otro; quién nombraba al camello, quién al elefante, quién ponderaba al león, quién al toro; el ciego, indefectiblemente contestaba: grandes serán esos animales, no lo dudo, pero nunca lo serán tanto como un ratón, que para mí es la mayor maravilla creada por Alláh, cuyo santo nombre sea mil y mil veces glorificado en toda la eternidad.

Tal es el lindo apólogo que nos refirió el alto funcionario del Gobierno Sheriffiano, que puede aplicarse perfectamente al estado actual del Imperio. Los marroquíes son los pobres ciegos del cuento; por misericordia divina han visto única-

mente los territorios del Magreb, y es inútil hablarles de nada más. ¿Qué puede importarles la existencia de Alemania ó Inglaterra, Francia ó España, si todo para ellos resulta lo mismo, y el ratón que conocen es lo más grande y maravilloso que existe en el Universo? ¡A qué quitarles sus ilusiones! Con ellas son felices y se creen habitar en el mejor de los mundos posibles. ¿Acaso el progreso está en relación directa con la felicidad, aspiración suprema del alma humana? Desgraciadamente, los grandes adelantos científicos, así como cuantos descubrimientos de todo género han venido á facilitar la vida, no han logrado resolver el arduo y pavoroso problema. Quizás el árabe que vaga libre por el desierto, confiado en Alláh y sumiso á sus designios, no pidiendo al mundo más que lo que el mundo puede dar, satisfaciendo sus necesidades con poco y no deseando nada, sea mil veces más dichoso que cualquiera de nosotros que llevamos la vida inquieta y agitada, llena de luchas y de afanes, producto de la civilización moderna. ¿Con qué derecho, pues, venimos á turbar la felicidad de que gozan y á hablarles de cosas para ellos desconocidas, que aunque lograsen acrecer su bienestar, no habrían, ciertamente, de aumentar su dicha? ¡Cuántas veces durante el viaje de venida, al pensar en nuestras múltiples necesidades y en las privaciones á que nos veíamos sujetos por causa de ellas, no llegué á sentir verdadera envidia del Kaid Erha, que nos acompañaba, ignorante si se quiere, pero siempre alegre y contento, siempre satisfecho y dichoso, libre de quebraderos de cabeza! Una tienda, un buen caballo y el horizonte inmenso y despejado para vagar á su capricho. He aquí un programa de vida verdaderamente seductor para almas sencillas, ingenuas é inocentes, que parecen no haber probado los frutos del árbol de la ciencia. Pero nosotros los descendientes del robador del fuego, que aspiramos á conocer la verdad absoluta, necesitamos la lucha como elemento de vida, y estamos condenados á desear incesantemente, sin la esperanza de ver nunca satisfecho nuestro deseo. Por lo que me parece que deberíamos ser piadosos con es-

tos nuestros hermanos menores, y conservarles con su ignorancia, su dicha.

Como las entrevistas se celebran por las tardes, suelen ser interrumpidas al comenzar el crepúsculo por el acostumbrado canto del almuedano, que llama á la oración (1). Apenas la plañidera voz resuena en los aires, Abd-el-Krim Ben Soliman, libre de prejuicios humanos y dejando á un lado las cuestiones mundanales, detiene por algunos momentos la conferencia comenzada y sale al vecino patio de los naranjos, donde uno de sus servidores le tiene prevenido un tapete, para entregarse á sus devociones. El pueblo marroquí es en extremo religioso y fiel observante de los preceptos divinos, y los altos funcionarios del Gobierno son los primeros en dar el ejemplo obedeciendo sin escrúpulos los mandatos contenidos en el Alkorán. Diferenciándose de los turcos, los árabes del Magreb practican el rito *Malekita* (2), uno de los cuatro ortodoxos que tiene la religión musulmana, que si bien es igual á los tres restantes en cuanto concierne al dogma, se distingue un tanto en la parte de ritual y en las ceremonias religiosas. Cada una de las oraciones consta de una larga invocación al supremo hacedor y de varios *rikats*, ó sean salutations que se pronuncian al mismo tiempo que se ejecutan varios movimientos con todo el cuerpo, arrodillándose, prosternándose hasta el suelo, inclinando la cabeza, extendiendo ó levantando los brazos, irguiendo el cuerpo, en fin, siguiendo un extraño ceremonial, determinado por el sentido de los versículos que se recitan y en extremo complicado. Se comprende lo difícil que

(1) Es sabido que según las prescripciones del *Alkorán*, los mahometanos están obligados á hacer cinco veces oración durante el día: la primera, al rayar el alba, se llama *Essebah*; la segunda, á las nueve de la mañana, poco más ó menos, *Ed-Duhur*; la tercera, al medio día, *El Aassar*, que es la más importante; la cuarta, á la puesta del sol, ó sea *El Magreb*, y la última ya de noche, denominada *El Asha*.

(2) Los otros tres ritos son el *Khanefi*, seguido por los turcos, y los *Hambeli* y *Sehaffi*, únicamente practicados en la Arabia.

ha de ser para un neófito reproducir con exactitud y sin estar muy acostumbrado, semejantes prácticas. Es de ver el respeto y la devoción con que el Ministro de S. M. Sheriffiana se entrega al rezo, sin que nadie ni nada le distraiga.

El objeto principal de nuestro viaje es conforme á lo declarado en las Cortes por el señor Ministro de Estado; reclamar del Gobierno Sheriffiano la cesión de los territorios vecinos á Ifni, á los que tenemos derecho por el tratado de Wad-Ras; por consiguiente, la cesión inmediata de tales terrenos es el punto más discutido en las conferencias que casi diariamente se vienen celebrando. El derecho de España sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, es indiscutible. Desde tiempo de Carlos III, y en todas las ocasiones que ha sido posible, hemos manifestado claramente al Maghzen nuestros legítimos deseos, así como nuestras aspiraciones de obtener la costa de Tarfaya. Siempre hemos encontrado por parte de los Emperadores de Marruecos y de sus Ministros esa oposición pasiva, sistemática en los orientales, que consiste en acceder á todo en principio, pero á no cumplir nada en definitiva, dando largas á lo que se discute, con objeto sin duda de agotar la paciencia de los europeos, más vehementes y decididos. No obstante, con tenacidad todo se obtiene, y es de esperar que logremos dejar satisfechas las legítimas pretensiones de España.

Vienen á complicar nuestras negociaciones los encontrados intereses de las diversas potencias que aspiran á adquirir posesiones en los ricos é inexplorados territorios del Magreb. Sin embargo, paréceme que Francia, cuyas aspiraciones son tierra adentro y justificadas por la necesidad de establecer el ferrocarril *Trans-Sahariano* que ponga en comunicación la Argelia con el Senegal, no ha de poner obstáculo á la realización de nuestros deseos. No hará lo mismo Inglaterra, cuyos intereses esencialmente costeros, se hallan en contraposición abierta con los nuestros. Según todo hace presumir, las naciones dejarán asegurar á Francia sus fronteras por el Sud de Marruecos y sus comunicaciones con el Senegal. La misma In-

glaterra deshaució al Maghzen cuando éste solicitó su apoyo contra Francia, pero mucho me temo que su actitud no sea tan favorable á España.

La cuestión es, como se ve, en extremo complicada, y mi situación de Secretario de la Embajada me impide hablar con la libertad que desearía hacerlo, pues el asunto me interesa sobremanera y lo creo de vital interés para el porvenir de nuestra amada patria. Abandonar Marrakesh sin haber obtenido la cesión definitiva de Ifni, puesto que aquellos son los territorios designados en lugar de Santa Cruz de Mar Pequeña, y establecido las bases para canjearlos cuando á nuestros designios convenga por terrenos de igual importancia en la costa de Tarfaya si llegásemos á obtener la conformidad de las potencias; para emprender á distancia nuevas negociaciones con el Maghzen sería un verdadero contratiempo, que espero que el cielo en su infinita justicia nos evite.

20 de Junio.

Estamos de enhorabuena: la importante cuestión de Ifni ha quedado resuelta satisfactoriamente, así como las demás reclamaciones formuladas por España (1). La contestación del Sultán al *Memorandum* presentado por el Sr. Ojeda, reviste, lo mismo que se practicó con el Ministro de Italia Sr. Malmusi, la forma de instrucciones dirigidas al Delegado del Emperador en Tánger, Sidi Mahomed Torres, quien desde la muerte del Gran Visir ha sido investido de amplísimos poderes.

En el documento imperial se dictan las disposiciones necesarias para proceder á la inmediata cesión á España de los te-

(1) Estas líneas no estaban destinadas á la publicidad, pero pasado más de un año que terminó nuestro viaje á la capital de Marruecos, y habiéndose hablado mucho en la prensa y en otros lugares de los resultados de nuestra Embajada, no vacilo en agregarlas para completar mi trabajo, puesto que en ellas no se dice nada que no haya sido manifestado públicamente en el Parlamento por el señor Ministro de Estado ó por el Jefe del último Gabinete conservador.

rrenos designados en las cercanías de Ifni, conforme á lo estipulado en el Tratado de Wad-Ras y en las convenciones y arreglos posteriores, y ajustándose á las bases establecidas en un protocolo acordado en Marrakesh á fin de evitar las agresiones de las kabilas vecinas á los nuevos establecimientos. Se previene asimismo que las partes contratantes quedan facultadas para establecer negociaciones relativas al canje de dichos territorios por otros, en análogas circunstancias, situados en la parte de costa comprendida entre el río Dráa y el cabo Bojador. Ofrece también S. M. Abdul-Azis trasladarse, en cuanto le sea posible, á Fez, desde donde se ocupará, después de haberse puesto previamente de acuerdo con el Gobierno español, en la demarcación de la zona neutral de Melilla. Al mismo tiempo manifiesta su agradecimiento por el generoso perdón concedido por S. M. el Rey de España á todos los árabes complicados en los lamentables acontecimientos acaecidos en la citada plaza española hace algunos años, y reconoce explícitamente la conveniencia de afianzar la unión ya existente entre ambos países, declarando estar dispuesto á demostrar su amistad hacia la nación vecina con hechos concretos y positivos. En prueba de ello dirigirá una carta á los Gobernadores de Marrakesh, Fez, Mequinez, Alcazar y demás ciudades importantes, recomendándoles la más solícita y especial protección de los españoles allí residentes, así como dará instrucciones á su Delegado especial en Tánger para tratar de suprimir, de conformidad con lo propuesto por la Embajada, el contrabando que continuamente se hace por Alhucemas, y mantener constantes las comunicaciones con nuestras plazas fuertes del Norte de Africa. Por último, el Emperador se muestra dispuesto á resolver con completa equidad y justicia todas las reclamaciones pendientes.

Para que nada falte, Abd-el-Krim Ben Soliman nos ha dicho, que deseosa S. M. Sheriffiana de complacer á los Monarcas españoles, á pesar de los inconvenientes que desde luego puso á semejante pretensión, accede en principio á la conduc-

ción á Ceuta de las aguas de los copiosos manantiales del Benzu, y que al efecto mandará cuanto antes á los dichos lugares á un agente y á un perito de su confianza para que le informen acerca del modo de satisfacer á España sin perjudicar á sus súbditos. Esto último y la inmediata cesión de Ifni, son considerados por los altos funcionarios del Gobierno marroquí como los mayores triunfos conseguidos por nuestra patria desde 1860. Desde luego, ambas concesiones son de gran importancia. La dotación de aguas constituye para Ceuta una ventaja inestimable, que mucho dudábamos poder obtener, puesto que el Maghzen no desconoce, y así nos lo ha manifestado, que nosotros nos habíamos opuesto terminantemente á conceder igual beneficio á Gibraltar. Respecto á la cesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, ó sea Ifni, puesto que éste es el lugar designado por nuestros gobernantes, baste recordar los múltiples trabajos realizados desde tiempo de Carlos III hasta la fecha, sin haber nunca logrado obtener nada positivo.

Quedó también convenido en la última conferencia, que el Sultán recibiría al enviado de España en audiencia de despedida el día 30 del corriente; de modo que todo nos hace suponer que en los primeros días del próximo Julio abandonaremos Marrakesh. Todo marcha á pedir de boca, y, sin embargo, hablando con sinceridad, debo declarar que no estoy satisfecho. Hubiera deseado conclusiones más decisivas y terminantes, y sin saber por qué no se aparta de mi mente aquel proverbio árabe que dice: «De la copa á los labios hay tiempo bastante para que ocurra una desgracia.»

RAFAEL MITJANA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEUM DE MADRID

LA LITERATURA FRANCESA CONTEMPORÁNEA

EL ROMANTICISMO.—RENACIMIENTO RELIGIOSO.—LOS APOLOGISTAS.—FRAYSSINOUS.—EL LIBRO DEL PAPA.—LAMENNAIS.—LACORDAIRE.—MONTALEMBERT.—OZANAM.—LUIS VEUILLOT.

El cuadro de la época romántica que he procurado trazar quedaría incompleto, á no incluir en él el gran movimiento religioso que empieza á producirse á la caída del Imperio, y que se enlaza estrechamente con el romanticismo si ya no es el propio romanticismo, en su forma genuinamente espiritualista, en una de sus características manifestaciones, y en su origen contradictorio á la obra del siglo XVIII.

Lo que constituye la unidad de un período tan agitado y efervescente como el que se inicia hacia 1814 y decae hacia 1845, es el impulso general de renovación, con justicia calificado de tentativa de *instauratio magna* del espíritu. Todo germina, todo florece, con una especie de fiebre de crecimiento vital, de esas fiebres que no aniquilan, sino que exaltan generosamente las facultades y las potencias, descubriendo horizontes de esperanza y evocando ilimitadas perspectivas. La inteligencia, llena de confianza en sí misma, se embarcaba todas las mañanas en una de las carabelas de Colón. La multitud seguía á la inteligencia con docilidad entusiasta, convencida de que encontraría tierras recónditas, nuevos paraísos, ó por lo menos recobraría el Edén perdido, la verdad enterrada por

la fatal filosofía de la Enciclopedia, y que, cual la hija del Conde de Barcelona, permanecía viva y joven en su sepultura.

No se deduce de lo que voy diciendo, que el período romántico fuese de unanimidad y concordia: sabemos que era de combate y estrépito, *drang und sturm*, de choque fragoroso. Lo que hay es que las controversias y las polémicas de aquel tiempo ostentaron ese sello de sinceridad exaltada que caracteriza á las edades heroicas del pensamiento y del sentimiento, entre las cuales debe contarse sin género de duda, el romanticismo. Si me preguntan en qué se distinguen las edades heroicas intelectuales, diré que es en la incansable esperanza y en el ardiente anhelo de encontrar la verdad, en cualquier orden que sea, y también en el convencimiento de haberla descubierto y llegar muy pronto á restaurarla. Este convencimiento, en el orden religioso, animó á los cristianos refugiados en las Catacumbas y llevó al través del desierto á los cruzados, en la Edad Media; en el artístico y científico, inspiró el Renacimiento á fines del siglo xv, y en Francia, casi en nuestros días, produjo dos vivas rachas de ilusión: la enciclopédica y la romántica. La segunda fue más intensa, pero menos coherente. De tantas aspiraciones y luchas; de tal persuasión de la victoria; de aquel programa ideal que comprendía,} en la esfera política, la conciliación de la libertad con el orden; en la religiosa, la armonía constante de la razón y la fe; en la filosófica, la depuración y fusión de todos los sistemas, y en arte, la suprema fórmula de la vida y la pasión, queda por lo menos en el cielo un rastro de luz más refulgidora en medio de la crepuscular melancolía de lo presente.

Tal vez nos inclinemos á suponer que entonces apareció una raza de hombres superiores á los contemporáneos nuestros, dotados de más ricas facultades, de energías más poderosas. Sin afirmarlo ni negarlo, me parece preferible otra suposición: que la masa se encontraba predispuesta. Los hombres excepcionales necesitan fondo y ambiente, y aquéllos lo te-

nían. La muchedumbre ansiaba oír, aprender, creer; y del terreno removido por la espada, fertilizado por la sangre, como la cuenca del Nilo por las avenidas y riadas, brotaron los genios. Nada revela la virtud generadora de ese ambiente caldeado y electrizado por el entusiasmo, de dos tribunas, la filosófica y la sagrada.

Napoleón había restablecido el culto mediante un Concordato con Pío VII. La Iglesia transigía con los compradores de bienes nacionales; el Estado protegía el ejercicio de la religión católica y su independencia. Aceptó la Iglesia esta situación, pero no pudo menos de recordar que bajo el antiguo régimen poseía la quinta parte del territorio, percibía el diezmo, no toleraba disidencias y sancionaba la familia,—hoy atribución del poder civil.—Quedábale impuesto el deseo y casi la necesidad de la lucha para reconquistar lo perdido. La Restauración borbónica dió, naturalmente, alas á este afán. No sólo Carlos X, cuya pérdida acaso aceleró la célebre Congregación, sino el volteriano Luis XVIII, intentaron reformar el Concordato en sentido ultramontano. Luchando con la sociedad nueva, se pretendía volver á la tradición del derecho divino, restableciendo leyes como la del sacrilegio, castigado con la mano cortada, que ya ni aplicar pudieron. La persecución revolucionaria había hecho al clero popular: la protección restauradora le hizo tan odioso, que en 1830 no se atrevían á vestir en la calle sus hábitos. La Monarquía de Julio evitó que el clero influyese en la política oficial: entonces le vemos recobrar su prestigio y encontramos el hábito religioso en el seno de la representación nacional. Ténganse en cuenta estas fluctuaciones para comprender la batalla que se libró en el terreno intelectual, filosófico y literario.

Al tratar del movimiento religioso hasta el fin del romanticismo, fijan la atención dos episodios principales: las disensiones entre galicanos y ultramontanos, y la explosión avasalladora del catolicismo liberal. Las primeras nacieron de un formidable libro del Conde de Maistre, ariete y cimiento á la

vez, titulado *El Papa*,—con otro que viene á ser su apéndice ó coletilla: *La Iglesia galicana en sus relaciones con el Soberano Pontífice*,—donde pulverizó á Pascal y á los jansenistas, y acorraló á Bossuet, cuya pluma y palabra aquilífera servían de fundamento al episcopado francés en sus alardes de relativa independendencia respecto á la Santa Sede. Otro teórico fogoso iba á proseguir la obra del Conde de Maistre, acabando de arrancar la raíz del galicanismo; pero el espíritu de la Iglesia francesa aún encontró defensor en el respetable Frayssinous. Este sacerdote, que ha sido comparado á Massillon, supo atraer á sus pláticas de San Sulpicio, diferentes del clásico *sermón*, ya desde la época del Imperio, un auditorio de gente seria y de buena intención, ansiosa de aprender á creer, y explicó con moderación y claridad los puntos controvertibles de la doctrina y la tradición histórica. Prohibidas por el despotismo imperial estas pláticas, cuando la Restauración devolvió á la tribuna religiosa su libertad, volvió Frayssinous á su púlpito, después de cinco años de forzoso silencio, y eligió para asunto, no ya los dogmas y la moral cristiana, sino la Revolución, en sus causas, efectos y fines. La persecución sufrida y la importancia del tema, entonces novísimo y candente, valieron al fervoroso catequista de la juventud una ovación muda, la única á que el predicador puede aspirar. Dedicado desde entonces á la cátedra sagrada, Frayssinous reunió sus conferencias en una obra que tituló *Defensa del cristianismo*, y que si no llena las exigencias de la apologética de hoy—como tampoco *El genio del cristianismo* de Chateaubriand—por el influjo que ejerció, merece no ser relegada al olvido. Lamennais, que entonces aún no había comenzado á disentir de Frayssinous, decía de él: «Ha sido suscitado por la Providencia un orador, capaz de confundir á la incredulidad con lógica poderosa.»

Mas estos méritos de Frayssinous, la integridad y dignidad de su carácter, su desinterés, la honradez de su apologética, su previsión de que el problema del porvenir religioso de

Francia estaba en la instrucción pública, y de poco serviría la represión política si se abandonaba el aula, no bastaron para reanimar al galicanismo. Las doctrinas del conde de Maistre sobre la primacía y autoridad suprema de la Santa Sede, cundían y hacían prosélitos hasta entre los Obispos galicanos; á ellas se adherían el catolicismo joven, bautizado con la sangre de los mártires de la Revolución; á ellas se afiliaban Lamartine y Lamennais. El dogma de la infalibilidad cristalizaba en las conciencias. Las convulsiones revolucionarias, dividiendo al clero francés en juramentado é injuramentado, habían roto la unidad del sentimiento nacional y situado el eje espiritual fuera de Francia.

Hemos consagrado breves párrafos en otra lección á José de Maistre; si hoy volvemos á recordar su nombre, es para decir que fue maestro y guía de los primeros pasos de un hombre en quien al pronto vieron sus contemporáneos á otro San Agustín, y que después, fulminado como el ángel caído, fue escándalo y aflicción de sus antiguos admiradores: ya se adivina que hablo de Lamennais.

Nació este apóstata, que en los primeros siglos de la Iglesia hubiese sido formidable heresiarca, en San Malo, en una casa de la misma calle donde años antes Chateaubriand había venido al mundo. El alma sombría del celta, su imaginación nebulosa, se revelaron en Lamennais desde la niñez. Huérfano de madre y muy enfermizo, fue uno de esos chiquillos de ojos verdes y cara pensativa, que los provincianos del Noroeste solemos encontrar en las playas de nuestra tierra, notando que, en vez de jugar se están parados y miran fijamente el ir y venir de las olas. Espíritus inquietos y amargos como el Océano, pero espíritus poéticos y soñadores.

Aunque penetrado de impulsos místicos, desde la adolescencia fluctuó Lamennais entre la incredulidad y la fe; su vocación eclesiástica, precedida por una infeliz pasión amorosa, fue tardía y como violenta; anduvo rehacio para ordenarse, cual si presintiese que por aquel camino no llegaría á encon-

trar la paz. Bretón legítimo, afiliado á la escuela católico-monárquica de Chateaubriand y el conde de Maistre, la duda le atormentaba desde la adolescencia; y no pudo comenzar hasta los veintidós años cumplidos.

Eran no obstante preocupación continua suya las cuestiones religiosas, y antes de los treinta, colaboraba con su hermano Juan en dos libros de apologética y de historia religiosa. Este hermano era ya sacerdote: Felicidad Roberto Lamennais no lo fué hasta 1815. Ni aun al decir su primer misa se sentía convencido: por extraña vacilación, se le vió ponerse lívido y casi desmayarse al consagrar.

De Maistre y su escuela atrajeron á Lamennais, y en el periódico *El Conservador* inició una campaña en pro de la enseñanza religiosa, señalando al catolicismo el escollo de las instrucciones laica y oficial. También rebatió las teorías de Odilon Barrot, el cual sostenía que puede haber tantas creencias como ciudadanos, y que la ley es necesariamente atea. Revelóse ya desde entonces Lamennais polemista, vigoroso y hasta descompasado y acre, siendo la naturaleza de su talento semejante á la áspera costa bretona, erizada de escollos y arrecifes, azotada por espumas que encrespa el huracán. Sin embargo, era Lamennais casi desconocido todavía, cuando en 1818 dió á luz, bajo el velo del anónimo, el primer tomo de una obra titulada *Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas*. Fue la publicación un suceso magno: la vibración primera del renacimiento religioso persistía aún; la campana tañía, el órgano gemía en los corazones, y las generaciones jóvenes solicitaban argumentos y bases para la fe. Tenía el *Ensayo* un estilo suasorio, ardoroso y altivo, una dialéctica apretada, el paso seguro y resuelto de quien camina por el firmísimo terreno de la verdad; y lejos de transigir con el error y guardarle miramientos, tratábale como á ciego y á niño incorregible, y le fustigaba con desdeñosa ironía. Hasta entonces, dice acertadamente un expositor de Lamennais, el catolicismo se había defendido; con el *Ensayo* tomaba la ofensiva. Ventaja tan con-

siderable, que el insigne catequista Frayssinous, preguntado qué pensaba del autor del *Ensayo*, respondió con cristiana modestia: *Illum oportet crescere, me autem minui*. «El tiene que crecer, yo que menguar.»

Dícese que, no obstante la victoria de aquel primer volumen del *Ensayo*, la gente previsora no acertó á evitar cierto indefinible recelo, nacido, no sólo del carácter apasionado que delataba en su autor, sino de algunas proposiciones peligrosas asomando entre la crítica más ortodoxa. Alarmaba también el núcleo de discípulos indiscretamente celosos que se formaba en torno de Lamennais, esperando de él nada menos que una revolución teológica, é infiltrando á la vez en el alma del maestro aquella tentación de orgullo que San Agustín ha declarado tan fuerte é insinuante, y que lleva á preferir la alabanza del hombre al favor de Dios.

Se habían agotado cuatro ediciones del primer tomo del *Ensayo*, y corrido tres años desde su publicación, cuando apareció el segundo, preparado por el autor con intensa y concentrada energía, para que fuese, si era posible, más allá que el primero. Demostróse en él, no obstante, el aforismo cervantesco de que nunca segundas partes fueron buenas. Contenia el libro, en su extenso prefacio, un admirable análisis pulverizador de la Reforma, que no echó en olvido nuestro Jaime Balmes cuando escribió *El Protestantismo comparado con el catolicismo*; en cuanto al principal cuerpo de doctrina de la obra, era la aplicación del principio de autoridad á la adquisición de la certidumbre. Esa autoridad, según Lamennais residía en Roma, en la persona del Sumo Pontífice. La proposición adolece de excesiva. Hay otros motivos de certeza, y los echaba al suelo Lamennais, abriendo así la puerta al escepticismo, el enemigo que pretendía combatir. El peligro era patente; el mismo conde de Maistre se asustó de aquel terrible hermano gemelo que le nacía, y hubo de darle, con prudentes reticencias, la voz de alarma, escribiéndole estas palabras verdaderamente humildes: «¿Qué es la verdad? Ya sabe que

Jesucristo, el único que podía responder á tal pregunta, no respondió.»

Desde la publicación de este segundo tomo, acogido con tanta reserva por los pensadores y los teólogos cautos, Lamennais sentó el pie en el resbaladizo declive por donde muy pronto había de precipitarse. Caída de la cual no hay ejemplo de que haya salido moralmente vivo un sacerdote católico. De todos los destinos tristes, el más triste es acaso el del hombre que sin poder arrancar de sus ungidas manos la indeleble consagración, llevando, como la señal de fuego de Caín, la marca del sacramento, rueda desde una altura ideal hasta el fondo de las pasiones humanas. Si posee el don del genio — y Lamennais lo poseía — lleva ese genio como un suplicio más, como un peso abrumador que redobla la velocidad de la caída. Recuerdo que en la novela de Víctor Hugo, titulada *Noventa y tres*, hay cierto personaje, el presbítero Cilmourdain, que ahorca los hábitos, se hace jacobino furibundo y viene á la Vendée á perseguir en nombre de la Convención á los realistas. Lleva el tal el pelo largo, la faja tricolor, un par de pistolas al cinto, y ninguna apariencia que delate su verdadero estado. Dirige no se qué pregunta á una mujer sentada á la puerta de una cabaña, y la mujer le responde: «Sí, padre.» Al oirse llamar padre, rechina los dientes como un precito, viendo que á pesar de la faja y las pistolas, la sencilla aldeana ha reconocido en él á un sacerdote, y sacerdote, malo ó bueno, habrá de ser mientras viva.

Este mismo castigo sufrió Lamennais, á quien perdieron, no las tentaciones de los sentidos, sino otra tentación más insidiosa: la soberbia. «Tenía Lamennais—escribe uno de sus biógrafos—esa terrible confianza en sí mismo y ese olímpico desdén de la autoridad jerárquica, escollo donde tropiezan los más grandes.» En su primer viaje á Roma el Papa le acogió con afecto. A su vuelta, rodeado de entusiastas discípulos, fundó el Seminario de Vannes, donde fué profesor Rohrbacher, el historiador de la Iglesia. La situación de Lamennais

él la creía mucho más alta. Atrevióse, en efecto, dos años después de publicado el *Ensayo*, á amonestar públicamente á Frayssinous, que ya ostentaba el anillo pastoral; y cuando el Arzobispo de París reprendió su demasía, Lamennais, en vez de someterse, replicó con desabrimiento. Sin embargo, aspiraba, y aspiró bastante tiempo, á no perder el calor de la Iglesia. Llevando la lógica á sus últimas consecuencias, apretó los tornillos al Gobierno para que eligiese entre los principios de la Revolución ó los de Roma, en el libro *De la religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil*; por este libro, el Gobierno le encausó, el Episcopado francés se puso de parte del Gobierno, y Lamennais, impaciente y rabioso, hizose de golpe republicano—republicano católico todavía.— La prenda que dió al republicanismo fue otro libro con el epígrafe *Del progreso de la revolución y de la guerra contra la Iglesia*; obra destinada á encarecer la libertad, la independencia del clero agrupado al pie del solio pontificio.

La revolución vino en 1830, y al punto Lamennais, lleno de ilusiones, fundó el periódico *El Porvenir*, cuyo lema era «Dios y libertad», *Papa y pueblo*, y cuyo programa puede llamarse un ultramontanismo democrático. A su alrededor, como colaboradores, se agrupaban nada menos que Lacordaire, que todavía no era el orador de Nuestra Señora, y Montalembert, que hasta seis años después no había de escribir la *Santa Isabel de Hungría*; algún prelado, y muchos notables publicistas católicos. Alarmó al episcopado francés la campaña del *Porvenir*; el rum-rum llegó hasta la Santa Sede, y Lamennais, á fin de vindicarse, se dirigió á Roma, en compañía de Montalembert y Lacordaire; mas no obtuvo audiencia del Papa, y presto apareció una Encíclica condenando las doctrinas del *Porvenir*. Aparentó Lamennais someterse; hubo una especie de reconciliación, y se retiró al campo, pero fue para meditar en la soledad y en el despecho, el opúsculo titulado *Palabras de un creyente*, del cual dijo el Papa, en otra Encíclica, que era chico por el tamaño, cuanto grande por la perversidad.

Es justo decir que de la influencia de las doctrinas de Lamennais en sus artículos del *Porvenir*, decidió la formación de esa Constitución belga que, al consagrar la libertad, hizo posible el desarrollo del catolicismo más ilustrado y eficaz socialmente que conocemos: es necesario reconocer que, al apreciarse los resultados del sistema que Lamennais preconizaba, una corriente de rehabilitación se ha iniciado en favor suyo, entre el clero francés. Una cosa es esto y otra que se nieguen sus extravíos. Volviendo á las *Palabras de un creyente*, acabo de releer este librito, llamado también *La Apocalipsis del demonio*, y lo confieso: á la distancia que ya nos separa de la época en que vió la luz y consiguió tan prodigioso número de ediciones, y fue traducido á todos los idiomas del mundo, me parece una de esas máquinas de guerra que se conservan á título de curiosidad y como objetos de arte en los Museos. Las *Palabras de un creyente*, por su vivo colorido, son puramente románticas. Lo que sin duda prestó fuerza á ese opúsculo, amén de las circunstancias, fue la extrañeza del estilo, cortado en versículos y artificiosamente calcado en el del Antiguo y Nuevo Testamento, remedado los vuelos de águila del de San Juan en Patmos. He aquí una muestra de las *Palabras de un creyente*, que descubre el *pasticcio*, la mezcla de la afectada sencillez antigua y del fondo democrático y tribunicio á la moderna: «No tenéis más que un padre, que es Dios, y un maestro, que es Cristo.—Si alguien os dijere que los poderosos de la tierra son vuestros amos, no le creais.—Si fueren justos, serán vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.—Iguales nacemos todos: nadie, al venir al mundo, trae consigo derecho á mandar.—He visto en la cuna á un niño que llora y se baba, y en torno suyo ancianos que le llaman *Señor* y se postran adorándole; y he comprendido toda la miseria del hombre.—Nuestros pecados han hecho á los príncipes; príncipes tenemos, porque los hombres no se aman los unos á los otros, y buscan quien los mande.—Si pues alguien viniere á vosotros y os dijere: *Sois*

mios, respondió: No, somos de Dios, que es nuestro padre, y de Cristo, nuestro único maestro.»

El anatema de la Iglesia cayó por fin sobre la cabeza del autor, que ya había olvidado hasta las fórmulas de la sumisión aparente y contestó á la Bula condenatoria con un libelo. En esto vino á parar el acérrimo teócrata, el que poco antes quería someter al Papa, no sólo las conciencias, sino la soberanía y acción temporal de todos los monarcas del mundo, y resucitar aquella concepción de la Edad Media en que la potestad secular era la luna y el Papa el sol, ante el cual palidecía. Desde este previsto desenlace, Lamennais, convertido en tribuno, se lanza á la política activa; pero, como el Cimourdain de la novela de Hugo, no acierta á prescindir del carácter que imprime el sacerdocio, y le vemos siempre inquieto por las cuestiones religiosas, siempre deseoso de ejercer acción espiritual, y sintiendo formarse en torno suyo al hielo de la soledad, ese aislamiento que sufren los que abandonaron el hogar de su alma. Algunos siglos antes, lo repito, Lamennais pudo ser un gran heresiarca, un Arrio, un Prisciliano, un Lutero; en nuestro siglo no fue sino un descentrado, una hoja arrancada del árbol que se lleva el viento. El autor del *Ensayo sobre la indiferencia* no supo jamás ser indiferente ni resignarse á la separación, y afirmaba con una ingenuidad que en él no podía nacer de ignorancia, que, á pesar del entredicho y de los folletos contra el Papa, seguía siendo tan ortodoxo como en aquellos primeros y claros días de su vida de escritor, cuando parecía despuntar en él un Padre de la Iglesia, un apolo-gista sublime. Y mientras tanto, Montalembert, Lacordaire, Gerbet, habían huído de él, volviendo el rostro tribunicio en la Asamblea constituyente; morían los periódicos que fundaba, y hasta se le iba de entre las manos su única prosélita, Jorge Sand, que en sus *Memorias* describe el estado moral de Lamennais y le retrata enfermo, desconfiado, ulcerado y acercándose ya á la última etapa de una vida que acaba por un entierro láico en la fosa común, sin que un solo discípulo

llore sobre los despojos del que, si alguna ambición alimentó, fue la del apostolado. Así cayó, muerto, en las filas del pueblo, un hombre en quien respiraba la compasión por el sufrimiento del pueblo, y que, en este respecto, era un precursor.

Vivo contraste con esta figura torturada forma la muy serena de Lacordaire. No los comparo en cuanto escritores: Lacordaire es, sobre todo, orador, y en los dominios de la elocuencia sagrada, tan fértiles en la patria de Bossuet, de Massillon y de Bourdaloue, raya tan alto como Lamennais en la prosa. El terreno estaba preparado para que brotase un orador religioso extraordinario: cuando Lacordaire hizo resonar su voz en las naves de Nuestra Señora, le habían abierto camino, desde veinte años antes, las conferencias de Frayssinous en San Sulpicio y la obra apostólica y santa de las Misiones interiores, llevadas á cabo por el Padre Rauzán. Empresa modesta y casi olvidada, tuvo, sin embargo, la de las Misiones interiores momentos de sublimidad, y de sublimidad artística, porque si la elocuencia se propone causar en el ánimo movimientos bellos, y si esta belleza puede pertenecer al orden del sentimiento, no cabe desconocer que fue de divina hermosura el arranque oratorio del Padre Rauzán, cuando al terminar la misión de Nantes, al erigir la cruz sobre el mismo lugar donde había sido fusilado Charette, imploró de aquel pueblo tenaz y pródigo de su sangre en las luchas civiles el olvido de los odios y de los rencores, y el pueblo contestó unánime con un grito del corazón, eco de una emoción verdaderamente evangélica, uno de esos estremecimientos en que parece que azotan el aire las encendidas alas de un serafín.

Mas el predicador que transformó la elocuencia del púlpito, y rompiendo sus tradiciones clásicas y solemnes, la impregnó del espíritu del romanticismo, fue Enrique Lacordaire, que por la audacia, novedad y elevación de los conceptos; por el resplandor de la palabra, semejante á una espada desnuda; por el don de la imaginación y la poesía, y por la adaptación de la retórica sagrada á las exigencias y aspiraciones

de la época presente, fue el jefe nunca igualado de una escuela en que habían de afiliarse los Ravignan, los Félix y los Dupanloup. Aunque unidos un momento por el correr de las ideas, Lamennais y Lacordaire son temperamentos contrarios. Lacordaire, nacido en una familia en que predominaban las aficiones científicas, hijo de un médico, hermano de un profesor de Historia Natural, procedente de esa sangre borgoñona que también corrió por las venas de Lamartine y que da equilibrio al temperamento, no tuvo la niñez soñadora y contemplativa de Lamennais: fue un buen estudiante, un aplicado alumno, y al presentarse en el mundo parecía un abogadito formal y de porvenir. A los veinticinco años sufrió su correspondiente crisis de melancolía, su ataque de la enfermedad de René: pero en él, ese doloroso mal tenía que ser pasajero; su espíritu necesitaba calma y esa especie de alegría que producen la realidad y la acción. Lacordaire era entonces deista y volteriano; de pronto, por medios que el hombre desconoce, verificóse en él una gran transformación: lleno de un regocijo tierno y humilde, como el niño que, perdido en las tinieblas, siente una mano vigorosa coger la suya y una voz afectuosa decirle palabras de cariño, dejó el mundo, entró en el Seminario de San Sulpicio y se ordenó sacerdote.

Una circunstancia distingue á Lacordaire de los grandes pensadores religiosos del primer período romántico de quienes he hablado anteriormente. El vizconde de Chateaubriand, el conde de Maistre y el vizconde de Bonald enlazaban estrechamente el catolicismo con el antiguo régimen y la monarquía; Lacordaire, desde el primer momento, y en esto coinciden él y Lamennais, aparece prendado de la causa de la libertad y hasta inclinado á la democracia. Por eso, cuando Lamennais, después de la revolución de 1830, funda su periódico con el significativo título de *El Porvenir*, Lacordaire corre á afiliarse bajo su bandera, reconociendo por maestro al demócrata cristiano. La idea de los Lacordaire y lo's Montalembert (hoy dominante en el nuevo espíritu religioso) era que no con-

venía á los altísimos intereses de la religión ser confundidos con los de la monarquía y la aristocracia, ni con los de ningún partido político, así fuese el más poderoso; que la importancia social y moral del catolicismo es eterna, y transitoria la de los partidos; que la Iglesia está mejor libre que á sueldo del Estado, y que se podía en Francia y en todas partes ser católico fervoroso sin sombra de legitimismo. No puede negarse que la marcha actual de la Iglesia, la obra santamente pacificadora de León XIII, complacería absolutamente á Lacordaire. Este, por otra parte, atendió á conservar encendida la lámpara, guiándose dócilmente por Roma; y cuando fueron reprobadas, no precisamente las tendencias, sino las exageraciones y osadías del órgano de Lamennais, la sumisión, en éste ficticia, fue en Lacordaire sincerísima y perseverante.

Poco después inició Lacordaire sus *Conferencias* bajo las bóvedas de Nuestra Señora, la primer cátedra de París, por consiguiente la primer cátedra entonces del mundo civilizado. Era su vocación, era su camino, desahogar la plenitud romántica en aquel templo romántico por excelencia, en las amplias naves, que añadían vibraciones á su voz melodiosa de orador. Lacordaire era innovador, y no lo negaba, persuadido de que la oratoria sacra debe cambiar de matices, como cambia de colores la serpiente de la mentira y del mal bajo el sol de cada siglo. Era también atrevido, y lo comprendía; volaba sin querer, arrebatado por el estro; sentíase llevado á las cimas, pero nunca sufría el vértigo; su simpática humildad de verdadero cristiano, le enseñaba á no perderse en el desierto abrasado donde agonizaba de sed Lamennais. El carácter de éste, debe añadirse que siempre había sido desagradable y repulsivo á Lacordaire. Las cualidades maestras de Lacordaire eran la sensibilidad, la franqueza, la humanidad, la naturalidad, y sobre todo, el arte de hablar de lo que interesa al auditorio, de ser el hombre moderno que se dirige á la gente de su siglo; y aun tratando de verdades eternas, sabe descubrir el aspecto actual y relativo de esas mismas verdades.

Ya en la cumbre de la oratoria; vencedor y dominador de un público que tal vez había entrado allí «con el corazón blindado, con ínfulas de juez», y que salía conmovido; apoyado en su fe y guiado por la fija luz de Roma, Lacordaire aspiraba á más: quería ser un foco psíquico, y ver crecer y propagarse una familia espiritual, afán y deseo de todos los varones apostólicos. Para conseguirlo acometió una obra magna, una poesía romántica en acción. Pronunció los votos, vistió el hábito de los Hermanos Predicadores, y restableció en Francia la ínclita Orden española de Santo Domingo de Guzmán. Esta gloriosa creación del siglo XIII, inspirada por la fuerza de la palabra del Verbo que remueve el mundo, se ofrecía al orador sagrado del romanticismo con toda su gallardía de aguja ojival; la Orden era, á su modo, otro templo de Nuestra Señora; la imaginaria del pórtico representaba filósofos, ascetas, sabios, iluminados, y mártires, cantados en los tercetos del Paraíso de Dante Alighieri. El centro soñado por Lacordaire fue esa Orden extinguida, que al soplo de su ardiente boca iba á resurgir.

Y resurgió en efecto, y nunca apareció Lacordaire revestido de mayor aureola ante su auditorio entusiasta, que cuando en 1841, contra la opinión de gente muy conspicua, del mismo rey, vistió el hábito y se destacó sobre el púlpito de la Catedral de París, con el blanco sayal, tonsurada la cabeza con el monástico cerquillo, fraile,—fraile como San Antonio de Pádua, como San Buenaventura, como Santo Tomás, como esos insignes atletas de las Órdenes mendicantes, que en la Edad Media italiana supieron juntar en íntimo lazo los mismos sentimientos que Lacordaire profesaba: el amor ardiente de la patria y de la libertad, y la incondicional adhesión á la Santa Sede. Tal fue el coronamiento de la vida religiosa de Lacordaire, y á él responde su libro *Historia de Santo Domingo de Guzmán*, por cierto muy inferior á la *Santa Isabel de Hungría* de Montalembert.

Recordemos una amistad de Lacordaire, que nos hará observar un caso extraño: la existencia de un *salón religioso*: el

de Madama Swetchine. Realizó esta virtuosa dama, consorte de un General ruso y amiga de la nata y flor de los emigrados franceses y especialmente del conde de Maistre, el tipo singular de la santa mundana. Con un pie en la más sincera piedad, y otro en el trato social más delicado y cortés, y sin embargo, ni beata ni frívola, Madama Swetchine es digna de mención en la historia literaria y en la del movimiento religioso, más aún que por sus cartas filosóficas, por la creación original de su salón, único en su género, un salón cristiano, sin intolerancia ni alardes de inoportuna mojigatería, pero donde las opiniones y las creencias se armonizaban y los adalides del catolicismo se reunían, se conocían, se entendían, se contaban, y calculaban su fuerza. Con los nombres de los tertulianos de Madama Swetchine podría escribirse la historia religiosa de Francia desde 1815 hasta 1857,—dice uno de sus biógrafos. El único reparo que al tal salón he visto poner, es que el catolicismo sólo estaba representado allí por nombres aristocráticos, y que si se pudo llamar á Madama Swetchine una madre de la Iglesia, fue madre de la Iglesia del arrabal de San Germán. Esta censura revela que, por muy religioso que le consideremos, un salón es siempre un salón, es decir, una selección social. Sin embargo, para Lacordaire, que no era ningún descendiente de los Cruzados, se abrieron de par en par las puertas del salón de Madama Swetchine, y entre el gran orador y la santa mundana se formó una de esas amistades limpias y serenas, de alma á alma, del género de la de Madama Guyón y el autor del Telemaco, y de las cuales conserva ejemplos la historia. El papel de Madama Swetchine en la existencia de Lacordaire fue el de consejera evangélica; cuando las censuras de la Iglesia recayeron sobre las doctrinas del periódico *El Porvenir*, en que militaba Lacordaire bajo las enseñanzas de Lamennais, la mansedumbre, la docilidad femenil de la leal amiga, guiaron al amigo, á la sumisión sin restricciones. Cuando, ya vestido el hábito de dominico, Lacordaire pasea en triunfo su elocuencia por las provincias de Francia, donde la muchedumbre

se reúne bajo sus ventanas á vitorearle, á Madama Swetchine escribe estas satisfacciones que la flaqueza humana saborea, aunque la humildad se tape los oídos.

La paz y perseverancia de Lacordaire es el reverso de las agitaciones y variaciones continuas de Lamennais. Estos hombres á quienes la inspiración religiosa, la más alta de todas las inspiraciones, la más relacionada con el sentimiento, coloca en alto lugar, alumbrando al mundo, cuando caen, no caen solos; se llevan consigo la fe de otros á quienes sostenían. Hay una frase de Lacordaire que demuestra cómo comprendía esta verdad. «Aun cuando no hubiese—dice—sino un alma pendiente de la mía, sería en mí un deber no contristarla. Mas si somos el lazo de unión de muchas almas, el punto á donde miran para cobrar ánimos y consolarse, no hay sacrificio que arredre.»

Otra figura noble, seria y consecuente del joven catolicismo liberal fue el conde de Montalembert, nacido en Inglaterra, orador parlamentario celebradísimo en la Cámara de los Pares, historiador y hagiógrafo, autor de la importante obra *Los Monjes de Occidente* y de la preciosa leyenda dorada *Santa Isabel de Hungría*. Estos libros, traducidos y estimados en España, hemos de considerarlos como dos productos naturales del romanticismo, dos síntomas de su influencia ya decisiva en el orden religioso y en el histórico. La restauración del arte gótico, del sentimiento de la nacionalidad y de la poesía de la Edad Media, inspiraron lo mismo las páginas severas de *Los Monjes de Occidente* que la vidriera de colores, donde se desarrolla la mística historia de la landgravesa de Turingia.

Hay un género de belleza sentimental en el catolicismo que no se había percibido hasta la época romántica, aun cuando floreciese desde muchos siglos antes. Los que crearon el arte de la Edad Media, trovadores, arquitectos, escritores, escultores, vidrieros, magineros, forjadores de hierro y tallistas; los que elevaron esos monumentos que hoy nos parecen una Divina Comedia que escribe en piedra su profundo sim-

bolismo, ¿sentirían como nosotros; comprenderían así, por un estilo tan hondo y delicado, la expresión de lo que ejecutaban? Es un misterio que no aclararemos jamás. Lo cierto es que en la Edad moderna, desde el período romántico, esa forma del arte se ha revelado á nuestro espíritu, y ha suscitado en él ideales antes desconocidos y nuevas tendencias artísticas. No solamente produjo esas nuevas tendencias, sino que se hincó tan adentro en algunas almas, que, por decirlo así, las formó á su imagen y semejanza, imbuyéndolas de la melancolía hermosa que nace de la religiosidad estética, y es como la nostalgia de un cielo soñado. Almas tales son almas de poeta, aunque hayan escrito en prosa; y entre ellas contamos á Federico Ozanam.

El apologista cristiano que acabo de nombrar pertenecía á una familia de origen israelita; es decir, que era de raza religiosa. Si Lacordaire fue un convertido, Ozanam mamó con la leche los sentimientos de piedad y devoción. Nacido en Milán en la época del destierro de su padre, se educó en Lyon, y aprovechó las enseñanzas de un sacerdote ilustre, que desarrolló los gérmenes ya vivos de la fe: no la fe del carbonero ni la del fanático, sino la más culta y enriquecida de sabiduría, en las doctrinas del catolicismo elevado, generoso y filosófico que entonces practicaba una escogida pléyade. Para ser un católico como Ozanam necesitanse dones naturales de inteligencia y carácter, y virtudes congénitas, que, sin esfuerzo, conduzcan la voluntad hacia el bien, y la alumbren con la belleza ideal y la acendren en actos y sentimientos. Otros católicos, deseosos de llegar á este estado que envidiaría Platón, tienen que luchar contra el hervidero de sus inclinaciones y pasiones, medirse cuerpo á cuerpo diariamente con el tentador, y salir de la pelea ensangrentados y sin aliento. Entre estos luchadores pueden contarse hasta santos: verbigracia, San Jerónimo. No así Federico Ozanam, que estaba orgánicamente predispuesto á la santidad. Si no tenemos atribuciones para llamarlo santo, creo que podemos ver en él á un justo,

un obrero infatigable de la viña, y además, como antes he dicho, una de esas naturalezas poéticas, copas de puro cristal en quienes todo choque produce una vibración musical prolongada y misteriosa.

Cuando el joven Ozanam pudo levantar el vuelo desde Lyon á París, deseo de todo mozo ansioso de cultura, su primer homenaje fué para Chateaubriand; y razón tenía, pues el cantor de *Los Mártires* era el revelador de la hermosura del cristianismo, de su inagotable contenido estético; Ozanam le saludó conmovido y conservó perenne recuerdo de la entrevista; pero el gran amigo que encontró en París fue el sabio físico Andrés María Ampère, cuyo hijo, el incansable viajero y fecundo escritor, había de compartir el culto dantesco de Ozanam. Ampère padre recibió á Ozanam con los brazos abiertos, le admitió en su laboratorio, no se desdeñó de asociarle á sus experiencias, y entabló con él una de esas comunicaciones efusivas que son puertas y válvulas de desahogo para las inteligencias pletóricas de ideal. Cierta día que conversaban acerca de las maravillas de la Naturaleza, el sabio, acostumbrado á escrutarla y estudiarla, se cogió de improviso la cabeza entre las manos, y como arrebatado de lirismo, exclamó: «¡Qué grande es Dios, Ozanam! ¡Qué grande es Dios!» En este arranque puede resumirse el sentido de la vasta obra de Ampère y también de la de Ozanam. Aunque de género muy distinto, las dos proclaman la magnificencia divina.

Para resumir la biografía de Ozanam, pues no podemos dejarnos llevar del gusto de detallar su hermosa y breve vida, recordemos que, á pesar de su siempre quebrantada salud, adquirió tan vastos conocimientos, que á los veintiséis años su brillante tesis ante la Facultad de letras le valió una ovación, no tardando en ocupar en la Sorbona el puesto de suplente del famoso y eruditísimo catedrático Fauviel, y en reemplazarle cuando murió. Las lecciones de Ozanam congregaron á una juventud entusiasta, saturada de cristianismo y de romanticismo; entre esta misma juventud había reclutado Ozanam,

años antes, siendo todavía un menesteroso estudiantillo, los ocho socios con quienes instituyó la Sociedad benéfica de San Vicente de Paul, hoy extendida por todo el mundo cristiano, y en España arraigada profundamente. El día en que Ozanam tuvo esta idea, no era ilusión de su espíritu aquella creencia romántica que tenazmente profesó, de que su madre, muerta hacía tiempo, no cesaba de encontrarse á su lado. El estudiante, desde su bohardilla, hizo una obra de caridad espléndida.

Evitemos la tentación de considerar sólo los actos de Ozanam, y tratemos de sus libros, que actos son también, actos de fe y de esperanza. «Ningún hombre de corazón»—escribe el mismo Ozanam—«aceptará el duro cargo de escribir sin que una convicción le domine.» El escribía, quién lo duda, bajo el impulso de una convicción calurosa que le penetraba alejando la duda, la indiferencia y el escepticismo. No por eso se crea que lo más loable en Ozanam son las intenciones, triste elogio en verdad para el escritor. Si bien Ozanam no consiguió en vida ruidosa celebridad, y aunque en su manera pueda señalar la crítica defectos y exceso de lirismo, sus dotes de artista son grandes, y las dos ó tres ideas nuevas (dos ó tres ideas nuevas es mucho) desarrolladas en sus obras, ejercieron una influencia que aún persiste. El fin de Ozanam, desde los quince años, fue aquel mismo pensamiento ambicioso que quiso realizar Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*: el anhelo de todas las épocas en que se agita y rebosa el pensamiento, anhelo que en la Edad Media produce la Suma teológica, y en el siglo XVIII la Enciclopedia.

Ozanam quería escribir nada menos que una *Demonstración de la verdad de la religión católica por la antigüedad de las creencias históricas, religiosas y morales*. La edad viril no borró, pero modificó bastante estos planes de la adolescencia, y limitó la ambición apologética al terreno de la historia; mas Ozanam había observado, como hicimos notar, ya que el renacimiento religioso en Francia no producía historiadores, y la historia era ó racionalista ó francamente

impía; y cumpliendo, como él decía, la palabra empeñada á Dios, contraminando la mina de Gibbón y de su escuela, trazó el programa de una historia de la civilización en los tiempos bárbaros. No quiso Dios que el gigantesco propósito se realizase, y llamó á sí á su siervo Ozanam bien pronto, apenas cumplidos los cuarenta años, que es la edad del vigor y plenitud de conciencia para escribir obras sólidas y duraderas. Murió Ozanam con resignación ejemplarísima, y dejando escritas de su puño y letra estas palabras: «Ya que me llamas, Señor, aquí me tienes.» De su proyecto quedaron, como fragmento y muestra, dos volúmenes publicados bajo el título de *La civilización en el quinto siglo de la Era cristiana*. Estos debían formar la introducción de la magna obra, de la cual también son episodios los *Estudios germánicos*, y otros libros aun más influyentes: *Dante y la filosofía católica en el siglo XIII*, *Estudios sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia*, y *Los Poetas franciscanos*. Sainte Beuve, que tenía sobrada malicia y trastienda para experimentar por Ozanam gran simpatía, reconoce en un párrafo esta virtud de sus libros. «Todos—dice con su tinte de malignidad—nos resentimos de la nueva y ruda educación; todos nos agarramos por algún lado á la filosofía escolástica y á lo gótico; la Edad Media se nos impone y nos domina; todos, en fin, á dosis más ó menos altas, hemos tragado á Ozanam...»

Este elogio ambiguo es, sin embargo, elogio.

¡Dichoso el que consigue descubrir una región y plantar en ella su estandarte! En el terreno de la erudición hay también inventores, y Ozanam es uno de ellos. Al encarecer el valor del trabajo de primera mano, no cuidamos de establecer una importante distinción. Si el erudito trabaja de primera mano sobre materias de última, no hay por qué estimar mucho sus hallazgos, que, á lo sumo, satisfarán la curiosidad, pero no modificarán sensiblemente ni la mentalidad ni aun el conocimiento de su generación. El mérito de trabajadores como Ozanam es que supieron escoger, y cavaron, no para ex-

humar viles guijarros y tejuelos, sino para sacar á luz oro y perlas. Uno de los tesoros que encontró Ozanam fue el rico y bello de los poetas franciscanos, esos trovadores místicos del siglo XIII, que así lanzaban enérgicas invectivas á los tiranos y prevaricadores, como dirigían el enamorado serventesio á la dama Pobreza: arpas que exhalaban el quejido del éxtasis, cantores de un renacimiento religioso y artístico, franciscanos por el fuego del amor, pléyade que precedió á Dante como las estrellas al sol, y derramó por Italia un aura de inspiración, de libertad y de santidad. Sólo por haber interpretado y rehabilitado á los trovadores de la orden seráfica, y por haber visto en su fundador, ante todo, el poeta y el gran artista instintivo, habría que contar á Ozanam en el número de los felices inventores.

He dicho que los dos episodios capitales del movimiento religioso en Francia durante el romanticismo fueron la lucha de ultramontanos y galicanos y el catolicismo liberal. En ambos encontramos la huella de un hombre de genio, gran prosista, de los mayores que Francia ha poseído en este siglo, católico vehemente, atleta incansable; Luis Veuillot. Aunque proceda del impulso romántico, pertenece ya á la transición, al segundo Imperio. Bajo el pontificado de Pío IX, la voz más apasionada que oímos es la de Luis Veuillot, y en su corazón podríamos contar los latidos del sentimiento católico. La Iglesia, aunque reprimiese, ya severa, ya benignamente, el celo excesivo de los discípulos del conde de Maistre y desaprobaba la concepción radicalmente teocrática de Lamennais, procuraba la unidad absoluta, la sumisión filial é incondicional del Episcopado, preparando la declaración dogmática de la infalibilidad: al mismo tiempo, sin dejar de complacerse en la obra de los Lacordaire y los Montalembert, que fue después la de los Dupanloup, no podía menos de oponer restricciones á las tendencias del catolicismo liberal. Antes de que los hechos y la experiencia política demostrasen que el sufragio universal, el régimen parlamentario y la libertad política no son

panaceas, el catolicismo lo había comprendido y lo había expresado por boca de Luis Veuillot.

Procedían las eminencias del catolicismo liberal de la alta aristocracia, como Montalembert, ó de la burguesía acomodada, como Lacordaire: Luis Veuillot venía del pueblo, y del pueblo bajo. Hijo de un tonelero y de una tabernera, milagro fue que de niño no sirviese á los parroquianos. La miseria le había señalado hasta en el rostro: era picado de viruelas como los hijos de los pobres, generalmente mal asistidos en esta dolencia horrible. Las estrecheces y privaciones que ve en su familia, las tiranías y abusos de un patrón, le predisponen á sentir la injusticia social y la simpatía por los desheredados—sentimiento que no advertimos en los demás grandes católicos de su tiempo,—y determinan en él un odio profundo contra la burguesía enriquecida, ahita de carne desde la Revolución, y contra la sociedad capitalista, explotadora sin entrañas del pobre. «La sociedad no tiene misericordia—decía Veuillot—y Dios sí, porque es justo. Los ángeles que Dios envía á explorar el fango humano, saben que en él se encuentran perlas, acaso más que en las moradas de los ricos y en los palacios de los grandes...» Con razón se dijo de Luis Veuillot que, dada su manera de entender el mundo y la índole belicosa de su genio, á no guiarle las creencias que sinceramente profesaba, hubiese sido el más tremendo de los refractarios y de los nihilistas; un Julio Vallés ó un Ravachol de la pluma. «La sociedad—escribe Veuillot—había dicho á mi padre: «Sé sumiso y honrado, porque si te rebelas, te mataremos, y si robas, te llevaremos á la cárcel. Pero si sufres, no podemos evitarlo; si te falta pan, ¿qué nos importa?; y si enfermas, al hospital; no tenemos que ver contigo.—Entonces sentí, en la violencia de mi dolor, estallar el anatema. Empecé á juzgar, á conocer esta sociedad, esta civilización, estos pretendidos sabios, que *al renegar de Dios, han renegado del pobre*; han abandonado su alma fatalmente. Y entonces pensé:—Este edificio social es

inícuo: será destruído.—Cuando así discurría era ya cristiano; que á no serlo, desde aquel punto mismo me afiliaría en las sociedades secretas.»

En realidad, la conversión de Veuillot, que jamás fue libre pensador, ni ateo, se redujo al ansia de encontrar objeto y fin para su vida interior, y consuelo indeficiente para la tristeza y la indignación que le producía el estado social, más duro y amargo para el pueblo que el anterior al cataclismo revolucionario. Deseoso de echar el áncora, pasó á Roma, volviendo transportado. Desde aquel punto arregló su vivir y su pluma á sus creencias: pagó sus deudas, sujetó sus pasiones, rezó y practicó lo mismo que una pobre aldeana, y se apareció en la polémica y en el periodismo á estilo de campeón fuerte de Israel, especie de Judas Macabeo, de los que beben de pie en el hueco de la mano. El oficio de católico militante lo desempeñó con una constancia simpática y atractiva, de la cual se deriva la unidad y solidez del escritor. Su estilo forjado, musculoso como el cuerpo de un atleta, ganó poniéndose al servicio de convicciones bien trabadas y fortificantes. Hay un aspecto de Veuillot, que importa considerar puesto que tratamos del romanticismo, y es que Veuillot supo derivar del catolicismo la condenación de la egolatría individualista, sentando la doctrina de una especie de comunismo ó fraternidad espiritual, que aplica los méritos de los santos á la salvación de los pecadores, y ofrece el sacrificio de cada uno por el bien de todos. Por tan diferentes caminos llegaban Jorge Sand y Luis Veuillot á emanciparse del *yo*.

Que Veuillot se dejó arrastrar por el ardor de la polémica hasta la injuria, y que le faltaba ese sentido de la buena educación literaria tan difícil de adquirir si no se ha aprendido en la educación social, no puede negarse. Su arremetida era colmillada de jabalí, su esgrima popular y sin contemplaciones caballerescas: irónico, sardónico, maestro en la caricatura y en la invectiva, elocuente y nunca verboso, sensible y desengañado, colorista sobrio, realista á veces del género espa-

ñol, lleno de donaire, de sal y de vigor viril, fue en suma un escritor excelso. «*Los Libres Pensadores* y *Los olores de París*, dos obras de Veuillot, son—escribe Lemaître—nuestros dos mejores libros de sátira social.»

La campaña de Veuillot y del periódico *El Univers* contra el catolicismo liberal es memorable, y bien sabemos hasta qué punto ha repercutido en España. Nada indignaba á Veuillot como esos católicos conciliadores, que aquí se han llamado *mestizos* y á quienes él nombraba la última encarnación de *Tartuffe*. Celo violento é intolerable, que más de una vez moderó severamente quien podía hacerlo, poniendo á prueba la humildad de Veuillot, obligado á someterse y á reconocer que se le había ido la mano. Era como esos mastines demasiado fieles que su amo necesita encadenar para que no muerdan. No trato de hacer el panegírico de las ideas políticas de Veuillot, de eso estaría muy lejos; sólo me creo obligada á advertir que, sus desafueros tienen excusa en la sinceridad. No se podrá decir otro tanto de los que siguieron sus huellas en el combate.

Era Luis Veuillot, á la vez que gran prosista, muy notable poeta. Es frecuente oír y leer que ha desaparecido en este siglo la poesía religiosa. No juzgo difícil probar lo contrario, que la poesía es más religiosa cada vez; y si del concepto vago de religiosidad pasamos al concreto de catolicismo, también cabe afirmar que nuestro siglo ha producido poetas católicos admirables, dignos del XIII: Verlaine, por ejemplo. En la hueste merece lugar insigne Veuillot, por su bellísima poesía titulada *Epitafio*. Traduciré en prosa dos estrofas.

«Poned á mi lado la pluma: sobre mi frente el crucifijo: bajo mis pies este libro; y clavad en pos el féretro. Después de la última oración, erigid la cruz sobre mi fosa; y si merezco una piedra que me recuerde, escribid en ella: «Ha creído, y ahora ve.»

«Decid, al recordarme: «Ya descansa: ha concluído su dura faena.» O más bien: «ahora se despierta, y ve lo que tantas veces soñó.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *Cuba y América.*—Historia de un puerco-espín.—El crecimiento de las grandes ciudades.—Arqueología cubana.—Cuba en la Exposición de Búffalo.—Nicolás Heredia y sus libros.—Psicología del pueblo español.—Máximo Gómez y nuestros soldados.—*La República.*—El ébrio mejicano.—La familia liberal y la educación de la mujer.—La democracia en Méjico, ¿es posible?—Unificación de la enseñanza.—Sus condiciones.—La cuestión de razas en Cuba.—¿Puede ser Cuba independiente?—*Vida moderna.*—El servicio meteorológico en América del Sur.—La penitenciaría de Montevideo y la Cárcel Modelo de Madrid.—El pintor Blanes.—Problemas políticos uruguayos.—El canje internacional de publicaciones.—*Revista del Ateneo.*—Libros recibidos.

Los dos últimos números (Julio y Agosto) de la revista *Cuba y América* que hemos recibido, contienen, como de costumbre, trabajos muy curiosos, originales unos, traducidos otros del inglés. De los traducidos me limitaré á citar unas amenísimas *Reflexiones ante una púa de puerco-espín* (Historia de un puerco-espín de Michigán), escritas por W. Davenport Hulbert en forma muy parecida á los famosos cuentos de animales del Dr. Candèze (*Aventuras de un grillo*, etc.). De algunos artículos originales conviene hacer extracto detenido. El Sr. Carlos M. Trelles se ocupa en reseñar *El crecimiento de las grandes ciudades en el siglo XIX*. Prescindiendo, por muy conocidos, de los datos referentes á Londres, París y demás capitales, me fijaré en los de Cuba, que tienen importancia para nosotros. Habana tenía en 1800, 60.000 habitantes, y en 1900 había subido á 236.000. En el mismo tiempo ascendió Santia-

go de Cuba, de 20.000 á 43.000; Matanzas, de 7.000 á 36.300; Puerto Príncipe, de 30.000 bajó á 25.000; Manzanillo, que en 1805 sólo contaba 300 habitantes, en 1900 llegó á 14.500. Guanabacoa no ha doblado siquiera su población desde 1829 (9.100 habitantes) á 1900 (14.000). Lo mismo Villa Clara, de 1789 (7.000) á 1900 (13.700). Santi Espíritus ofrece las siguientes cifras: en 1827, 5.300 habitantes; en 1900, 12.700; Regla, 2.200 (en 1810) y 11.300; Pinar del Río, 500 (en 1840) y 8.900; Remedios, 2.260 (1826) y 6.060; Baracoa, 2.400 (en 1800) y 5.000. Ha permanecido estacionaria Holguín, y han perdido Trinidad (11.600 y 11.100) y Bayamo (23.000 y 3.000). A comienzos del siglo XIX, Habana ocupaba por el número de sus habitantes el tercer lugar entre las ciudades del Nuevo Mundo, siendo tan sólo sobrepujada por Méjico (137.000) y Filadelfia (69.000). Actualmente ocupa el núm. 27 en la lista de las ciudades americanas y el núm. 100 en las del Universo entero.

El Dr. Luis Montané da noticia de algunos descubrimientos arqueológicos hechos recientemente en Cuba y que tienen el grandísimo interés de ser los primeros de esta clase que se hacen en la isla. Consisten en varios objetos prehistóricos, de piedra: dos bruñidores, un disco de jade (?) perforado, y una especie de pala de esquisto micáceo, refractario á las más altas temperaturas y que el Dr. Montané supone fuera «un molde propio para fundir metales fácilmente fusibles, como el cobre, tan abundante en la región de Santiago de Cuba».

Gran parte del número de Agosto va dedicado á la reciente exposición de Búffalo, verdaderamente notable en muchas de sus secciones, caso aparte del fracaso de su programa. No faltaron en ella expositores cubanos, y de éstos trata especialmente en un artículo el Dr. José I. Torralbas. Merced á las gestiones de una junta dirigida por el Secretario de Agricultura y sus delegados, pudo lograrse que «además de los productos de nuestras industrias agrícolas y rurales, de nuestras manufacturas y artefactos», se dieran á conocer «las obras de nuestros artistas, las publicaciones periódicas de todo géne-

ro..., los *specimen* de nuestros museos y colecciones de todo género que marcarán el nivel de nuestros conocimientos científicos... Cuadros escogidos de nuestros artistas, colecciones de nuestras maderas, kioskos con tabacos, instalaciones de otras industrias y mil objetos distintos se acumularon en los almacenes que al efecto se prepararon, y desde hace un mes se vienen remitiendo bultos á su destino, sin contar con un número respetable de plantas». Después de este preámbulo sigue una breve enumeración de algunos de los objetos expuestos.

De ella entresacamos los siguientes:

Del Departamento de Ingenieros: Reproducción de una manzana de casas de la Habana y de la entrada de la ciudad con los fuertes del Morro y la Cabaña.—De la Academia de Ciencias: Ejemplares de sus colecciones de antropología y arqueología, de pájaros, peces cubanos disecados y caracoles; reproducción en yeso de un cráneo caribe y de un ídolo indio.—Instituto de Matanzas: Colección de mariposas.—José Herrero: Una plantilla de madera de un cañón fundido en los campos de la Revolución.—Valentín Moreno: Un laúd hecho con 24 clases de maderas del país.—Mármoles de la isla de Pinos.—Muestras de cobre, hierro, zinc, asbesto, porcelana, carbón y asfalto.—Abaniquería de D. M. Carranza: Kiosko con abanicos Luis XIV, XV y XVI, y modelos modernos de gran riqueza artística.—Casa Bacardi: Muestras de ron.—Sres. Fernández y Compañía: Cromolitografías.

El Dr. Vidal Morales traza una minuciosa biografía del escritor cubano Nicolás Heredia, recientemente fallecido. El nombre de Heredia no es nuevo para los lectores de esta REVISTA (1). Se distinguió como novelista y como crítico, especialmente con sus novelas *Un hombre de negocios* y *Leonela* («la mejor novela cubana», en concepto del biógrafo) y sus libros *El Naturalismo en el arte contemporáneo*, *Puntos de vista* y *La Sensibilidad en la poesía castellana*. Sobre este último,

(1) V. ESPAÑA MODERNA, 15 de Agosto 1892.

dice Enrique José Varona lo siguiente: «Desde un punto de vista que á muchos pudiera parecer restricto, pero que en realidad resulta elevadísima atalaya, recorre el literato cubano el campo por donde se ha espaciado en los últimos seis siglos la producción literaria del pueblo español; y logra, sin aparente esfuerzo, reducir á unas cuantas fórmulas lo que pudiéramos decir la ecuación del alma nacional de España... No es posible recorrer en algún sentido el campo de las actividades diversas de ese pueblo, sin que se imponga la creencia de que la evolución de su espíritu ha quedado incompleta... Hay algo de primitivo en el espíritu de ese pueblo tan viejo. Por eso el pueblo español es impulsivo, violento, imaginativo y dogmático. Desconoce los refinamientos de la sensibilidad moderna, y la complejidad asombrosa del espíritu coetáneo le es completamente extraña. Un individuo puede llegar á la senectud sin pasar por la perfecta madurez. Algo semejante cabe decir de España. Allí no ha habido verdadera decadencia, sino un alto prematuro en el desarrollo.—Leyendo el libro del señor Heredia se confirma uno en esta manera de interpretar la historia del pueblo español, como cuando se leen las páginas de Almirall, P. Gener, Laguardia ú Oliveira Martins.—Nada hay en ello que envuelva desdén ó deseo de herir. Para comprender la acción de una sociedad sobre el medio físico que la circunda y sobre las otras sociedades con que ha estado en contacto, es indispensable penetrar en lo más íntimo de su conciencia... Y esto ha hecho al Sr. Heredia... á fuer de hombre de inteligencia abierta, que busca la verdad hasta donde le es dado alcanzarla, para ponerla al servicio de sus semejantes, aunque estos hayan sido sus contrarios y perseguidores. Por eso harán bien los españoles que lean y mediten el libro luminoso del Sr. Heredia.»

Heredia se educó algún tiempo en España (en Madrid), de 1871 á 1875 ó 76, y se hizo Abogado en Santo Domingo. En política figuró primero en el partido liberal, luego en el autonomista y, por fin, se convirtió al separatismo, trabajando

como agente revolucionario en Matanzas, de donde salió en 1896 para residir en Nueva York. «Antes había escrito un notabilísimo artículo que sin su nombre apareció primeramente en *El País* de Madrid, en Noviembre de 1895, y después en la *Revista Política Ibero-Americana*, reproduciéndolo asimismo otros periódicos. Se titulaba *La cuestión cubana ante la guerra*, y en él demostró al Gobierno español la deficiencia de la fórmula Abarzuza, la gravedad de la situación de la isla, que requería un cambio radical de sistema, dándole una organización más apropiada á sus problemas especiales, haciéndola autónoma y dándole la llave de su caja.»

El Sr. Morales incluye en su biografía una carta de Máximo Gómez á Heredia, escrita en Enero de 1898. Merece copiarse el final de ella. Después de hablar de la creciente fe de los insurrectos, escribe el General: «En cambio, España está anémica, desfallecida y triste. ¿Qué se han hecho los soldados de Weyler? Por ahí andan sin fe y sin pan, y ahora ha venido Blanco á imponernos la autonomía con la fuerza de las reliquias de ese ejército, que fue por cierto el más heróico del mundo. Eso sí es justo y racional declararlo.»

Se hace difícil el *dépouillement* de *La República* (Méjico), cuyos números 3 á 10 rebosan de artículos interesantes. El Sr. Juan Cordero continúa sus estudios sobre *La legislación vigente y la sociedad actual*, que forman un capítulo importante de la historia política interna mejicana. El Licenciado Julio Guerrero publica un curioso *Estudio psicológico sobre la libertad parlamentaria* y otro sobre *Las seducciones de confesorio*, no menos atractivo. Tenemos, sin embargo, que prescindir de su extracto, para atender á los siguientes, que creemos de mayor interés para nuestros lectores.

Transiciones pasionales del ébrio mejicano.—El Licenciado Guerrero contesta á la proposición en que el Licenciado Macedo objeta un párrafo del libro *La génesis del crimen* (1), di-

(1) V. las *Lecturas hispanoamericanas*, publicadas en el número de Septiembre último.

ciendo: «Que el alcohol no hace pasar al mejicano de la melancolía á la alegría, sino á la malignidad y á la ira impulsiva.» El Sr. Guerrero comienza separando los dos conceptos principales que tiene la palabra «mejicano»: el «habitante de la República que tiene la nacionalidad mejicana, cualquiera que sea su naturaleza *étnica*, y el *indio* nada más».

«En el mejicano, donde la sangre blanca, amarilla, negra y aun roja se han mezclado en proporciones indeterminables, pero suficientes para borrar en el cuerpo las líneas y el color del indio, la tesis, en lo general, es falsa. Tanto en la embriaguez de cantinas como en los trastornos que el Champagne puede producir en banquetes políticos ó convivialidades amistosas, la alegría va, como en todo el mundo, soltando sus risas y bullicio á medida que las libaciones aumentan. A la actitud ceremoniosa y silenciosa de los comensales que con servilleta en el ojal de la levita y atendiendo damas comienzan á platicar en voz baja de sociales frivolidades, suceden siempre, y á medida que el servicio corre, expresiones picarescas y frases galantes, la voz sube, el ruido de los cubiertos se acelera, y entre el *crescendo* de las conversaciones, la risa con sus *pizzicatos cromáticos*, viene á animar la algarabía del festín y á dar un tono de contento y de felicidad á la reunión. Lo mismo sucede en las cantinas.»

Lo cual no excluye excepciones de individuos que, «á medida que beben, caen en una melancolía pálida y taciturna que de súbito se convierte en una explosión delirante de denuestos y golpes... Pero estos son casos individuales».

«En el grupo de los indios mexicanos deben hacerse otras observaciones. Es difícil encontrar indios de raza pura en la capital, en número suficiente para establecer una inducción respecto á las perversiones de espíritu que les produzca la embriaguez. La masa mayor de habitantes en la capital y en el distrito federal es de mestizos, en los cuales la sangre europea, la china, la negra y la india se encuentran en proporciones varias, pero que borrar el tipo aborígena de América.

Apenas en las rancherías de los pueblos vecinos se encuentran representantes puros de las antiguas razas aztecas, chalcas, mexicas, nahoas, etc., que antes poblaron estas regiones; pero están en un estado de degeneración tan honda, y la depresión de su espíritu es tan habitual, que si suele ser cierto que la alegría no les viene con la embriaguez, tampoco les viene la ira. A la ligera tonicidad que en sus organismos raquíticos produce el *tlachique* de esas regiones ó el aguardiente de las tiendas, sucede una locuacidad necia y pasajera que pronto termina en relajaciones musculares de todo su cuerpo, y en un estupor de imbecilidad que, recogiendo más y más ideas y sangre de sus cerebros á medida que las libaciones aumentan, acaba por derribarlos y tenderlos en la vía pública con el sueño letárgico del bruto alcoholizado.

»En las regiones periféricas del valle, y sobre todo entre los antiguos chalcas diseminados por Chalco, Tlalmanalco, Ameca, Milpa Alta, así como en Tlálpam, Xochimilco, Mixcoac, San Angel, etc., la raza está más entera y pura. La embriaguez es menos frecuente entre ellos y no presenta esas alternativas de melancolía é ira impulsiva que señala la tesis del Licenciado Macedo. El hecho es de observación fácil y aun de estadística, pues las riñas son muy raras en esas masas, y menos los delitos de sangre, con excepción del pueblo de Ayotzingo, donde unos y otros abundan, pero sin necesidad de alcoholización previa. En estos pueblos las festividades se celebran por lo general con banquetes humildes, pero honestos, y entonces el pulque se escancia en abundancia. No hay abogado de indios que no haya sido obsequiado de esta manera y que no haya observado la serie sucesiva de animación, locuacidad, risas y riñas á veces, pero pasando, como en todas las razas, por la alegría. Hay ebriedades especiales entre ellos, y los llorones, taciturnos, locuaces, pendencieros, melancólicos, etc., son de observación vulgar, como ya los había observado hace cuatrocientos años Fray Bernardino de Sahagún; pero la embriaguez nunca se ha presentado uni-

formemente entre ellos como una transición de la tristeza á la ira.»

El cisma religioso de la familia liberal, por el Licenciado Julio Guerrero.—Se refiere el autor á las diferencias religiosas, tan frecuentes entre marido y mujer en las familias modernas, y pinta admirablemente sus efectos. En un matrimonio en que el marido sea *liberal* (dando á esta palabra un sentido lato) y católica la mujer, sólo se sostienen las relaciones intelectuales del hogar por una mutua tolerancia, «y por eso se rompen tan pronto como los fuegos del amor se han apagado, ó cuando la gravedad de una contingencia exige una concentración absoluta de las meditaciones del marido, ó la discusión sincera de algún problema doméstico. Entonces con impaciencia se rechazan las observaciones de la esposa; y en los desprecios más ó menos bruscos con que se acompañan las respuestas, ésta comprende que se la ha estado tratando como á *niña*, que con mimos y sonrisas se la contiene en las más bajas esferas del pensamiento, y que hay un abismo entre las dos inteligencias del hogar. El cisma se le revela. En las leyendas religiosas, su marido no ve sino mitos moralizadores y guardianes de su honra; de los dogmas católicos hace burletas; el misticismo de su liturgia le aburre, y desdeña las virtudes de sus sermones. En meditaciones más bellas y más serias combina los instintos religiosos del hombre que se siente rodeado por el firmamento; las tendencias filosóficas que los enigmas de su destino le presenta; los anhelos altruistas que la solidaridad humana le infunde, y las aspiraciones de luz y de belleza con que la vida lo alienta, para formar en su alma fuerte y entusiasta el ropaje de una conciencia magnífica, recamada con toda la civilización; mientras que á ella se la deja envuelta en el *trapillo* de sus leyendas católicas para que viva como *Cenicienta*, entre el arreglar del menaje y el custodiar á niños y servidumbre. ¡Siempre los atavismos, la voz de los muertos imperando en la conducta! En vano pretende el liberal alzarse á los altos credos de la civilización y

hacer de su esposa la *amiga* y la confidente de sus expansiones; el jefe feudal y el señor del serrallo reaparece en sus desconfianzas domésticas, y ya que no puede rodear con tapias ó jardines á la esposa, contiene con muros de ignorancia y con las muecas torcidas de los santos y de la superstición católica, los anhelos de libertad y luz del alma que tiene en custodia, y que no debía tener más luz que la de su inteligencia, ni más impulsos que los de refugiarse como pájaro cansado en los egregios aleros de las meditaciones maritales».

El autor cree que no es posible dar á la mujer una cultura igual á la del hombre, ó cuando menos, tan técnica y compleja. «Pero hay (dice con acierto) una ancha región de pensamientos nobles, bellos y fuertes á donde debe llevarla, so pena de reducirla á la condición de sierva intelectual, y de responder de todas las caídas que su conciencia endeble sufra en sus cavilaciones domésticas; de los errores en que incurra al entretener con sus consejos cándidos la conciencia de los niños; del estupor helado con que escuche las aspiraciones maritales de progreso; de que su muelle regazo no tenga abrigos tibios para recibir la frente abrumada en las duras bregas de la vida; y de que cuando á su vez desfallezca y llore, lleve al confesor ó al amante lágrimas que sólo deberían enjugar los besos del esposo.»

Pero el marido no se cuida de eso, y quiere que la intimidad intelectual se verifique milagrosamente, sin hacer nada por ella.

«La primera víctima de este régimen de oscurantismo doméstico es la mujer, á quien se le arrebatada toda la noble felicidad que la verdad y el progreso tienen; pero al dejar que se enlute su conciencia y que se enmohezcan sus energías, el marido, por un castigo muy justo á su desconfianza, encuentra en su compañera, si no el desamor que su falta de lealtad merecía, sí una conciencia estupefacta frente á la suya, cuando las amargas tribulaciones de la vida la lasceren, ó cuando las alegrías de un éxito lo entusiasmen. Ni en las cuitas de sus

negocios, ni en sus proyectos de prosperidad, ni en sus relaciones de amistad, ni en sus deberes civiles, ni en sus luchas políticas, ni en sus cavilaciones científicas, ni en sus especulaciones filosóficas, ni en sus concepciones artísticas, ni al leer, ni al hablar, ni al pensar, ni al refugiarse en el estudio, ni al mesarse la frente con la desesperación del impotente, halla la *compañera* del alma, que debía compartir con él tribulaciones y alegrías.»

La falta recae también sobre los hijos. «El cisma doméstico de credos se traduce por un choque continuo de contradicciones en la conciencia del niño, que acaban por desarrollar su criterio en las formas monstruosas del escepticismo, y su voluntad en un egoísmo más ó menos tosco, según el ropaje de urbanidad con que lo vista, pero siempre repugnante.

»El niño que se desarrolla entre los debates continuos del hogar, aprende á refutar los credos de la madre con los chistes de su padre, y si es verdad que la escuela se encargará de educar su inteligencia en todas las altas y nobles ideas de la civilización moderna, de manera que no haya peligros de entenebrecerse con las concepciones medrosas de la madre, su *moral* queda á merced de ese cisma, y su voluntad oscilante entre dos preceptos antagónicos al choque de las dudas, quebranta su carácter y lo constituye en una alma flácida é indecisa, sin fuerzas de resistencia contra los impulsos animales del vicio, ó contra las peligrosas tentaciones del delito...»

«Es, pues, un *excéptico* moral antes de ser un adolescente; y cuando en su cuerpo y en su espíritu los impulsos de la carne, las ansias de propiedad y los instintos de lucha vayan desarrollando los deseos y los proyectos, el engaño, la seducción, el robo y el homicidio, como mentores diabólicos de ruina, lo inducirán al crimen y á la infamia...

»Ya es tiempo de que el jefe de la familia sea no sólo padre y marido, sino señor de su casa, maestro de las inteligencias que á su amparo se desarrollan, consejero de las voluntades que sujeta su potestad, y sacerdote noble y digno que arrulle

el alma de su hogar con los salmos y meditaciones graves de la verdad.»

Es indudable que el Sr. Guerrero exagera algo en cuanto al efecto moral de la discordia doméstica sobre los hijos, los cuales, por fortuna, reciben otras influencias que las de la familia y se salvan de caer á veces en tan extremo excepticismo. Pero, en general, el conflicto y sus consecuencias son como el autor los pinta, especialmente en cuanto al descuido de la educación femenina por parte del hombre, que luego pide, como el Orozco de Pérez Galdós, imposibles morales á la mujer.

El mismo Sr. Guerrero traza un cuadro muy instructivo de *la democracia en Méjico*. Después de enumerar los complejos problemas que un gobernante moderno tiene que resolver y la cultura enorme que representa la solución de ellos, concluye el autor del siguiente modo:

«Ahora bien; apliquemos este coeficiente de intelectualidad á la definición aforística de la democracia, *el gobierno del pueblo por el pueblo*, en lo que nos concierne.

»¿El pueblo mejicano tiene metido en su cerebro, siquiera en *sumario*, esta ciencia necesaria para gobernarse? El censo de 1895 arrojó sobre un total de 12.572.000 habitantes, 8.000.000 de adultos que no saben leer ni escribir; y como, por otra parte, el jornal medio es de 30 centavos á lo sumo en toda la República, con una absorción completa del tiempo del jornalero; como en Méjico no hay reuniones que oralmente difundan estos conocimientos; como no hay vida pública que por la práctica los enseñe; como sólo una parte muy insignificante de ellos puede conocerse en libros y en periódicos, resulta que la parte del *pueblo* mejicano que pudiera ser apto intelectualmente para *gobernar* á la nación, está representada por una fracción numéricamente tan insignificante de su población, que no llega á *diez millares* de individuos. Nos falta, pues, la matriz intelectual de la Democracia, y tenemos que convenir en que, si hay Gobierno en Méjico, sus orígenes y su fuerza no

descansan en el *pueblo*, sino en las energías propias de los gobernantes.»

El Licenciado Juan Cordero aboga por la centralización de la enseñanza en su artículo *Necesidad de uniformar la enseñanza oficial en toda la República*. Sabida es la autonomía que actualmente tienen en este orden los Estados de la federación mejicana.

Resulta, pues, de gran trascendencia esta doctrina del señor Cordero, que coincide con el movimiento actual en casi todas las naciones, favorable á una intervención mayor que la que hasta ahora han tenido los poderes centrales en la organización pedagógica.

Claro es que el Sr. Cordero comienza limitando el alcance de su petición:

«Es necesario — dice — que esa uniformación y esa tutela genérica del poder nacional no degeneren por exceso en restricciones indebidas á la soberanía de los Estados, ni por defecto en burladeros de las generales aspiraciones y del bien común.

»Difícil por extremo es acertar con la fórmula precisa que realice tal programa, pero no por esto es menos ingente la necesidad señalada ni menos sagrado el interés de la nación, basado en la propia conservación y el adelanto social.

.

»Lo primero es, pues, para fijar los fines prácticos de la instrucción y educación nacionales, averiguar cuál sea el régimen que por los antecedentes históricos de nuestra República, por sus costumbres, posición geográfica, clima y demás condiciones, sea el más conveniente y señalado por la experiencia, para conducirnos por el camino del adelanto y de la prosperidad.»

Para ello, traza el autor un cuadro de la historia política interna de su país y llega á la conclusión siguiente:

«Vemos, pues, con claridad meridiana, y por experiencia incontestable, que todos los ensayos de funcionamiento fede-

ral, toda dispersión excesiva de la acción gubernativa, nos han conducido á resultados negativos, mientras que la concentración acostumbrada en el orden político, asociada con el funcionamiento armónico de las libertades constitucionales en el orden civil y privado, nos ha conducido al período de mayor prosperidad, paz y adelanto que nuestra historia registra. Error imperdonable y funesto sería correr tras de los frutos tardíos y dudosos de un sistema ideal de Gobierno, teniendo uno práctico y probado ya en sus benéficos resultados, y sacrificar á la hueca vanidad señorial de los Estados el bienestar positivo de toda la nación.»

Coincidiendo con esto, el Sr. Guerrero dice en otro artículo, *El Federalismo*:

«Resumiendo todos los datos expuestos en este artículo y en los anteriores sobre el régimen republicano y la democracia en México, podemos afirmar que ésta es una nación regida por un dictador que ha tramado con lealtades de partidarios toda la solidaridad política de los empleados públicos, y cuya voluntad es la ley suprema del país, pero quedando libertad á todos los funcionarios para hacer valer en provecho personal el desempeño técnico de sus atribuciones. No hay república, ni democracia, ni federación entre nosotros, pero no por eso deja de ser, aunque *imperfecto*, un Gobierno fuerte, progresista y respetable. Su característica por hoy es la *fuerza*, y aunque no haya podido evolucionar en las formas rígidas de la ley, y aunque el *personalismo*, la voluntad de los funcionarios sea todavía una fuerza social, tanto para la conservación del Gobierno como para el progreso de la nación, su coeficiente de honorabilidad no se amengua por eso, puesto que los Gobiernos sólo son buenos por sus resultados en felicidad privada y en prestigio exterior, y nunca por la forma de sus instituciones políticas.»

Volviendo ahora al trabajo del Sr. Cordero, veamos á las conclusiones que llega:

«El carácter EDUCATIVO y el ordenamiento PEDAGÓ-

GICO de la materia de enseñanza.—dice—es lo que en el caso constituye los lineamientos generales sobre que debe recaer la uniformación que propongo, y cuyos frutos han podido ya estimarse y hacerse patentes en donde quiera que se han seguido las insinuaciones científicas de los pensadores que, como D. Gabino Barrera en México, han visto en la educación nacional la clave de todas las prosperidades futuras y de la paz actual. El almacenamiento desordenado de nociones diversas, ó sea la instrucción anárquica, dió siempre frutos de platonismo y de indisciplina intelectual, mientras la instrucción metódica, aun siendo mediana, dió frutos de disciplina y de espíritu práctico, que son los que un país puede utilizar y debe apetecer.

»La misma constitución política del país no se opone de ningún modo á la uniformación que propongo, pues discutida en las Cámaras la ley que, después de maduro examen y tomando en cuenta la experiencia recogida, establezca el orden pedagógico en las materias de enseñanza y los métodos generales á que deba ésta sujetarse, dicha ley, como emanada de la representación nacional, no significaría un acto de centralismo ni de tiranía con mengua de la Soberanía local, sino un nuevo pacto de universal conveniencia, celebrado en el más genuino ejercicio de esta misma Soberanía.»

Y exponiendo uno de los inconvenientes mayores de la actual diversidad, añade:

«Además de las conveniencias señaladas en favor de la uniformación de criterio por medio de la unidad de la enseñanza, existen otras razones basadas en las inconveniencias que provoca la anarquía de métodos y procedimientos entre el distrito y territorios y las diversas entidades de la federación. A diario tropezamos con las enormes, y á veces invencibles, dificultades que los jóvenes que han hecho sus estudios en algún Estado, tienen para continuar su carrera en México. Cuál DEBE (palabra consagrada por el uso) materias que no figuran en el plan de estudios de su Estado; cuál ha estudiado,

aun siendo completas las materias, en un orden diverso y, creyéndose quintianista, tiene que entrar al primer año; cuál, en fin, está en aptitud de presentar un examen profesional y DEBE, de mucho tiempo atrás, alguna materia secundaria, un idioma, por ejemplo, y ve perdidos largos años y frustradas sus legítimas esperanzas, si se acata la ley, ó ésta queda burlada por una razonable contemporización ó por un poderoso influjo.»

Respondiendo á los ataques que un periódico habanero dirige, con motivo del próximo Congreso Panamericano, á la República mejicana, la Revista de que tratamos estudia *La cuestión de razas en Cuba* para determinar «qué peso pueda tener en los negocios» de aquella reunión «el grupo político embrionario que evoluciona en Cuba y que no ha podido, puede ni podrá, durante algun tiempo, formar una nacionalidad independiente».

Los razonamientos de *La República* son de carácter estadístico.

«Actualmente—empieza diciendo—no hay en la isla de Cuba un solo representante de la raza que encontró Colón. Está poblada por una mezcla de europeos, descendientes de españoles, negros, mulatos y chinos, cuyas proporciones se pueden precisar partiendo de las cifras censarias que registra la historia.

En 1774 el censo de la isla dió una población de 171.610 habitantes; de los que 94.430 eran blancos, 44.632 esclavos y 32.548 negros libres.

En 1793 inmigraron 12.000 familias españolas de Santo Domingo, por haberse cedido á Francia la parte española de aquella isla.

En 1803 inmigraron 30.000 franceses de Haytí, huyendo de las matanzas de blancos que perpetraban los negros; y de éstos, fueron expulsados 6.000 el año de 1808.

En 1886 la población era de 1.521.684 habitantes, clasificados del siguiente modo:

Españoles (insulares y peninsulares).....	977.992
Extranjeros	10.632
Chinos.....	43.811
Negros.....	489.249

Por una serie de operaciones, hipotéticas unas, de muy probable exactitud otras, respecto al aumento logrado por los grupos de origen extraño desde 1774 á 1886, se llega á las siguientes conclusiones:

«Clasificando la población por su cantidad de sangre española, tenemos:

Raza no ibera. (1)

Negros.....	815.377
Extranjeros.....	17.722
Chinos.....	43.811
Criollos franceses.....	245.510
<i>Total</i>	<u>1.122.420</u>

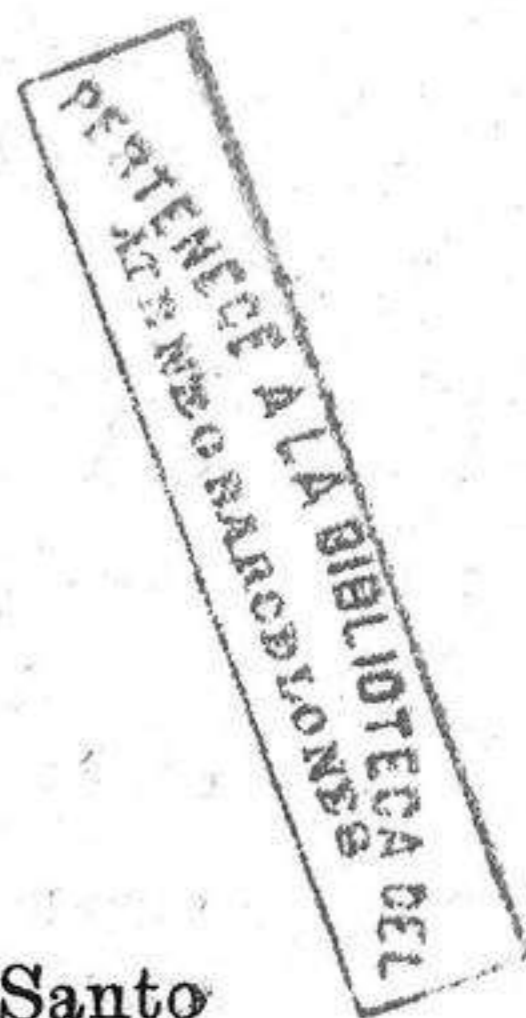
Raza ibera.

»Criollos españoles descendientes de los antillanos de Santo Domingo, calculando á treinta años por generación, y suponiéndolos igualmente distribuídos para facilitar el cálculo:

Primera generación hasta hace 102 años.....	122.457
Segunda generación hasta hace 92 años.....	122.457
Tercera generación hasta hace 62 años.....	122.457
Cuarta generación hasta hace 32 años.....	122.457
	<u>489.828</u>
Españoles peninsulares.....	69.654
<i>Total</i>	<u>559.478</u>

»Traducidas al lenguaje de la política estas cifras, dan los siguientes hechos. Había en la isla de Cuba al rebelarse Martí:

(1) La distinción de razas es muy respetada en la isla.



»876.910 individuos, para quienes las glorias, tradiciones, hábitos é infortunios de España eran completamente extraños; pues desde sus primeros ascendientes que pisaron la isla sólo tuvieron motivo para odiarla (1); unos por la esclavitud en que ellos ó sus padres vivieron; otros, los *coolies*, por el plagio de que fueron víctimas para transportarlos á la isla, y los extranjeros por las condiciones de inferioridad en que los colocaban las leyes españolas. Con excepción de los europeos y americanos, los individuos de este grupo han sido obligados á vivir en Cuba por la fuerza bruta y á someterse á las leyes y particulares españoles, á pesar del odio que unas y otros les inspiraban;

»245.510 descendientes de franceses á quienes el miedo á las matanzas de Haytí arrojó á Cuba, que no tienen ningún abuelo español y que por sus afinidades de raza están predispuestos á evolucionar con los instintos sociales de Francia;

»489.828 descendientes de individuos á quienes la pérdida de la isla de Santo Domingo obligó á inmigrar á Cuba, y que en sus recuerdos de familia tienen que remontar á cinco generaciones para *presumir* la existencia de un abuelo español; y sólo

»69.650 individuos genuinamente españoles emparentados con familias españolas (2).

»La conclusión de todo esto es que la población de Cuba no es homogénea, ni puede, por consiguiente, tener aspiraciones, tendencias y necesidades generales que puedan constituir la en una unidad *étnica* capaz de evolucionar de una ma-

(1) Véase en el núm. 2 de esta revista el artículo la «Aclimatación humana» en Cuba.—(ESPAÑA MODERNA, Septiembre 1901).

(2) No pueden compararse estas rebeliones con las que ha habido durante el mismo período de tiempo en las Repúblicas hispanoamericanas.—En éstas eran la manifestación de *la anarquía*, consiguientes á la ruina de las instituciones gubernamentales que produjo la guerra de independencia; mientras que en Cuba fueron alzamientos contra autoridades fuertes é inquebrantablemente constituidas.

nera uniforme. Es un conglomerado humano en formación que todavía no puede encontrar asiento en ninguna institución social, y tendrá que rebelarse contra todas hasta que se haya formado el carácter cubano y pueda consentir el estudio social de las instituciones políticas que le convengan (1).

»En su historia contemporánea se ve, en efecto, que la población no cabe en las instituciones que la rigen, y que con planes siempre absurdos tiende á la rebelión por cualquiera motivo.

»Es, pues — termina — un pueblo en formación, y mientras no unifique sus aspiraciones, debe vivir como pupilo, bajo el protectorado de la República sajona.»

Tal es la opinión del Director de *La República*, Sr. Guerrero. La transmitimos puramente en calidad de dato significativo.

Vida moderna (Montevideo) trata en sus números de Marzo, Abril y Mayo, varias cuestiones americanas de importancia, empezando por los extensos *Apuntes para el estudio del litigio argentino-chileno sobre límites*, por F. J. Ros, que recomendamos á los políticos é internacionalistas, por los muchos datos que aporta á la resolución de aquel grave problema jurídico y geográfico.

El Sr. González, autor del mejor plano que se conoce de Montevideo, de un excelente Mapa uruguayo y de otros trabajos científicos, publica su informe sobre *Trasmisiones telegráficas de noticias meteorológicas á lo largo de las costas de la América del Sur*, presentado al primer Congreso científico latino-americano (Marzo 1901). El Sr. González hace constar el hecho de que, no obstante existir Observatorios en el Brasil, Uruguay, Argentina, Chile (dos) y Perú, no se conocen las leyes de la «meteorología general comparada de la América Meridional». «De Pernambuco á Callao, pasando por el Estrecho de Magallanes, el vapor recorre próximamente *dos mil leguas*;

(1) Sobre todo en Cataluña, Vizcaya, Galicia y las Islas Canarias.

pues bien, en todo ese largo trayecto, fuera de las leyes generales de las corrientes marítimas y de los vientos alisios, muy poco sabe el navegante.» El Sr. González, que en diferentes ocasiones gestionó el establecimiento de una convención internacional para la trasmisión de noticias meteorológicas, ha vuelto á presentar su proyecto, condensado en la siguiente conclusión: «El Congreso hace votos porque las naciones de la América del Sur, poniéndose de acuerdo, establezcan un servicio telegráfico de noticias meteorológicas á lo largo de las costas oceánicas, destinado especialmente á asegurar, en cuanto sea posible, la navegación general de esas regiones.»

El Sr. F. G. Ontiveros y Laplana estudia *La penitenciaría de Montevideo y la Cárcel Modelo de Madrid*. La primera «puede presentarse como tipo ideal del sistema en la América latina» en lo relativo á su construcción, distribución interna y limpieza; la segunda, «espléndida por lo grande y bello de sus proporciones; higiénica por su elevación sobre el nivel del río y su proximidad á las frondosidades de la Moncloa; severa, como la justicia á cuyo cumplimiento coadyuva, y caritativa, como la frase «odia el delito y compadece al delincuente»..., justifica plenamente su nombre, pues es, dentro del régimen celular y radial, un verdadero *modelo*». Señala el autor como un defecto de nuestra Cárcel, que sirva á la vez de prisión correccional y de cárcel preventiva, «debiendo para esto último existir un edificio especial y separado, como lo hay en Montevideo». El Sr. Ontiveros hace después un estudio comparativo de los reglamentos de la penitenciaría uruguaya y de la cárcel madrileña, estudio del que algunas enseñanzas podríamos sacar en España. El autor ignora la reciente ley sobre ejecución de la pena capital, que ha modificado, entre otros, el artículo 88 del Código.

D. Ramón de Santiago escribe una breve biografía del pintor uruguayo Blanes, recientemente fallecido.

El Sr. Azarola estudia varios *Problemas uruguayos* de política. El primero se refiere al sufragio. El autor no cree que

el sufragio sea la libertad, ni una condición esencialísima del progreso político, sino «apenas uno de los muchos factores de las instituciones que deben regir al hombre, y lo que es más grave aún: arma de dos filos, que lo mismo puede fundarlas en la majestad de la ley, que consolidar el despotismo y la arbitrariedad». El peligro es mayor en las Repúblicas, puesto que en ellas «el poder moderador sólo descansa en el espíritu de las instituciones y en la virtud de los ciudadanos». El voto omnipotente «no es, no puede ser el término y coronamiento de las instituciones libres». El remedio á esto se halla en «un sistema de instituciones bien cimentado, eslabonado y ramificado por todo el organismo nacional, en el que unas y otras se refrenen, limiten y completen..., viviendo en la vida real de las costumbres.» El Sr. Azarola pide la reunión de «una Convención Nacional votada por todos los ciudadanos mayores de diez y ocho años, sin más condición que la de ser hombres honestos», para reformar la Constitución vigente (de 1830). Enumera luego las cuestiones que habría que resolver: Gobierno parlamentario en vez del presidencial; amplitud ó restricción del veto; condiciones del régimen electoral; intervención del Senado en la formación de la Magistratura; facultades expresas á la Alta Corte de Justicia para declarar inaplicables las leyes inconstitucionales, etc. «Oímos un día (añade) que de los labios de Juan Carlos Gómez se desprendió este pensamiento triste: lo que más acibara mi existencia es nuestro miedo cerval á las grandes soluciones de principios. Que la juventud, aun la que permanece con la faz vuelta hacia el pasado..., se encargue de probar que el ilustre proscrito no estaba definitivamente en la verdad.»

El autor termina examinando el problema del aumento en el número de diputados y de las relaciones entre ambas Cámaras, en que no podemos ahora detenernos por su mucha especialidad.

Sobre *El canje internacional de publicaciones*, D. Pedro Callorda presentó al Congreso científico latinoamericano una

proposición de gran importancia, cuyo fin especial es «formar en todos los países de este continente, bibliotecas donde se encuentren todos los trabajos y producciones de los hijos de América». Sus conclusiones son como sigue: «1.^a Todo editor, en cada uno de los países que componen el continente americano, entregará á la oficina de canje ó la que esté encomendada de este servicio, la cantidad de 20 ejemplares de las obras que imprima. 2.^a Dichos 20 ejemplares serán distribuídos entre los diversos Estados americanos, á fin de formar en las Bibliotecas Nacionales... una sección de obras exclusivamente americanas. 3.^a El excedente que resulte después de practicada la distribución, será destinado á las oficinas de canje, á fin de que éstas puedan atender los convenios celebrados con países europeos.»

Para terminar, daré cuenta de la aparición de una nueva revista argentina, *Revista del Ateneo*, órgano del Ateneo bonaerense, que preside en la actualidad el conocido escritor Dr. Ernesto Quesada. Otro día haré los correspondientes extractos de este interesante periódico.

*
* *
*

Libros recibidos:

Estudios de lingüística americana, por Luis Cordero. Cuenca (Ecuador), 1901. Son una serie de interesantes anotaciones al reciente libro de León Douay, *Nouvelles recherches philologiques sur l'antiquité américaine*. Versan sobre diferentes palabras de los idiomas tupi, quichúa, maya, haitiano, guaraní, caribe, etc. El Sr. Cordero es autor de un Diccionario quichúa, todavía inédito.

Por España y para España, por F. Andrés Oliván. Valparaíso, 1900. El autor toma pie de un discurso del Sr. Silvela para afirmar su fe en los grandes recursos de España, pero declarando á la vez (contra la opinión del Sr. Silvela) que no se puede hacer nada bueno «sin ser revolucionario, pero con

el brazo arremangado». El Sr. Oliván estudia nuestras producciones agrícolas, mineras, etc., la navegación, los riegos, correos, ferrocarriles, instrucción primaria; en suma, toda la vida nacional.

La gran Convención de 1831-1833, por Valentín Letelier. Santiago de Chile, 1901. Interesante colección de las actas, sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios relativos á la Constitución de 1833, elaborada en aquella Asamblea.

Comprobación de la reincidencia, por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1901. Es un proyecto de ley ampliamente razonado, que el Sr. Quesada presenta al Ministro de Justicia.

Libro primero de los Cabildos de Lima. París, 1900. Importantísima publicación histórica, hecha bajo los auspicios del Consejo provincial de Lima. Contiene el *Libro Becerro* ó I de los Cabildos, desde 1535 á 1539, descifrado y anotado por Enrique Torres Saldamando, con la colaboración de Pablo Patrón y Nicanor Boloña. Sus tres volúmenes, impresos con gran lujo, comprenden además otros muchos documentos, cuyo interés para la historia colonial de España es excusado encarecer á nuestros lectores.

Bagatelas literarias, por Celiano Monge. Quito, 1899. Colección de trabajos biográficos, críticos y sociales.

Pacho Vilamar, novela, por Roberto Andrade. Guayaquil, 1900. Interesante y dramático episodio de una época azarosa en la vida y en la política de Guayaquil.

Ídolos rotos, por Manuel Díaz Rodríguez. Novela. París, 1901. El Sr. Díaz no es un principiante. Lleva publicadas cuatro obras literarias, alguna de las cuales ha tenido resonancia. La novela que acaba de imprimir, y en cuyo examen no podemos entrar, dado el carácter de estas notas, es doblemente interesante por su tesis, que envuelve un problema nacional, y por la honda observación psicológica que á cada paso revela.

Poemas helénicos, por Goycoechea Menéndez (Lucio Stella). Córdoba (Argentina), 1899. Serie de ocho poemitas en

prosa, de forma dramática, cuyos protagonistas son Orfeo, Safo, Fidias, Tirteo, Apolodoro, Narciso, Venus é Ifigenia.

Harpas en el silencio, por Eugenio Díaz Romero: 1900, Buenos Aires. Poesías sobre diferentes asuntos, principalmente amorosos.

Florilegio, por R. Benavides Ponce. Caracas, 1900. Poesías, entre las cuales descuellan algunas de intenso sentimiento.

Íntimas, por José Flamenco. Guatemala, 1900. Colección de poesías amorosas, patrióticas y de otros géneros,

Conquista (poema), por José María Quevedo. La Plata, 1901. Consta de cuatro partes: *La migración* (?); *La ciudad*; *La pampa* y *La invasión*.

HISPANUS.



CRÓNICA LITERARIA

La COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES. — *Estudios filosófico-teológicos: Algazel*, por D. Miguel Asín. — Recepciones en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Entre las Bibliotecas que actualmente salen á la luz en España, una de las más dignas de la atención de los estudiosos es la que con el título de *Colección de estudios árabes* viene publicándose en Zaragoza. En esta Biblioteca, que honra á la erudición española, escasa hoy en todos los ramos del saber y, más que en otros, en los estudios orientales, con ser tan importante y hasta indispensable, hasta cierto punto, para nuestra historia el estudio de árabes y judíos, se ha publicado el *Viaje á la Meca* del morisco aragonés Puey Monçon en el siglo xvi, texto por demás curioso, con eruditas y copiosas ilustraciones de D. Mariano de Pano; los *Orígenes del Justicia de Aragón*, por D. Julián Rivera, investigación interesante para la historia de nuestras instituciones políticas medioevales; la historia de la *Decadencia y desaparición de los almoravides de España*, por el benemérito arabista D. Francisco Codera, de quien fue discípulo en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en años ya algo lejanos, el que escribe estas líneas; *El collar de perlas*, tratado de política y administración, por Muza II, Rey de Tremecen, traducción de D. Mariano Gaspar, y la novela psicológica de Abentofail *El filósofo autodidáctico*,

traducida al castellano por D. Francisco Pons, obra de mucha enseñanza, de no escaso interés para el estudio de la filosofía de los islamitas y de suficiente atractivo literario.

A estas obras, importantes todas, cada una en su grado y dentro del género á que por su asunto pertenece, ha seguido los notables *Estudios filosófico-teológicos* sobre *Algazel*, del presbítero D. Miguel Asín. Muy vasto es el plan de esta obra, que no ha de abarcar menos de cuatro volúmenes, consagrados los dos primeros á exponer la doctrina del Gazalí, y los dos últimos á estudiar su influencia respectiva en la España musulmana y en la España cristiana.

Hasta ahora se ha publicado el primer volumen, de más de 900 páginas, con un notable prólogo del Sr. Menéndez Pelayo, maestro en todos los ramos de la erudición literaria, histórica y filosófica. Basta este tomo de los estudios sobre *Algazel* para apreciar que el Sr. Asín no sólo es consumado arabista y erudito que domina el conocimiento de las antigüedades del Islam y la historia del pensamiento islamita, sino también persona muy versada en las ciencias filosóficas y teológicas, capaz, por lo tanto, de marchar con paso seguro en la apreciación de las doctrinas de Algazel, en la investigación de sus orígenes próximos y remotos, y en la de su influencia sobre otros pensadores.

En su excelente prólogo, que es una introducción inmejorable para el que, sin preparación especial sobre la materia, emprenda la lectura de este libro, señala el Sr. Menéndez Pelayo la importancia que tiene el trabajo del Sr. Asín. De la filosofía de los árabes no conocemos apenas más que los trabajos de los peripatéticos, que no representan un pensamiento original, sino el reflejo de una civilización ajena, muy distinta de las de los pueblos de Oriente que aceptaron la ley del Islam, á los cuales, sin embargo, estaba reservado salvar del naufragio y difundir á su manera las reliquias de la sabiduría griega. Los estudios sobre Algazel nos hacen penetrar en un campo casi desconocido, en lo que propiamente puede llamarse

filosofía islamita, en el sentido en que decimos, por ejemplo, filosofía cristiana, ó sea en aquella parte del pensamiento filosófico de los pueblos del Islam en que no fueron éstos meros transmisores y comentaristas, sino que crearon y edificaron dentro de la norma y la dirección de su fe religiosa y de las tendencias propias de su raza, siquiera no fuesen tampoco en esta esfera absolutamente originales.

Para emprender este trabajo, cuya magnitud é interés podrá apreciar todo el que tenga alguna idea de lo que son las investigaciones de esta clase, el Sr. Asín ha tenido presentes las más frescas publicaciones de textos arábigos salidas de las prensas de los países de Oriente en que aún trabaja el pensamiento del Islam, ignorado casi en su labor contemporánea de los pueblos que se consideran únicos depositarios de la civilización, y en los cuales sólo los especialistas suelen estar enterados de que aún en Turquía, en Egipto, en la India y en las mismas escuelas de África se sigue cultivando en mayor ó menor medida aquella antigua civilización arábiga, ó mejor dicho, musulmana, que ilumina cual rápido y brillante meteoro la historia del islamismo.

El Doctor musulmán á quien el Sr. Asín ha elegido como objeto de sus estudios de filosofía y teología islamita es ciertamente una figura interesante, y el libro de nuestro compatriota viene á sacarle de su relativa obscuridad, colocándole en primera línea entre los filósofos y teólogos musulimes. El libro del Sr. Asín no realiza en verdad un descubrimiento, cosa que va haciéndose cada día más rara y difícil en los estudios históricos. Algazel era ya conocido, y desde Schmolders al Barón Carra de Vaux, son varios los orientalistas extranjeros que han escrito del Gazalí. Faltaba con todo una obra fundamental y completa acerca de un pensador tan digno de estudio, y este vacío viene á llenarlo, si hemos de juzgarle por su primer volumen, el erudito libro de D. Miguel Asín.

Algazel vivió en la segunda mitad del siglo XI de la Era cristiana y en los primeros años del XII. Su nombre era Abu-

hamid, pues Algazel es una corrupción del apelativo el Gazalí con que se le designó, según costumbre frecuente, no sólo en los países orientales, sino en muchos otros, por ser natural de la aldea de Gazala en el Jorasan. Hijo de un hombre sin letras, pero con gran afición al saber, que dispuso que su patrimonio se invirtiera en la educación de sus hijos, Abuhamid tuvo por maestro un *sufi*, y es visible la influencia que esta enseñanza de sus primeros años ejerció en su pensamiento. Discípulo luego del célebre Iman Alharamain en la escuela de Nisabur, famosa en todo el Islam, Algazel fué á su vez con el tiempo Rector de una de las *madrizas* ó escuelas de Bagdad. Consagrado al estudio de los peripatéticos musulmanes, emprendió la tarea de refutarlos. Fruto de sus trabajos en este sentido son dos de sus obras principales: el *Macasid-Olfalasi-fa* (Designios de los filósofos ó explicación de la doctrina de los filósofos) y el *Tehafot Olfalasifa* (Destrucción ó refutación de los filósofos).

Por los títulos se entiende que Algazel, mucho más escrupuloso que la mayoría de los filósofos que se han propuesto la refutación de alguna doctrina ó sistema, consideró preliminar indispensable de su trabajo una exposición fiel y completa de las doctrinas que se proponía impugnar. Esto es el *Macasid*; y tal es la fidelidad con que en esta obra expone Algazel las doctrinas aristotélicas extendidas entre los árabes, que algunos han tomado como propias de él las ideas de que era mero expositor en este libro, y el *Macasid* ha circulado y ha ejercido influencia como texto peripatético, siendo en realidad una introducción ó preparación para la refutación, ó sea para el *Tehafot*. Tanta fue la importancia de esta última obra y tanta la impresión que produjo entre los musulmanes, que el mismo Averroes se creyó en el caso de refutar á su vez la impugnación de los filósofos en su *Tehafot-otehafot* (Destrucción de la destrucción, esto es, impugnación de la refutación de Algazel.) El eco de la disputa entre aristotélicos y ortodoxos se prolonga hasta cuatro siglos después, cuando en una controversia

suscitada por el Sultán Mahometo, el conquistador de Constantinopla, triunfan de nuevo las ideas ortodoxas del Gazalí en el tercer *Tehafot* de Mustafá Jocha Zadech.

Más importante en la obra teológica y filosófica de Abuhamid que estos escritos de exposición y polémica, es su famoso *Ihia ó Vivificación de las ciencias religiosas*, escrito después de un período de vida ascética. Es una especie de Suma teológica musulmana, en que se compendia el dogma y la moral del Islam, y que el Sr. Asín compara, salvando las naturales diferencias, á la magna obra de Santo Tomás de Aquino, la Suma por excelencia de los doctores cristianos.

En el *Ihia*, como en el *Almonquid*, otra de sus obras, penetra Algazel en la mística musulmana, mostrando cómo se había asimilado las doctrinas del sufismo. Uno de los rasgos más interesantes que ofrece, á mi entender, este aspecto de su pensamiento, es el de ofrecernos una ocasión más para observar la identidad esencial de todas las doctrinas místicas que han florecido en razas, tiempos, religiones y civilizaciones diferentes, en cuanto abordan el problema del conocimiento de lo sobrenatural. Algazel admite una facultad especial, distinta de las del conocimiento natural y discursivo, la facultad profética, y admite que existen prácticas especiales para desarrollar esa facultad latente. La misma doctrina hallamos en las escuelas esotéricas de la India, en los misterios antiguos, en las enseñanzas de los neoplatónicos alejandrinos, en la Mística Cristiana y hasta en los teósofos novísimos, discípulos de la Sra. Blavatsky, que hablan de la intuición (tomada, no en el sentido en que usa esta palabra Schopenhauer, ó sea el de conocimiento sensible, sino como atisbo y penetración en lo sobrenatural) de un modo semejante en el fondo al que emplea el Gazalí al tratar de las propiedades proféticas.

El primer tomo de la obra del Sr. Asín contiene una introducción acerca de la indiferencia religiosa en el pueblo árabe y de los sistemas que engendró la filosofía en el Islam, introducción que el autor califica modestamente de incompleta,

pero que, no obstante, encierra datos abundantes y observaciones críticas acertadas: la biografía del Gazalí y la exposición de su Dogmática, Moral y Ascética, parte esta última que ocupa cerca de los dos tercios del volumen. Al final inserta como apéndices las dos obras esotéricas de Algazel, el *Almadnun grande* y el *pequeño*, extractados en algunos pasajes y varios capítulos escogidos del *Tehafot*.

El segundo tomo estará consagrado á la Mística de Algazel; el tercero á la influencia del Doctor de Gazala en la España musulmana, y el cuarto y último á su influencia en la España cristiana. En los dos primeros tomos parece que ha de estar lo fundamental de la obra, puesto que en ellos se expone la doctrina del filósofo persa. Mas dada la mucha erudición del señor Asín y la notable influencia que entre pensadores islamitas y cristianos ejerció, ya directamente, ya al través de otras obras, el pensamiento de Algazel, quizá esos dos tomos últimos consagrados á exponer el camino que se abrieron en el mundo entre propios y extraños las ideas de Abuhamid, serán, si no tan importantes, más curiosos é interesantes acaso que los anteriores.

De desear es, y debe esperarse que así suceda, que el erudito autor de los *Estudios filosófico-teológicos* sobre Algazel lleve á feliz término la vasta obra tan felizmente comenzada, y en la cual ha de acompañarle el aplauso de cuantos se interesan por la cultura española.

*
* *

Con la terminación de las vacaciones del verano han vuelto á reanudarse las recepciones académicas. En la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando se han sucedido con intervalo de pocos días, la del famoso escultor D. Mariano Benlliure y la de D. Enrique Serrano Fatigati.

El renombre artístico que rodea al Sr. Benlliure hacía que se esperase con curiosidad su discurso de ingreso. Como otros literatos y artistas que al ocupar un sillón académico han huído de la labor poco grata de componer un discurso forjado con

arreglo á los cánones de la Retórica consagrada por el uso, el Sr. Benlliure ha reducido su oración de entrada en la Academia de Bellas Artes á los límites de una *causerie* artística. Tiene su discurso el aire de una improvisación escrita, consistiendo su principal atractivo en la espontaneidad que respira y en el calor y vehemencia con que el autor expone sus convicciones de artista.

El anarquismo en el Arte fue el tema elegido por el Sr. Benlliure, tema de actualidad no sólo en las Artes plásticas, sino también en la literatura. El discurso es algo descosido, carece de método y de orden en la exposición de las cuestiones, habla de muchas cosas y no acaba ninguna. Es, en realidad, una conversación escrita, y este desorden mismo de que adolece, propio de una plática familiar en que se deja holgar á la dialéctica y se habla *ex abundantia cordis*, no carece de encanto. Hay allí espontaneidad, frescura de imaginación y de pensamiento, franqueza en la expresión, una porción de cualidades simpáticas que compensan los defectos á que antes se alude.

Lo principal del discurso del Sr. Benlliure es una feroz diatriba contra el impresionismo, contra la tendencia anarquista en el arte que exagera la importancia del factor subjetivo y le convierte en elemento predominante de la obra, erigiendo en supremo canon estético el temperamento, el capricho ó la extravagancia del artista. Frente á este arte morboso pone el Sr. Benlliure el arte que llama social, arte que tiene en cuenta la tradición estética, los ejemplos de otros países y de otros artistas, y sobre todo la naturaleza objetiva; arte que procura, en suma, conciliar los dos factores de toda obra de arte y de toda obra intelectual humana: el factor objetivo y el factor subjetivo, y que al mismo tiempo tiene presente que el artista no es un sér aislado, no es el único ojo del universo, sino un sér social que disfruta de las enseñanzas acumuladas por el trabajo anterior de muchas generaciones, que gana con observar lo que pasa á su alrededor y enterarse de lo que ven otros ojos en el fenómeno del mundo.

El discurso es quizás demasiado severo con el impresionismo. Este no es anárquico siempre ni siempre extravagante. No hay que olvidar que el impresionismo representa una reacción contra la exageración opuesta: el excesivo apego á los modelos, á las reglas, á la jurisprudencia artística, á ciertos cánones del arte, que tienen realidad y vida cuando los interpreta con acierto soberano una mano genial, pero que con el tiempo llegan á ser formas puramente convencionales. El anarquismo en el arte es un aspecto más de la general anarquía, que todo lo invade: la religión, la política, la filosofía, la literatura, las costumbres. Así como otras generaciones vivieron abrumadas por las reglas, por la sujeción al pensar ajeno, la nuestra vive en un ambiente anárquico muy favorable para los osados y los charlatanes, pero que alguna vez resulta propicio á la libre florescencia del genio. En medio del desacorde vocerío de tanto personalismo, el espectador imparcial no puede menos de oír con simpatía las voces que, como la del señor Benlliure, se levantan á protestar contra esa exaltación del yo, que sólo puede tolerarse á las individualidades superiores, á los genios. Pero tan hondo es el mal y tan poderoso el contagio del ambiente, que sólo por esta excepción de los genios se puede disculpar al laureado escultor el que, para combatir el impresionismo, haya escrito un discurso impresionista, un discurso que es á las oraciones académicas usuales lo que el impresionismo á las obras de arte inspiradas en el culto á los modelos y en la tradición estética.

La contestación del Sr. D. José Esteban Lozano se limita al elogio del nuevo académico y á encomiar la utilidad de los estudios teóricos en las Escuelas de Bellas Artes.

*
* *

Es innecesario decir que el Sr. Serrano Fatigati es mucho menos conocido que el Sr. Benlliure en la esfera de las Bellas Artes, aunque sin duda ha escrito mucho más que el último

acerca de estas materias, por donde se ve cómo la práctica vence á la teoría y predomina sobre ella en el terreno artístico. No es tampoco, en realidad, el Sr. Serrano Fatigati un crítico profesional de Bellas Artes, aunque haya publicado en diferentes *Revistas é Ilustraciones* numerosos artículos sobre asuntos arqueológicos. Estos títulos le han llevado á la Academia de Bellas Artes, viéndose en su elección un ejemplo más de cómo se ha rectificado el criterio de las Academias, que antes solían estimar en poco, al apreciar el bagaje literario de los candidatos, los escritos publicados en periódicos y Revistas, y ahora abren con frecuencia sus puertas á periodistas y escritores que no han publicado obras extensas, ni se han cuidado acaso de coleccionar en libros sus trabajos diseminados en publicaciones periódicas.

El Sr. Serrano Fatigati, sí es autor de libros y folletos, pero de Química, Física, Historia Natural y Fisiología, materias en las que es muy competente y que profesa hace años en uno de los Institutos de esta corte; pero claro es que no son éstos los méritos que ha tenido presentes la Academia al elegirle, sino los indicados antes.

Muy galana y literariamente escrito está el discurso del señor Serrano Fatigati. Versa sobre un punto de erudición interesante para la historia de la música: la representación de los instrumentos músicos en las miniaturas de los antiguos Códices españoles. El nuevo académico se fija especialmente en el *Apocalipsis* de El Escorial, en los dos libros de las *Cantigas* de la misma Biblioteca y en el Códice Justiniano del Archivo histórico nacional. En el discurso de contestación, obra del señor Fernández Duro, se llama la atención, prosiguiendo el examen del mismo tema, sobre el Códice compostelano de Aimerico Picaud, descubierto hace años por el P. Fita.

Ambos discursos, por su amena forma y por las curiosas noticias que contienen, serán leídos con gusto por las personas aficionadas á la historia de la música.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—COSTUMBRES: Escenas de la vida universitaria en Alemania.—El duelo en Francia y en Italia.—LITERATURA: La trama dramática.—CRIMINOLOGÍA: La responsabilidad criminal de la mujer.—PEDAGOGÍA: El estudio del niño.

COSTUMBRES

ESCENAS DE LA VIDA UNIVERSITARIA EN ALEMANIA. — Son —dice en *La Revue* Ernesto Tissot— vastas salas decoradas al gusto de la Edad Media, con vidrieras de plomo y mesas macizas, cubiertas de manteles á cuadros rojos y blancos, y servidas por graciosas camareras, con su saquito de cuero á la cintura, portadoras de esa cerveza perfumada y deliciosa de que apenas se tiene idea fuera de aquel país.

Allí es donde las sociedades de estudiantes alemanes celebran casi todas las noches del curso su *Kneipe*, y una vez por lo menos á la semana su *Commers*, que es como si se dijera, su *Kneipe* de gala, con orquesta y banderas. En verano, si hace demasiado calor, la fiesta se celebra al aire libre en algún jardín florido, resultando una decoración romántica con el alumbrado de antorchas de resina y los fuegos de Bengala que envuelven á los músicos y á los cantores en multicolores llamaradas.

Los estudiantes, fumando y charlando, y sobre todo bebiendo, se sientan, á lo largo de amplias mesas, dirigidos por

su *Præses*, teniendo cada cual ante sí una jarra de respetable dimensión, con la tapa caída, detalle digno de observación, pues el que deja su jarra destapada quiere con eso decir que ha concluído su contenido y que desea se la vuelvan á llenar, cosa que toda buena *Kellnerin* no deja de hacer en seguida. Cada bebedor tiene además ante sí su *Commersbuch* ó florilegio, y canta sus canciones, pasando del himno religioso al brindis báquico y de la romanza de amor al coro belicoso, según la orden que da el Presidente.

He aquí, como tipo de canciones patrióticas, la de Wächter: «¿Conoces el país que sonríe bajo su verde corona de encinas inmortales? ¿El país en que madura á los rayos del sol sobre alegres colinas el dorado racimo? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«¿Conoces el país de donde se ha desterrado la mentira? ¿Donde se cree todavía en la palabra del hombre? ¿El país donde el amor fiel consuela los corazones de las penas de la vida? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«Conoces el país en que vive la honradez? ¿El país de la piedad, donde por todos respetada, impera la fé, que con voz suave promete á los virtuosos las recompensas futuras? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«¡Gloria á ti, país glorioso, el primero del orbe terráqueo! Con todo nuestro corazón juramos amarte y no tener otro deseo que el de ser siempre dignos de tu historia.»

Las canciones alegres no tienen la gracia de las francesas, italianas ó españolas, y son pesadas y latosas, cuando no estúpidas, como las en que se procuran hallar efectos de armonía imitativa verdaderamente bufa, como aquella que dice: «Cuando los romanos se hicieron temerarios—¡sim, se! ¡sim, sim, sim, sim!—se adelantaron hacia Germania; y al son de sus trompetas—¡te, ra, ta, ta, ta, te, ra!—se adelantaba el General en jefe, Quintilio Varo—¡guau, guau, guau!» etc.

El amor y las mujeres son poco respetados por los poetas del *Commersbuch*, pudiendo citarse como tipo la de Percy

Weter: «Os digo en verdad que las mujeres son todas parecidas á las serpientes: acariciadoras y embusteras, sobresalen en seducir á los hombres. ¡Ay de quien se deja convencer! ¡Hasta el abismo le arrastrarán! ¡Oh, amigos míos, no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«El pobre Adam se lamenta:—¡Ah, esa maldita manzana, qué cara me ha costado! Dad expresiones á mi señora Eva y seguir mi consejo: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«A tí te toca ahora, viejo Loth, pero no te se ocurra bordar:—¡Ah! La triste aventura que me ocurrió cuando estaba embriagado no puede ser contada. No puedo más que daros una opinión: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«Y tú, valiente Sansón, ¿no tendrías también alguna coplilla que cantarnos?—Es verdad: ninguno podía vencer la fuerza de mi brazo; pero desde el día en que la astucia de la mujer vino en su ayuda, mi derrota no podía tardar. Creed en mi experiencia: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer.»

«Cuando sonríen y cuando valsan, las mujeres son lindas muñequitas. Pero no tengo que daros más que un consejo: defendeos del interés que puedan inspiraros, y no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer.»

A semejantes elucubraciones, cuyo salvajismo está fuera de nuestros gustos, deben preferirse las crónicas y baladas alegres, donde se relatan los altos hechos báquicos de los más ilustres bebedores, como el homérico señor de Rodenstein, que tenía que vender uno de sus pueblos entero al año para pagar sus borracheras inacabables.

Toda una parte del *Commeosbuch* está dedicada á la poesía popular, no conteniendo la edición de Fischer y Eck, que es la más corriente, menos de 157 trozos de este género, entre los que figuran, al lado de las célebres creaciones de Goethe, Heine y Uhland, sin las que apenas se comprende una antología alemana, muchas otras firmadas ó anónimas en que domina la nota sentimental y melancólica. Si no en la letra, en la

melodía, y si no en el acompañamiento, en todas estas poesías hay lágrimas y lloros que conmueven profundamente.

Las cantoras y cantores de Alemania tienen la laudable costumbre de ponerse siempre de dos en dos, y á veces tres, para dar lo que llaman *Liederabend* ó sesiones de canto, ejecutando generalmente una docena de romanzas escogidas, dando tiempo cada cual á su compañero ó compañera para que descanse. Para esta especie de misas musicales en honor de tal ó cual santo del calendario artístico, se tiene costumbre de adornar el estrado con flores, elegidas, si es posible, entre las más adecuadas al carácter de las canciones del programa. El que no ha oído á una verdadera artista alemana, como por ejemplo, la Sra. Lili Lehmann, ante un parterre de rosas rojas y blancas, destacándose entre verdores casi negros, una sesión de canciones de Schubert, no acertará á comprender el encanto artístico y delicado de semejantes espectáculos.

*
* *

EL DUELO EN FRANCIA Y EN ITALIA. — Curioso es el trabajo sobre tan interesante materia publicado por Jacobo Gelli en la *Nuova Antología* de Roma, abarcando un período de dos decenios, desde 1880 hasta 1900.

¿Cuántos se baten y dónde se baten más en Francia? En el indicado período de 1880 á 99 se registran en Francia 645 cuestiones de honor, de las cuales 146 se resolvieron pacíficamente por negarse al desafío, 38 por no considerar los padrinos necesario el duelo y 14 porque el ofensor dió explicaciones al ofendido; las 465 restantes se resolvieron violentamente por medio de las armas.

Comparando esta estadística con la italiana, se ve la enorme desproporción que en la combatividad existe entre ambos países, presentando Italia, frente á las 645 cuestiones de honor francesas, nada menos que 3.186 encuentros caballerescos.

Esta desproporción, sin embargo, es más aparente que real; pues mientras los 3.186 duelos se refieren á toda Italia y tienen por teatro toda la península, los 645 de Francia se han verificado casi todos (el 95 por 100) en París, cuya población nunca ha representado más de la décima parte de la de toda Italia; multiplicando por 10 el número de las cuestiones, se ve que Francia es, con mucho, más pendenciera que Italia. Pero hay más: mientras Francia, sobre 645 cuestiones de honor, resuelve 188 pacíficamente, Italia resuelve del mismo modo 1.422 de 3.186. La causa de esta diversidad debe atribuirse á que en Italia funcionan desde hace tiempo los tribunales de honor y de arbitraje, los cuales no se han introducido en Francia todavía.

Entre los italianos, los duelos son más frecuentes en el verano, cuando el sol caldea las cabezas y hace más agudo el sentimiento del amor propio y de la personalidad, permaneciendo en relativa quietud en el otoño. En Francia sucede todo lo contrario; durante los grandes calores estivales los duelistas descansan, y en el otoño, y luego en el invierno, se manifiestan vigorosamente. En el verano, el promedio de los duelos es de 11,30, en invierno de 11,50, en primavera de 11 y en otoño de 13,20. Los meses en que es mayor el número de duelos son: Septiembre, con un promedio decenal de 45, y Noviembre de 48; el año en que hubo menos duelos fue el 1881 con 32 duelos, y el en que hubo más fue el 1887 con 56, con el siguiente y el precedente 1886 y 1889, que dieron 53 duelos.

Las diferencias indicadas entre las estaciones se explican porque en el verano el mayor número de los que se inclinan á solventar sus querellas por medio del duelo (los desocupados y los políticos) se dispersan, evitándose así los motivos de discusión y de camorra. En cuanto al exceso de duelos en el trienio 86-88, se explica también por la aparición y el desarrollo del boulangierismo.

¿Quiénes son los que más se baten en duelo? Los hombres

políticos y los periodistas tienen el *record* con un 40 por 100. Entre los políticos vive todavía la teoría de los antiguos representantes de la Asamblea Nacional, según la cual las divergencias políticas deben solventarse en el campo del honor mejor que en la tribuna. Y en esto difiere el duelo francés del italiano: en Italia, el diputado y el ministro descienden al terreno del honor casi siempre por ofensas al hombre privado, y en Francia se baten especialmente por la defensa del partido y de las ideas, siendo en general las ofensas medios aparentes para justificar el fin político. Los magistrados y los militares vienen después en la proporción del 25 por 100, y detrás aparecen, con un 18 por 100, los maridos más ó menos desgraciados. Las demás categorías sociales dan cantidades insignificantes.

¿Con qué armas se baten los duelistas? Aquí es donde más se nota la diferencia entre los dos países comparados: en Francia, de cada 100, 74 se baten con espada, 23 con pistola y 3 con sable, mientras que en Italia se baten con sable 92,25, con pistola 5 y con espada 2,75. ¿Por qué así? En primer lugar, porque los franceses no conocen la esgrima del sable, estimada como arte grosero y brutal, contrario á su modo de comprender la esgrima como ejercicio ligero y elegante; después, porque los franceses tienen horror á las heridas de sable, que desfiguran y afean el rostro, y, por último, porque el sable tiene en Francia una triste historia por las muchas víctimas que produjo cuando estuvo en boga.

¿Qué causas inducen á los franceses á batirse? Las polémicas periodísticas, casi todas políticas, ocupan el primer puesto con un 28 por 100; las vías de hecho y los altercados y disputas dan en junto un 22 por 100; la maledicencia y las cuestiones íntimas un 18; la política, sin polémica, un 10, y el juego un 2,50; las demás causas dan tantos por ciento insignificantes. De todas estas causas, dos, la maledicencia y las íntimas, apenas son conocidas como generadoras de duelos en Italia.

Las consecuencias del uso de las armas para ventilar cues-

tiones de honor fueron las siguientes: los 465 combates celebrados produjeron 427 heridas, de las cuales 174 fueron levísimas, 156 leves, 73 graves y 14 mortales ó seguidas de muerte. En relación con las armas empleadas, de los 118 duelos á pistola, en 76 quedaron ilesos los dos adversarios y en cinco el resultado fue mortal; de los 335 duelos á espada, los adversarios quedaron ilesos en 10, heridos ambos en 50 y mortalmente herido uno de ellos en 17; de los doce duelos con sable, en diez quedó herido uno de los dos combatientes, en uno se hirieron ambos y en otro hubo un muerto; en junto se cuentan 93 casos de inmunidad, 57 de heridas recíprocas y 12 de muerte.

En relación con la ofensa, hubo 54 duelos en que quedó herido el ofendido y 92 en que salió malparado el ofensor; de modo que así como en Italia el ofendido tiene 63 probabilidades por 100 de herir á su ofensor, en Francia es el ofensor el que tiene 65 probabilidades por 100 de herir en el cuerpo al mismo á quien ha herido ya en el honor.

LITERATURA

LA TRAMA DRAMÁTICA.—La *Revue Bleue* de París ha abierto entre los autores dramáticos una interesante información para averiguar sus opiniones sobre la cuestión del oficio dramático en cuyo nombre se hacen todas las revoluciones en el teatro, preguntándoles si tienen un oficio verdaderamente, en qué consiste y cuáles son sus principios de composición y su estética dramática.

Pablo Hervieu dice que el teatro actual no tiene fórmula determinada, sino multitud de fórmulas, siendo la novedad de pura apariencia. Puede notarse que el teatro vuelve, afortunadamente, á la antigua simplificación, y después de todos los ensayos de melodrama, comedia dramática, comedia zarzuela,

sainete zarzuela y drama histórico con coplas de canto, los géneros vuelven hoy á su primitiva sencillez; y mientras la comedia se hace ligera, graciosa, afinada, pura de toda mezcla, la tragedia renace desembarazada de sus formas solemnes, arcáicas: moderna, razonadora y prosáica.

—Yo—añade Hervieu—he adoptado la tragedia por haberme parecido más propia para realizar mis conceptos: he tratado de interesar por el sufrimiento de seres semejantes á nosotros, rechazando cuanto puede dañar á la exposición sobria del asunto, repudiando todo episodio que desvíe la atención, y valiéndome de las decoraciones estrictamente indispensables, conservando la línea simple y bella de la acción trágica, sin nada que disemine el interés que pueda despertar su natural desenvolvimiento. Estimando que la tragedia moderna debía enseñar el triunfo de sí mismo y la resignación á la vida imperfecta, he rechazado los desenlaces arbitrariamente optimistas—el vicio castigado y la virtud recompensada—y las muertes oportunas que hacen desaparecer en el último acto á la gente que nos molesta; también he rechazado el tipo del personaje arbitrariamente simpático que hizo siempre en el teatro las delicias del público, porque quiero tipos humanos que hagan como todos el bien y el mal, pues no hay nadie que sea fundamentalmente bueno ni malo; José de Maistre lo ha dicho: «Yo no sé lo que es la conciencia de un bribón, pero conozco la conciencia de un hombre honrado, y... ¡es horrible!» El personaje de una pieza, siempre bueno ó malo, sigue siendo en el teatro una de las peores exigencias del público. Yo no he tenido otro fin que extirpar el error, la mentira ó la ilusión del alma de mis contemporáneos, haciéndoles bañar en la verdad y sacándolos del optimismo beato en que se complacen. Esa es la fórmula de mi teatro, como lo fue de mis novelas.

¿Cómo trabajo yo?—dice Maurice Donnay.—Pues muy sencillo: tengo un asunto, generalmente una historia de amor, porque, como dice Izoulet «la grande, la única cuestión entre el hombre y la mujer es el amor»; ese asunto se desarrolla no

sé como, pensando en él, y poco á poco se dibujan las figuras, se marcan los caracteres, y se me aparecen las escenas y trozos de diálogo que anoto. Una de las cuestiones más importantes para mí es encontrar el nombre de mis personajes; cuando los he bautizado es cuando existen verdaderamente para mí, siendo seres que conozco. Me han echado en cara que me complazco en hacer hablar á mis personajes cosas supérfluas; pero en el fondo no hay nada inútil; todas esas escenas, llamadas escenas laterales, son las que crean la atmósfera de la pieza. Hoy para amueblar una sala no se pinta como antes una chimenea ó una estantería en el telón de fondo; pero el más exigente y realista director de escena no se atreverá á colgar sobre la verdadera chimenea un verdadero espejo que refleje á los espectadores, como no se le ocurrirá poner en aquella chimenea verdadera leña que pueda hacer arder al teatro. Y esto me hace pensar que tampoco pueden llevarse á las tablas ciertos diálogos y ciertos caracteres demasiado reales.

Grande ó pequeña mi idea, se desarrolla naturalmente evitando las falsas entradas y salidas, los apartes, los monólogos y las tiradas, y teniendo sobre todo horror al «hecho diverso» y á todo artificio y combinación. Como los matemáticos para el trazado de una curva buscan los puntos interesantes ó extremos para enlazarlos entre sí, yo estudio los puntos interesantes de la curva psicológica, que representa, por ejemplo, una aventura sentimental, y los enlazo del mismo modo. Esa es mi fórmula.

Francisco de Curel estima que, si por trama ha de entenderse cierta habilidad material para llegar á producir determinado efecto, esa trama es inútil para el teatro serio, aunque sea útil al zarzuelista sainetero. Desde Sófocles hasta hoy, las conquistas, en cuanto á la forma, se reducen á bien poco, como no sean las relativas á las tres famosas unidades, y aun esas son debidas principalmente al arte del decorado y del afeite. Las condiciones esenciales del teatro pueden reducirse á tres: la *unidad del asunto*, no sólo en el sentido de que no

se mezclen dos acciones distintas, sino en el de que toda la obra se desenvuelva del mismo modo, sin que se convierta una obra de discusión en otra de acción, ni viceversa; la *evolución constante del asunto*, realizada de tal modo, que al final de cada escena pueda siempre preguntarse el público por la que viene después; y en fin, *el pensamiento por la emoción*, dirigiéndose siempre á las pasiones, no á la inteligencia del espectador, importando poco que se presenten en escena ideas ó hechos, con tal de que en el primer caso no se presenten las ideas sino vestidas por la pasión, que es la tela del teatro. Al lado de estas condiciones, el autor necesita poseer ciertas cualidades, siendo ante todo preciso que «tenga el diálogo», cosa que puede adquirirse con la práctica. Lo que no se adquiere fácilmente es el don del teatro, don de visión y de comprensión, que permite mostrar en tres horas el panorama entero de una vida humana.

Alfredo Capus afirma con Kant que el teatro ha nacido de la necesidad que el hombre tiene de verse representado, siendo esa la causa de que el teatro no haya cambiado desde Plauto y Terencio. Las costumbres y los tipos son distintos, pero eso es todo. Si la intriga se ha simplificado, es probablemente porque el espectador presta menos atención. En el fondo, todo el arte teatral se reduce á una sola cosa: hacer buenas escenas. Hay, sí, un telar de teatro, porque es preciso saber hacer un acto y, lo que es más difícil, un entreacto. Luego viene la cuestión de la influencia del teatro en las costumbres, que se dice que es muy grande, siendo, en realidad, pequeñísima. No hay teatro nuevo, sino nuevos autores.

Eduardo Rostand dice que trabaja sin darse clara cuenta de lo que hace, pues apenas nace una fórmula cuando empieza á declinar. La manía de las teorías teatrales desaparece cada vez más, habiendo ganado el teatro actual en libertad y flexibilidad, estando libre para siempre de las fórmulas hechas y de la superstición de las piezas bien hechas, lo que no quiere decir que el autor pueda dejar de sacar de una escena el

partido que deba, sino que puede hacerlo como le acomode, ya desarrollándola completamente ó ya indicándola simplemente, si así le conviene. Todo el arte del teatro es el arte de interesar; se puede imaginar una pieza sin anécdota ni estudio de caracteres ni nada de lo que hasta hoy se ha pedido al teatro y que, sin embargo, interesara atrozmente. ¡Pieza bien hecha!... ¿Es una pieza bien hecha *El Misántropo*? En *El hijo del águila* ni siquiera hay pieza, y el público no lo ha notado. Este nuevo teatro, sin fórmula dada ni molde hecho, va á tener terribles consecuencias para los directores, faltos de toda orientación para admitir ó desechar una obra.

Fernando Vanderem cree que hay una trama dramática distinta en los autores nuevos de la que empleaban los antiguos, pero no menos visible que aquélla. Se ha perdido en severidad de composición lo que se ha ganado en humanidad, en verdad y en poesía. En el teatro el éxito es el gran criterio, y el éxito es muchas veces cuestión de atmósfera. La atmósfera es el conjunto de condiciones que hace que una pieza ó un autor se hallen de acuerdo, en un momento dado, con el público: el público se arroja entonces en brazos del autor, y el triunfo de éste se afirma. «Si tuviera yo—dice—algún consejo que dar á un novel autor, le diría:—¿Dónde vas? Supongo que irás hacia la verdad, que es lo único que vale y lo que debe ser nuestro objetivo y nuestra única esperanza: la realidad, sin la cual no hay poesía ni ideal; en cuanto á la trama, no hay que desdeñarla, pues puede decuplicar tus fuerzas y poder; recuerda el ejemplo de Dumas hijo: aborrecía á Scribe, y le exasperaba su técnica; para vencerle, inventó otra, y eso es lo que hay que hacer: si los medios de Dumas no te bastan, haz lo que hizo él: busca otros.»

Emilio Fabre asegura que gracias á la trama dramática, se han escrito obras sólidas y duraderas. Sardou conoce admirablemente sus tramas, y nadie como él sabe combinar una intriga, exponerla, anudarla y desatarla, hallando siempre plausibles motivos para hacer verosímiles las más anormales

situaciones, y preparándolo todo con tal cuidado, que todo parece natural, y estando hechas algunas de sus piezas para preparar la escena final; es demasiada trama. «Todo eso lo hemos cambiado»: en las comedias actuales el primer acto no expone nada, el último no concluye, y los intermedios están llenos de frases, de descripciones políticas y sociales y de discusiones morales y filosóficas; sólo en el anteúltimo acto estalla una escena dramática; una comedia moderna viene á ser así una escena en torno de la cual se han puesto cinco actos; es trama insuficiente.

Juan Julián dice que el teatro á fines del pasado siglo se ha convertido en dominio de fabricantes de piezas por estar agotado el romanticismo y ser impotente el naturalismo para crear una nueva forma; el teatro, más que un arte, era un oficio, bastante parecido al del cocinero que prepara un guisado; de ahí que se pudiera hablar del «fin del arte teatral» y que no pocos espíritus afirmaran que el teatro no era un arte, ó que de serlo, era el más bajo de todos. «No es esa—dice Julián—mi convicción: el arte dramático es el más alto y completo de todos, y consiste en sorprender el secreto de la vida. Que haya zarzuelas para la burguesía, melodramas para los ex presidarios y piezas con mujercitas para los viejos verdes, es cosa natural; lo abusivo es que los autores no trabajen sino para satisfacer los gustos de esas medianías. La trama es indispensable al arte; pero debe ocultarse en el arte dramático más que en ningún otro, no debiéndose olvidar que si el oficio enseña el mecanismo de los efectos, no ha dado todavía el medio de producir á voluntad el escalofrío de la vida y del arte. En cuanto á las leyes inmutables que rigen la escena, no hay tal cosa; primero, porque nada hay inmutable en la Naturaleza, y después porque nada es más modificable que el público de un teatro.

CRIMINOLOGIA

LA RESPONSABILIDAD CRIMINAL DE LA MUJER.—Ante la represión—dice en *La Revue* G. Morache, Profesor de Medicina legal en la Universidad de Burdeos,—el hombre y la mujer son iguales, y, sin embargo, no lo son en derecho civil. Eterna menor, la mujer se halla siempre sometida á un padre ó á un marido, á menos de que renuncie á su destino fisiológico permaneciendo soltera ó que se niegue en la viudez á constituir nueva familia. Sólo cuando infringe la ley, la sociedad la levanta al nivel del hombre para imponerla idéntico castigo. La única diferencia está en que si declara hallarse en cinta y se prueba que lo está, no podrá sufrir la pena de muerte sino después de haber dado á luz, respiro de vida que se concede, no por compasión á la madre, sino por salvar al hijo que tiene en sus entrañas.

¿Es verdad que la mujer sea criminalmente igual al hombre? Si tomamos al azar tres años cualesquiera, 1889, 1890 y 1891, por ejemplo, vemos que durante este tiempo han sido acusados de grandes crímenes 2.970 hombres y 745 mujeres; es decir, que de cada cinco crímenes cometidos, cuatro lo fueron por hombres y uno solo por mujeres. Se dice que la constitución física de la mujer no se presta á la violencia, que caracteriza la mayor parte de los actos criminales; pero que si no es ella quien comete materialmente el crimen, es quien lo sugiere, siendo su autor moral, y debiéndose siempre volver al proverbio: «En todo crimen, buscad á la mujer.»

La escuela italiana ha reconocido que desde el punto de vista material, la mujer es menos criminal que el hombre; pero lo explica así: el hombre roba y mata, para proporcionarse el dinero que le permite entregarse á la ociosidad y al placer; la mujer, para conseguir el mismo resultado, no necesita más que comerciar con su cuerpo; si dentro del mismo grupo so-

cial se añade á las mujeres criminales el número de las que se prostituyen, se llega á la misma cifra de la criminalidad masculina. La teoría satisface en apariencia, pero peca por su base, pues es imposible calcular el número de mujeres que comercian con sus encantos.

La escuela de Lombroso ha encontrado los estigmas de la criminalidad nativa en gran número de mujeres de los hospitales y de las cárceles, cosa natural; pero ¡cuántas hay que, arrastradas por culpa del hombre, no tienen fuerzas para remontar la corriente que las sumerge en el abismo! Claro que no son modelos, pero son como las demás, ni delincuentes, ni criminales; muchas viven con criminales, pero es porque no encuentran otra cosa, y la mujer necesita amar: «si no amo nada, no soy nada»—decía una de ellas.

La mujer está hecha para la maternidad, y á falta de hijo, amará cualquier cosa, un perro ó un gato. El amor maternal es el más poderoso preservativo contra las malas ideas, salvando á la mujer de los peores destinos; la entrega de los hijos al Estado, como quieren ciertas escuelas, es por eso una gran herejía, científica y socialmente considerada.

La mentalidad de la mujer es tan diferente de la del hombre, que puede afirmarse que siente, piensa y obra de distinto modo que él, y que por lo mismo no le son aplicables los mismos principios de justicia. Sin penetrar demasiado en el terreno fisiológico, lícito es recordar que desde la nubilidad, la mujer está física y moralmente bajo la dependencia absoluta de su función reproductora. Los hechos judiciales están ahí para probar que durante las fases de la menstruación, del embarazo, del puerperio, de la menopausia, la irresponsabilidad de la mujer es incontestable.

Las escuelas modernas de psiquiatría se preocupan cada vez más de la influencia que pueden tener en nuestro sistema nervioso, especialmente en nuestra psiquicidad, esos múltiples venenos que elaboramos en nuestro propio organismo, y á los que se da el nombre de ptomainas. Las locuras tóxicas están

clasificadas en la nosología mental, y responden á tipos conocidos de degeneraciones tóxicas. El alcoholismo, el morfínismo, el cocainismo, son sus modalidades crónicas, cuyas manifestaciones agudas son la uremia y la eclampsia convulsiva. ¿Y qué son en la organización femenina las perturbaciones que se observan en las diversas fases de la vida genital, sino verdaderas intoxicaciones de la sangre?

La situación judicial de la mujer debe ser objeto por todas estas razones, de severa meditación. Es indispensable observar los hechos, pero como biólogos, como psicólogos sin prejuicios; y entonces, en presencia de una mujer acusada de robo ó de incendio, el hombre de ciencia dirá que no cree responsable á esa mujer, porque está en el período menstrual, en cinta, ó recién parida. Esas mujeres no están locas, en efecto; pero están seguramente enfermas. El hombre tiene más resistencia á las influencias psíquicas y físicas, y construído para la lucha, no puede estar organizado como la mujer.

¿Qué conclusión puede deducirse de todo esto? ¿Debería haber dos clases de leyes? No, porque eso sería excesivo; pero con el progreso social, puede esperarse que á la mujer aprovechen los resultados de las investigaciones psíquico-biológicas actuales, debiendo ser juzgada como mujer.

PEDAGOGIA

EL ESTUDIO DEL NIÑO.—Arturo Macdonald, especialista del Negociado de Educación de los Estados Unidos, ha publicado un interesante trabajo, resultado de sus pacientes investigaciones y de sus experimentos con el algómetro, que puede estimarse como una especie de programa para los estudios psicofísicos del niño que todo maestro debiera realizar. Los datos que le sirven de punto de partida son los que expresa el siguiente formulario:

Número.—Nombre.—Fecha.—Año que cursa.—Sexo.

Fecha del nacimiento.—Edad en años y meses.—Color del cabello, de los ojos y de la piel. — ¿Es el primogénito, el segundo génito ó el último de sus hermanos?

Datos antropométricos. — Peso. — Capacidad pulmonar.—Profundidad y anchura del pecho.—Circunferencia del tórax.—Altura en pie y sentado. — Fuerza para levantar pesos.—Fuerza en los brazos, en el puño derecho, en el izquierdo, y total. — ¿Es zurdo? — Máximum de longitud y anchura de la cabeza.—Índice cefálico.—Distancia entre los arcos zigomáticos.—Entre los extremos externos de las órbitas.—Entre los ángulos de los ojos.—Longitud, anchura y altura de la nariz.—Índice nasal.—Longitud de cada oreja.—Longitud de cada mano.—Anchura de la boca.—Espesor de los labios.

Datos psico-fisiológicos.—Sensibilidad mínima para determinar el lugar tocado: muñeca derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad para el calor: muñeca derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad para el contacto en la piel.—Mínima sensibilidad para el dolor por presión en dos puntos.—Mínima sensibilidad al dolor por presión: músculo temporal derecho é izquierdo.—Mínima sensibilidad para el olfato: fosa nasal derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad de los músculos sensibles al peso: mano derecha é izquierda. — Medida de los efectos: de fatiga, de emoción, de pulso, de respiración.

Datos sociológicos.—Nacionalidad del padre. — De la madre.—De los abuelos paternos.—De los maternos.—Ocupación y educación de los padres.

Habilidad para los estudios.—En Aritmética. — En Álgebra.—En Gramática.—En Dibujo.—En Geografía.—En Historia.—En Música.—En Lectura.—En Escritura.—En Alemán.—En Francés.—En Latín.—En Griego.—En Geometría.—En Física.—En otras ciencias.—En labores manuales. (Cuando se dude si el sujeto es inteligente ó torpe, póngase entre las medianías.)

Caracteres anormales ó patológicos.—Si es anormal, en qué

sentido.—Indomable.—Enfermizo.—Tartamudo.—Defectuoso en la vista.—En el oído.—En el paladar.—Asimetría de las orejas.—Asimetría cefálica.—Aberturas de los párpados.—Frontales.—Expresión.—Comparación de las manos.—Nutrición.—Pigmentación.—Raquitismo.—Epilepsia.—Defectos físicos.—Enfermedades.—Notas.

Las conclusiones más importantes á que han llegado los investigadores más notables en este género de trabajos, son las siguientes:

Crecimiento: El crecimiento máximo en altura y en peso se verifica en los niños dos años después que en las niñas (Bowdith).—Los primogénitos superan á sus hermanos en estatura y peso (Boas).—Los hombres sanos tienen un peso de 120 libras para una altura de 61 pulgadas, pasada la cual hay un exceso de 5 libras por cada pulgada más de altura (Lancaster).—La circunferencia del tórax aumenta constantemente con la altura y es, por regla general, la mitad de la longitud del cuerpo (Landsberger).—La circunferencia del tórax y la de la cabeza crecen paralelamente (Daffner).—Las dimensiones relativamente grandes de la cabeza de los niños en comparación con su cuerpo, se deben á que desde que nacen necesitan del cerebro y de los sentidos tanto como en la edad adulta (Weissenberg).—Los niños crecen con más regularidad que las niñas; pero el crecimiento de éstas en la edad escolar es mayor que el de aquéllos (Schmidt).—En las escuelas los músculos de las extremidades superiores crecen más que los de las inferiores, porque los niños están más tiempo sentados que de pie (Kotelmann).—La anchura de la cara crece proporcionalmente con más rapidez que la longitud y anchura de la cabeza (West).—Los niños nacidos en verano son más altos que los nacidos en invierno (Combe).—El crecimiento degenera á medida que descendemos en la escala social (Asoc. brit. para el Adelanto de las Ciencias).—Los niños de escasa inteligencia son más ágiles, y los niños precoces más torpes que los de mediana capacidad (Poster).—La vida de las ciudades hace

que la estatura de los niños sea menor de lo que debiera, después de los cinco años (Peckham).—Los niños ociosos son inferiores en peso, estatura y capacidad pulmonar á los del tipo general (Kline).

Vista.—La localización parece depender mucho más de la fusión que de la tensión motora de los ojos (Hyslop).—Los efectos de fatiga son más prolongados hacia los bordes de la retina que cerca del centro (Wahsburn).—Cuando está el ojo en su posición normal puede girar 42° hacia el exterior, 45° hacia el interior, 34° hacia arriba y 57° hacia abajo (Shnurman).—Cuando los objetos coloreados son muy pequeños y están sólo iluminados poco tiempo, el ojo normal se equivoca percibiéndolos rojos (Aubert).—Hay fundados motivos para creer que podemos obtener una reproducción en el ojo de una imagen mental (Dowpey).—El rojo y el amarillo son visibles á mayor distancia que el verde y el azul (Miss Tenner y Anderson).—El gusto por los colores crece generalmente con su intensidad (Cohn).—En visión indirecta los niños no pueden ver los colores tan lejos como los adultos (Luckey).—Los objetos móviles son generalmente menos bien percibidos que los fijos (Mac-Crea).

Oído.—A medida que la edad avanza, las notas agudas se perciben menos (Galton).—Las pulsaciones son percibidas con mayor precisión por el oído que por los demás órganos de los sentidos (Höring).—El elemento auditivo en la lectura es un factor mucho más persistente que en la articulación (Secor).

Memoria.—En los jóvenes una imagen conservada por la memoria es más pequeña que el objeto á que corresponde, mientras que en los adultos puede suceder lo contrario (Wolfe).—Las imágenes retenidas por la memoria tienden á aumentar de magnitud á medida que el intervalo de tiempo aumenta (Warren y Shaw).—Las imágenes retenidas por la memoria se reproducen mejor á los cinco minutos que á un solo minuto de distancia (Bentley).—Un asunto que se fija en la memoria por medio del oído es retenido con menos dificultad que otro á cuyo conocimiento se llega por medio de la vis-

ta (Withehead).—Las sentencias son retenidas en razón inversa de su extensión y del número de frases no esenciales que contienen (Shaw).—La precisión de la memoria aumenta si durante un intervalo la atención se distrae de la cosa para recordar otra (Zwetan Radoslawow-Hadji-Denkow).

Tacto.—La piel de las articulaciones es la más sensible del cuerpo; en la espalda se sienten los contactos con más precisión que en la parte anterior del cuerpo, y en el lado derecho se localizan mejor que en el izquierdo (Bolton y Krohn).—La sensibilidad para el frío es generalmente mayor que para el calor, y la de la mano izquierda mayor que la de la derecha (Soldscheider).—Los miembros dormidos sienten el calor y no el frío (Herzen).—Dos puntas que toquen á la piel separadamente se sienten más apartadas que cuando se mueven juntas á lo largo de la piel (Fechner).—El dolor necesario para producir un estado de conciencia relativa crece con el área de estímulo, pero mucho más lentamente que en proporción directa (Griffing).—En la percepción de la forma por medio de la piel, la punta de la lengua ocupa el primer lugar, viniendo después la extremidad de los dedos y los labios (Mayor).

Gusto y olfato.—Lo dulce es percibido mejor en la extremidad de la lengua, lo desabrido en los bordes, lo amargo en la base, lo ácido por igual en la punta y en los bordes, pero menos en la base (Kiesow).—Las sustancias percibidas con mayor rapidez son las salinas (á las 0,17 de segundo), viniendo después las dulces, las ácidas y las amargas (Vintschgau).—Los cuerpos olorosos disminuyen la respiración (Gourewitsch).

Movimiento.—La concentración del pensamiento en un movimiento que empieza á ejecutarse, lo facilita y activa; en un movimiento practicado ya muchas veces, lo dificulta, lo dilata (Baldwin).—Los niños superan generalmente á las niñas en habilidad motora, sucediendo lo contrario en habilidad mental (Bagley).

Atención.—La constancia de la atención crece: 1.º Con el

esfuerzo de acomodación de los órganos especiales de los sentidos. 2.º Con el esfuerzo de coordinación de los músculos. 3.º Con el esfuerzo de la memoria. 4.º Con el número de actividades simultáneas (Welch).—En la atención perceptiva hay aumento general en la rapidez de la respiración, aumento característico de la actividad mental perfecta (Mac-Dougal).

Volición.—Las imágenes mentales por sí mismas constituyen los motivos de nuestro obrar (Lay).—La sensibilidad positiva parece indicar que la función ejercida está sostenida por una buena suma de energía nerviosa, y la negativa, viceversa (Hylan).

Estímulo y sensación. — La intensidad de la sensación es exactamente proporcional á la duración del estímulo, siempre que el tiempo sea menor que el necesario para producir el efecto máximo (Lough).—El límite de estímulo necesario para producir la modificación mínima del estado de conciencia por medio de la presión, es, por término medio, de dos miligramos en la frente, las sienes y parte posterior del antebrazo, cinco miligramos en la nariz y en la barba, y 15 miligramos en los dedos (Scripture). — El tiempo mínimo que necesita obrar el estímulo para producir una sensación es de cerca de cinco segundos para una presión de 150 gramos (Spindler).

Sentido moral.—Los niños pequeños piensan en el resultado de sus acciones; los más grandes piensan más en el motivo que les impele á obrar (Shallenberger). — A medida que los niños crecen, tienen mejor idea de su propio valer; se someten peor al castigo, pero comprenden mejor su responsabilidad (Frear).

Lectura y escritura. — En la lectura, las dimensiones del tipo de letra forman la condición más importante de la fatiga visual, y no debe emplearse un tipo de menos de 1,50 milímetros de alto (once puntos) (Griffing y Franz). — Los que leen con rapidez hacen su trabajo mejor y en menos tiempo, reteniendo más la substancia de lo leído (Quand).— Para la legibilidad de las minúsculas, se prestan mejor la *w*, *m*, *q*, *p*, *v*, *y*,

j y *l*; son claras la *h*, *r*, *d*, *g*, *k*, *b*, *x*, *l*, *n* y *u*, y difíciles la *a*, *t*, *i*, *z*, *o*, *c*, *s* y *e* (Sanford).

Sonrojo y miedo.—El sonrojo viene de la timidez y el miedo, es forzado y morbosos, crece en la pubertad y es mayor en las mujeres que en los hombres (Partridge).—En los muchachos el miedo crece de los siete á los quince años, disminuyendo después; en las niñas, de los cuatro á los diez y ocho (Hall).

Estimación.—En la estimación de las medidas, los hombres son más exactos que las mujeres (Bolton).—Los niños de corta edad se engañan menos al estimar el peso y la extensión que al estimar el tiempo (Franz y Houston).

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Magnetismo e ipnotismo, per il *Dott. Giulio Belfiore*.—Ulrico Hoepli, editore. Milano, 1898.—Un volumen de VIII-377 págs., 3,50 liras.

Pertenece este libro á la serie, ya larga, de *Manuales* que viene publicando la casa editorial de Ulrico Hoepli, de Milán, donde los hay de gran valor científico y muy bien hechos.

El de Belfiore, acerca del magnetismo animal y del hipnotismo, es uno de los que mejor sirven para el fin que la mentada biblioteca persigue, y que no es otro sino el de difundir y vulgarizar la ciencia.

Con claridad, sencillez y orden, expone el autor, en sustancioso resumen, toda la doctrina pertinente á los fenómenos hipnóticos, á lo menos, todo lo que hoy se sabe tocante á los mismos. Da, en primer término, algunas noticias históricas sobre el asunto, á partir de la antigüedad; habla después particularmente de Mesmer y el magnetismo animal, de Braid y su descubrimiento del hipnotismo; y á seguida define qué sea éste; muestra cuáles son los sujetos más susceptibles de ser hipnotizados; reseña los diferentes métodos que suelen emplearse para provocar el sueño hipnótico; trata de las condiciones necesarias para poderlo producir, del auto hipnotismo, de las varias hipótesis formuladas para explicar el hipnotismo, del hipnotismo en los animales, de los efectos que el hipnotismo produce en los sujetos hipnotizados, así en su sensibilidad general como en la específica de cada sentido, en la memoria, en la inteligencia, en la emotividad, etc.; de la simulación hipnótica y medios para reconocerla; de la fascinación entre los antiguos y en nuestros días; de los estados análogos á la fascinación; de las sugerencias hechas en el estado cataléptico y en el sonambulismo, ya intrahipnóticas, ya post-hipnóticas; de la resistencia del hipnotizado á las sugerencias; de las sugerencias en el estado de vigilia; de la sugestión men-

tal; del mecanismo y de la duración de las sugerencias; de las analogías y diferencias entre el sueño fisiológico y el provocado; del estado de la conciencia, la voluntad y los impulsos en el hipnotizado; de los estados afines al magnetismo animal; de los daños que puede originar el hipnotismo y de la consiguiente prohibición de su empleo; de las aplicaciones terapéuticas y pedagógicas del hipnotismo, y de las cuestiones médico-legales que el empleo del hipnotismo puede originar.

Hoy por hoy no existe, quizá, ninguna otra obra que condense tan bien como esta de Belfiore lo más saliente y aprovechable de los resultados obtenidos por los investigadores de la fenomenología hipnótica.

P. DORADO.

Nel paese della camorra, per A. De Blasio, con prefazione di G. Sergi.—
Napoli, 1901.—Un volumen de x-220 págs., 2 liras.

Los estudios sobre la *mala vida*, fuente copiosa de criminalidad, están á la orden del día. En pocos años son muchos los trabajos dados á luz en todas partes acerca del asunto. El mismo autor del libro *Nel paese della camorra* ha publicado ya antes otro referente al particular. Se titula del siguiente modo: *Usi e costumi dei camorristi*, y de él publiqué yo mismo, á su debido tiempo, la correspondiente nota bibliográfica.

De los centros de la mala vida, Nápoles es uno de los más famosos, á causa de su organización de gentes de mal vivir, llamada *Camorra*, cuyo origen quieren algunos atribuir precisamente al influjo de la dominación española en dicha región. Y una de las personas que han hecho predilecto objeto de sus investigaciones esta plaga, más que local, nacional, y aun general (por efecto de las ramificaciones, de las influencias imitativas y de otras análogas), ha sido el Dr. De Blasio, fundador y director del Centro antropométrico de la cuestura de Nápoles.

En esta ciudad ha existido desde hace siglos un barrio especial de prostitutas, el cual, aunque ha sido designado con diferentes nombres, se conoce más general y popularmente con el de *Imbrecciata*. De Blasio, con el auxilio de documentos inéditos recogidos por él mismo en los archivos napolitanos, y merced á sus visitas de estudioso á la propia *Imbrecciata*, sus conversaciones con las prostitutas y demás gentes de la mala vida, y las noticias é informes que le han dado los funcionarios de policía, traza una historia del nacimiento y de las vicisitudes de la *Imbrecciata*, y además describe todo lo más interesante de aquella vida en los momentos presentes.

Los amantes de la antropología criminal encontrarán muchos datos aprovechables en el libro del Dr. De Blasio; libro, por lo demás, muy bien presentado y cuidado bajo el aspecto tipográfico, é ilustrado con grabados.

P. DORADO.

Instituciones industriales, por Herberto Spencer, traducción de Leopoldo Palacios.—Un volumen.—LA ESPAÑA MODERNA. Madrid, 1901.—196 páginas.—Su precio, 4 pesetas.

Forma parte este libro, correctamente traducido al español por el Sr. Palacios, del sistema de *Filosofía Sintética*, la obra enciclopédica de Spencer, que apenas se concibe, por lo complejo de su estructura, lo rico de su erudición y lo amplio de sus desenvolvimientos, como obra de un hombre solo. Dentro de la Filosofía sintética, que comprende una Biología, una Psicología, una Sociología y una Ética, las *Instituciones Profesionales* corresponden á la Sociología y vienen á completar la importantísima serie de las Instituciones sociales, domésticas, políticas, ceremoniales, eclesiásticas, etc., etc.

Naturalmente, no voy á hacer aquí la crítica del libro de Spencer. Es como todos los suyos, está construído según los mismos procedimientos y respondiendo al criterio general evo-

lucionista á que responde la concepción sociológica, más aún, general, del insigne filósofo.

En el volumen, ahora traducido al español, se contienen los siguientes capítulos: las profesiones en general, el médico y el cirujano, el bailarín y el músico, el orador y el poeta, el actor y el autor dramático, el biógrafo, el historiador y el hombre de letras, el científico y el filósofo, el juez y el abogado, el profesor, el arquitecto, el escultor, el pintor, la evolución de las profesiones.

A. POSADA.

Curso de Economía Política, por Félix Martín y Herrera.—Tomo I.
Buenos Aires, 1900.—Un volumen de 447 páginas.

El Sr. Martín y Herrera es profesor de Economía política en la Facultad de Derecho y Ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la República Argentina. El tomo primero de la obra de que vamos á decir breves palabras, contiene gran parte del resumen de la enseñanza universitaria de la ciencia económica que dicho señor viene dando en su cátedra: su objeto, según el mismo autor nos indica, es facilitar el estudio de la Economía política. Tiene, pues, la obra el carácter de un manual ó libro de texto, hecho con el deseo plausible de ofrecer una sistematización de la materia, apoyándose, claro es, en las investigaciones de los grandes economistas de los diferentes países, y á la vez en la observación y estudio de los fenómenos sociales del país propio.

Bástale al lector echar una ojeada por el libro del señor Martín y Herrera, para ver que se trata de un hombre que sigue con cuidado el movimiento, rico y complejo en extremo, de la Ciencia económica. En este respecto, la obra del distinguido profesor argentino es bastante completa.

Desde otro punto de vista, el libro del Sr. M. nos parece un trabajo hecho con espíritu científico, muy bien ordenado y muy nutrido de doctrinas.

El plan que desarrolla es muy sistemático, aunque pudiera ser objeto de alguna discusión, como puede serlo también la noción ó concepto que nos da de la Economía política. No aparece en efecto, en mi sentir, tan claramente determinada como fuera de desear la Economía, como Economía general, independientemente de su carácter social y político, como propiedad humana, que luego se determina en tan varias esferas, en tantas como son las en que se manifiesta la actividad del hombre: el ser económico por excelencia.

Pero dejando esto y volviendo á lo que más puede interesar al lector de estas notas, al plan, se desarrolla del modo siguiente:

Inicia su exposición el Sr. M. muy lógicamente, con la Introducción, que comprende tres de los capítulos necesarios en toda Introducción, en cuanto abarcan cuestiones de las que es preciso ventilar cuando de ordenar el estudio *social* de una ciencia se trata. Son estos capítulos referentes: el primero, al concepto de la ciencia económica; el segundo, á sus relaciones, métodos y escuelas; y el tercero, á las nociones fundamentales y á la nomenclatura.

Del *cuerpo* propio de la ciencia económica, se comprende en este volumen dos partes principalísimas de la Economía: la *producción* y el *consumo*. La doctrina de la producción abarca primeramente el análisis de la misma, luego sus elementos — la naturaleza, el trabajo, el capital y, por fin, las industrias,—industria extractiva, agrícola, fabril, transformadora y comercial. La doctrina del consumo abarca en este volumen: primero, una teoría del mismo, y á continuación el estudio de la previsión — ahorro, seguro, asistencia—y el de la población; teoría de Malthus, movimiento de la población, inmigración, etc.

A. POSADA.

INDICE

	Págs.
<i>Su Majestad</i> (novela), tercera parte, por Luis Couperus.....	5
<i>Poetas americanos: Epitalamio</i> , por Julio Calcaño.....	71
<i>El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo</i> , por P. Dorado.....	74
<i>Historia del algodón</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig	91
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	107
<i>La literatura francesa contemporánea</i> , por Emilia Pardo Bazán..	125
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	150
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	173
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	182
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada	203